GRECIA PRIMITIVA:
LA EDAD DE BRONCE Y LA ERA ARCAICA

M. I. FINLEY





GRECIA PRIMITIVA:

LA EDAD DE BRONCE Y LA ERA ARCAICA

M. I. FINLEY



Finley, M.I.
Grecia primitiva : la edad de bronce y la era arcaica. - 3a ed. 1a reimp. - Buenos Aires : Eudeba, 2007.

224 p. ; 18x[illegible] cm. (Lectores)
Traducido por: Delia Maunás
ISBN 978-950-23-1355-5

1. Historia de Grecia. I. Delia Maunás, trad. II. Título
CDD 938



Eudeba
Universidad de Buenos Aires

Título de la obra original: *Early Greece: the Bronze and Archaic Ages*
Chatto and Windus, Londres, 1970

Traducida por *Delia Maunás*
Revisión técnica de *Amelia Aguado*

4ª edición: marzo de 2005
4ª edición, 1ª reimpresión: agosto de 2007

Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202
www.eudeba.com.ar

Impreso en la Argentina
Hecho el depósito que establece la ley 11.723

A
Robert Cook
y
Geoffrey Kirk

de Salamina

Edad oscur	1050	Cerámica protogeométrica
	900	Cerámica geométrica
	800	Alfabeto fenicio
ERA ARCAICA	776	Institución de los juegos olímpicos
	750	Comienzo de la "colonización" de Occidente
	650	Comienzo de la "colonización" alrededor del mar Negro
	630	Intento de *levantamiento* de Cilón en Atenas
	621	Codificación de Dracón
	594	Arcontado de Solón
	545–510	Tiranía de los Pisistrátidas
	520–490	Cleómenes I rey de Esparta
	508	Clístenes reforma la constitución ateniense
	490–479	Guerras persas

TABLA CRONOLOGICA

***Advertencia*: Todas las fechas son a. C. y, con excepción de algunas que aparecen al final, son todas aproximadas**

		Grecia	*Creta*	*Troya y las Cícladas*	*Chipre*
	40.000	Primeros habitantes conocidos			
	6200	Neo Nicomedia			
	6000		Era Neolítica		
	4000			Neolítico (Cícladas)	Primera Etapa
	3500				Segunda Etapa
EDAD DE BRONCE	3000	Comienzo de la Edad de Bronce		Troya I	
	2800		Minoico primitivo I		
	2500	Heládico Primitivo II	Minoico Primitivo II	Cultura de Keros-Siros,	
	2300			Troya II	Edad de Bronce
	2200				
	ó 2100	Heládico Primitivo III ("Llegada de los griegos")			
	1900	Heládico Medio			
	1800		Minoico Medio	Troya VI	
	1600	Heládico Tardío I			
	1550		Minoico Tardío I		
	1500	Heládico Tardío II			Tablillas con fecha más antigua
	1400	Heládico Tardío IIIA	Minoico Tardío III		
	1300	Heládico Tardío III*B*		Troya VII*a*	
	1200	Heládico Tardío IIIC		Troya VII*b*	

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO

El autor y los editores agradecen a las siguientes personas el haberles permitido citar material sujeto a la legislación de propiedad intelectual: Clarendon Press, Oxford, por Pindar, de C. M. *Bowra; Cambridge University Press, por* The Presocratic Philosophers, *de G. S. Kirk y J. E. Raven; William Heinemann Ltd. y Harvard University Press, por* Works and Days, *traducción de H. G. Evelyn-White, de la edición de Hesíodo de* The Loeb University Library. *La figura 1 está reproducida de* The Palace of Minos *de Sir Arthus Evans, con autorización de los Fideicomisarios de los Bienes de Sir Arthur Evans; la figura 3 de* Geras Keramopoulou *de Marinatos, con autorización de Murtides, Atenas; las figuras 4a y 4b de* A Companion to Homer *de Wace y Stubbings, con autorización de Macmillan. La figura 2 está basada en las tablas de* The Decipherment of Linear *B de J. Chadwick, Cambridge University Press y de* The Local Scripts of Archaic Greece *de L. H. Jeffrey, Clarendon Press Oxford. La figura 4d está reproducida con autorización del Museo de la Agora de Atenas. La figura 4c está tomada de Furtwangler-Losche y la figura 4e de Wide.*

Las láminas Ia y Ic están reproducidas por cor-

tesía del Museo Ashmolean de Oxford; la lámina Ib del Museo Nacional de Atenas; las láminas IIa y III de Hirmer Verlag, de Munich; la lámina IIc de Lord William Taylour; las láminas IIb y IV, del Instituto Alemán de Atenas.

PRÓLOGO

Si es que existe una diferencia entre historia y arqueología, este libro es una historia *de la Grecia primitiva. La mayor parte de las pruebas son arqueológicas, y hemos tratado de precisar, en la medida que pudimos hacerlo dentro del espacio disponible, el estado actual de nuestros conocimientos. Pero el testimonio no es un fin en sí mismo; nuestra preocupación principal ha sido el análisis y las conclusiones históricas y no la investigación arqueológica. (No decimos "la narración", porque eso no es posible de lograr en el sentido común de la palabra.)*

Hemos tratado los mismos temas en dos capítulos que escribimos para la Fischer Weltgeschichte, *tomos 3 (1966) y 4 (1967), publicados en alemán. Se los amplió y volvió a redactar y en la parte de la Edad de Bronce este trabajo fue casi completo. La cantidad de cambios no sólo refleja el volumen de los nuevos descubrimientos arqueológicos, sino también nuestra propia revisión acerca de muchas de las cuestiones históricas. Weidenfeld and Nicolson y la Delacorte Press, poseedores respectivos de los derechos ingleses y norteamericanos, de* Fischer Weltgeschichte, *nos han autorizado gentilmente a utilizar como deseáramos nuestro texto original.*

Mi cálido agradecimiento a los amigos —A. Andrewes, R. M. Cook, M. C. Greenstock y G. S. Kirk— que leyeron y criticaron el manuscrito; a Jan Bouzek de la Universidad de Carlos en Praga que me permitió leer el manuscrito de su libro Homerisches Griechenland *próximo a ser publicado, y a mi esposa por su permanente ayuda.*

M. I. F.

Cambridge, 20 de mayo de 1969

ADVERTENCIA SOBRE LOS NOMBRES PROPIOS [1]

No nos hemos esforzado en ser demasiado rígidos al pasar al inglés los nombres propios griegos, ya sea de personas o de lugares. En los casos en que los nombres actuales de lugares son notablemente distintos de los antiguos, hemos dado los equivalentes en la primera aparición, haciendo lo propio en el índice. Los nombres de lugares de la Edad de Bronce son a menudo desconocidos. El empleo de nombres griegos posteriores no debe tomarse como una indicación de que esos mismos nombres ya se utilizaban en épocas anteriores; a veces puede demostrarse que en realidad no era así, y existen algunos ejemplos, señalados en el capítulo sobre Creta, en que el único método de identificación posible es el empleo de un nombre moderno.

[1] Advertencia del original en inglés (N. de la E.).

LA EDAD DE BRONCE

CAPITULO I

INTRODUCCIÓN

En el estudio de la historia primitiva del hombre, lo que se observa con mayor claridad y más rápidamente es su progreso tecnológico. Esa es la razón por la cual existe la norma de larga tradición que consiste en dividir la historia antigua en grandes períodos de acuerdo con los materiales duros con que se fabricaban herramientas cortantes y armas: piedra, cobre, bronce, hierro, en ese orden. Luego, conforme aumentó el conocimiento del pasado, los períodos largos se subdividieron de distinta forma. Cuando se advirtió, por ejemplo, que en determinado momento la técnica utilizada para dar filo al pedernal y demás piedras había pasado del tallado al pulido, la Edad de Piedra se dividió en Antigua (Paleolítico) y Moderna (Neolítico). Pronto se hizo necesario hablar de Paleolítico Inferior, Medio y Superior (o Avanzado), de un período Mesolítico Intermedio, de Bronce Primitivo y Tardío, y así sucesivamente. De la misma manera se diferenció cada edad de acuerdo con la región o civilización. Se creó así una nomenclatura cuyo uso persiste a pesar de que cada

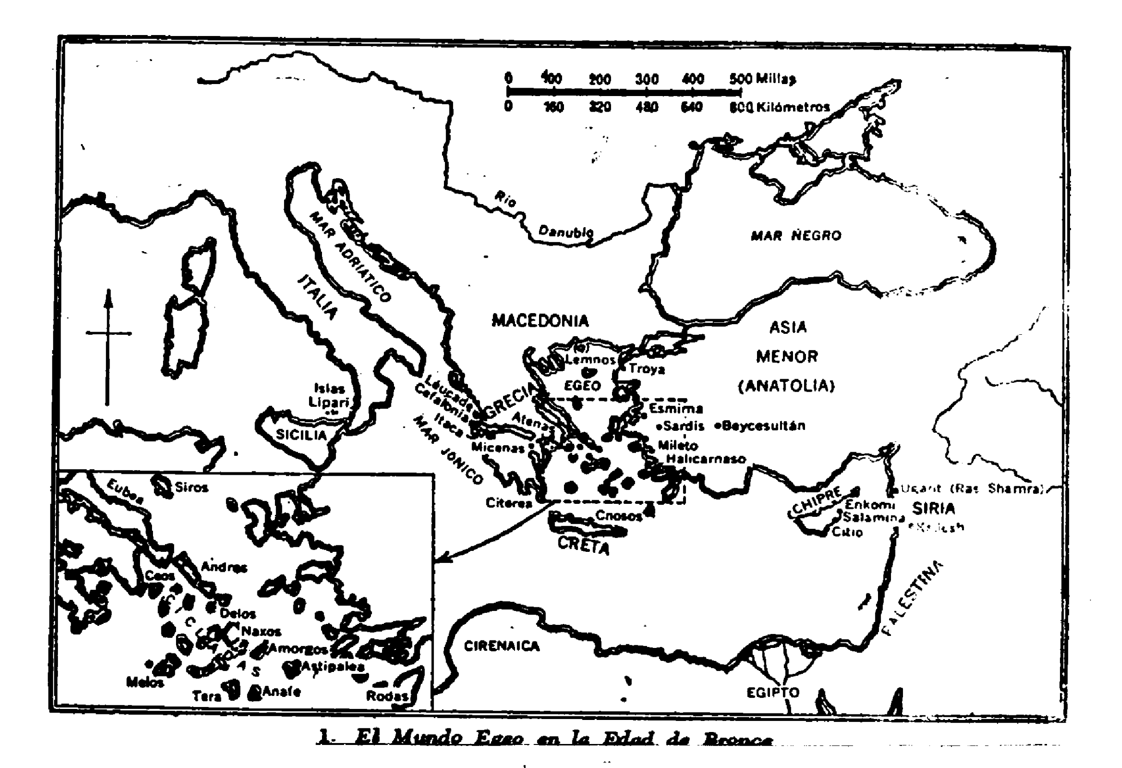
vez se tiene más conciencia de que ella es poco adecuada e incluso de que tiende a confundir. Después de todo, si bien la madera, el hueso, la arcilla para alfarería, las pieles y los textiles son materiales igualmente importantes, también es cierto que no duran lo suficiente como para subsistir hasta nuestros días. Su aplicación traspasa la línea de evolución de piedra-bronce-hierro y deben ignorarse en el esquema convencional. Además, en el curso de las edades tradicionales se han producido profundos cambios en la economía, en la estructura social y en el poder político. En la actualidad se coincide, por ejemplo, en que el signo fundamental que señaló la división entre el paleolítico y el neolítico fue la introducción de la agricultura y no un cambio en el método de trabajar el pedernal. Por último, hubo escalas de tiempo muy diferentes en el progreso tecnológico y social de las distintas regiones de Europa y de Asia occidental, por no mencionar los demás continentes.

Llegado a este punto (y volveremos sobre el mismo más adelante), hay que reconocer que aún son necesarias algunas de esas normas para reseñar los miles de años de la prehistoria. El investigador actual sólo cuenta con las pruebas arqueológicas o restos materiales para estudiar la época anterior al descubrimiento del arte de la escritura y su empleo por parte de una civilización determinada para registrar sus actividades, creencias e historia. No dispone de agrupamientos lingüísticos o nacionales, ni de dinastías reales o formas de gobierno, ni tampoco de revoluciones o guerras para utilizarlos como elementos de clasificación. Asimismo, no tendría sentido dividir por siglos el período desde el 40.000 hasta el 4.000 a.C. En rigor, el final de la prehistoria no tuvo lugar antes del 3000 a.C. aproximadamente en la Mesopotamia (actual Irak) y Egipto, del 2000 a.C. en

Asia Menor y Siria y del 1000 a.C. en Grecia, produciéndose aún más tarde en todas las demás regiones situadas hacia el occidente. Para ser más exactos, ésas son las fechas, aproximadamente, en que la prehistoria se convierte en historia. El empleo (y supervivencia) de la escritura fue por largo tiempo tan restringido que las pruebas arqueológicas continúan siendo esenciales y a menudo predominantes.

En Grecia la Edad de Bronce comenzó alrededor del 3000 a.C. o poco después de esa fecha, a raíz de la adopción de las técnicas que se habían desarrollado en zonas situadas más hacia el oriente y no por invención propia. El hecho de que se hubieran producido migraciones hacia Grecia es incierto y muy discutido. No se puede pretender que ellas den cuenta de la llegada de los metales pero no existe la menor duda de que ello fue posible: el mar Egeo era una ruta por la que viajaban hombres e ideas incluso en los primeros tiempos neolíticos (y quizá mucho antes). Los granos cultivados y los animales domesticados que marcan la iniciación de la Era Neolítica fueron importados de Oriente, presumiblemente del Asia Menor. No puede determinarse en qué forma viajaron, pero, en la misma época (en el 6000 a más tardar), el vidrio volcánico negro llamado obsidiana que se usaba para herramientas en una región que se extendía desde el sur de Macedonia hasta Creta provenía en su totalidad de la isla de Melos (como resulta del análisis espectográfico de los hallazgos).[1] No obstante, en la misma Melos no se han encontrado todavía vestigios de poblaciones tan antiguas. Por lo tanto, parecería que el

[1] Véase C. Renfrew y col., "Obsidian in the Aegean", *Annual of the British School at Athens*, nº 60 (1965), págs. 225-247.



1. *El Mundo Egeo en la Edad de Bronce*

hombre neolítico primitivo de Grecia continental (y, por supuesto, también de Creta) se sentía lo suficientemente cómodo en el mar como para visitar Melos con regularidad a fin de explorar sus canteras de obsidiana. De ser así, las primeras plantas y animales domesticados podrían haber llegado por el Egeo en vez de por tierra y más probablemente acompañados a una auténtica migración que sin ella. En consecuencia, el hecho de que el arte de la metalurgia siguiera el mismo camino 300 años después constituiría un mero acto de rutina.

La península griega, en síntesis, no era una unidad aislada. En realidad no lo ha sido en modo alguno hasta hace poco tiempo (e incluso en la actualidad no existe acuerdo acerca de los límites de "Grecia"). Tanto en el período prehistórico como en el histórico, Grecia formaba parte de un complejo egeo más amplio que abarcaba Grecia continental, las islas (incluyendo Creta y Chipre) y la costa occidental de Asia Menor. En términos generales, esta región compartía un mismo clima y terreno, con recursos similares y poseía, por lo tanto, idéntico sistema de vida. A causa de su ubicación, el mundo egeo servía también como puente, por un lado, entre Egipto y el Cercano Oriente, y, por el otro, entre Europa oriental y central.

La ocupación de Grecia por el hombre se remonta, según estudios recientes, a la Era Paleolítica Media, 40.000 años atrás (fecha ésta suministrada por una muestra de carbono de Epiro). Se ha descubierto un cráneo tipo Neanderthal en Calcídica, al este de Macedonia, habiéndose encontrado asimismo concentraciones de restos paleolíticos en Macedonia occidental, Epiro, Corcira (actual Corfú), la llanura de Tesalia, Beocia y el noroeste de Olimpia, en Élida. No obstante, sólo

en uno de estos sitos —en Epiro debajo de Iioannina— se observan signos de población constante hasta el Neolítico y la Edad de Bronce. La cerámica neolítica muestra allí similitud con hallazgos provenientes de Italia y no de otros sitios de Grecia, como por ejemplo Nueva Nicomedia en Macedonia. Casi todos estos descubrimientos se han producido desde fines de la década de 1950, por lo tanto carecería de sentido en la actualidad generalizar acerca de la duración del Paleolítico griego o discutir sus orígenes y conexiones. No se han hallado restos paleolíticos en Nueva Nicomedia, por ejemplo, lugar en que existía alrededor del 6200 (fecha extraída también de una única muestra de carbono 14) una población que cultivaba trigo, cebada, lentejas y arvejas, que al mismo tiempo criaba ovejas, cerdos, cabras y ganado vacuno y fabricaba canastos y cuatro estilos de cerámicas diferentes. Da la impresión de que en Nueva Nicomedia se practicó, desde los primeros días de su existencia, toda la gama de las artes nuevas, mientras que otros centros neolíticos primitivos, como Sesklo en Tesalia, atravesaron por una fase precerámica. Cada nueva excavación suministra más variaciones y enigmas, demostrando una y otra vez que, dentro del complejo griego en general (por no mencionar el egeo), la variación es parte esencial de su prehistoria. Sin embargo, como suele suceder cuando dependemos exclusivamente de objetos materiales para recopilar información, las razones de este fenómeno, se nos escapa.

Las regiones conocidas del neolítico primitivo donde se fabricaban objetos de cerámica y se practicaba la agricultura están tan diseminadas que resulta fácil llegar a la conclusión de que estas innovaciones fundamentales fueron llevadas a Grecia por una migración (o migraciones). Estas primeras poblaciones eran pequeñas, aproximada-

mente de cien habitantes, y sus viviendas —constituidas por un único cuarto— se encontraban dispersas dentro del área del pueblo, diferenciándose así de los densos y atestados poblados del Cercano Oriente. Los tres mil años siguientes evidenciaron un aumento considerable de la población, lo que queda demostrado por la aparición de nuevas áreas habitadas así como por la mayor densidad de los pobladores antiguos. El crecimiento y el desarrollo se manifestaron de formas diferentes: en la proliferación de las variedades de alimentos, en el refinamiento y la mayor especialización de herramientas y armas, en la cerámica y su decoración, en el transporte y en la arquitectura. Si las deducciones extraídas del estudio de otras comunidades agrícolas primitivas y más conocidas son válidas, cabe suponer que también existió cierta división del trabajo (que no era posible en sociedades que vivían de la caza y la recolección de alimentos) y un principio de estratificación social. Asimismo, se produjeron cambios decisivos en el medio ambiente físico, no todos necesariamente favorables en última instancia, causados por el desmonte de los bosques, por los cultivos continuos y el constante uso del terreno para pastoreo.

Por último, cerca del 3000 a.C., comenzaron a utilizarse los conocimientos metalúrgicos que estaban ya muy avanzados en el Cercano Oriente, pero en los siglos inmediatamente posteriores los objetos de metal continuaron siendo rarezas en el Egeo. En algunas regiones como Creta casi no se ha encontrado ninguno. La mayor parte de éstos —de bronce, plomo o plata— consistía en armas, piezas decorativas u objetos relacionados quizá con la religión. Las herramientas de metal apenas si aparecen, y en tal caso corresponden al artesano y no al agricultor. En síntesis, el metal

comenzó siendo un lujo en el mundo egeo y, si bien tuvo una vigencia considerable, se supone que resultaba accesible a la clase social más pudiente que había surgido durante el período Neolítico precedente. La piedra, la arcilla refractaria, el hueso y la madera continuaron siendo los materiales duros (y es bueno tener en cuenta que nunca fueron desplazados totalmente) hasta que, por último, en la segunda mitad del tercer milenio, se produjo en todo el Egeo un marcado aumento en la cantidad de metal utilizado, así como en la escala de su empleo en la producción.

La llegada de la verdadera era de los metales introdujo problemas radicalmente nuevos. La sociedad que *depende* de ellos, incluso en forma parcial, debe hallar un lugar dentro de su estructura social para un nivel de especialistas que antes no necesitaba y debe ocuparse activa y constantemente de obtener estas escasas materias primas. El mundo egeo es pobre en metales. Para las reducidas necesidades de sus primeros artesanos metalúrgicos quizá habría bastado con sus pequeños depósitos aislados. Algunos de éstos han sido localizados en exploraciones contemporáneas, pero no en todos los distritos donde se efectuaron hallazgos de objetos de metal. Conforme creció la demanda se hizo necesario importar estaño y cobre (y posteriormente hierro). Al principio se los traía de otras sociedades más avanzadas en el uso de los mettales pero más tarde fue necesario recurrir a Europa central y occidental. La segunda etapa fue particularmente complicada pues implicó que los pueblos del Egeo debieron efectuar ellos mismos los cateos, organizar luego las minas y la fundición, y capacitar a los hombres del lugar en técnicas que no poseían, teniendo finalmente que transportar el cobre o el estaño a largas distancias. Hay pruebas arqueológicas de la existen-

cia de minas de cobre en Transilvania (en los Cárpatos del sudeste) y en España que datan de antes del 2000 a.C., cuyos responsables deben ser los exploradores de Anatolia o del Egeo. Incluso se ha formulado una hipótesis atractiva sobre Troya, donde se practicó la metalurgia desde la primera población, en el sentido de que ésta debe parte de su primitiva prosperidad a su ubicación privilegiada sobre la ruta de los metales entre el Asia Menor, el mundo egeo y el Danubio inferior.

El rápido desarrollo de las industrias metalúrgicas locales puede demostrarse ocasionalmente en muchas zonas egeas por la presencia de depósitos de escoria y otros vestigios de verdaderos talleres, pero con más frecuencia por las variantes en el estilo y en la técnica de los productos terminados. También está probado arqueológicamente el intenso comercio que se practicaba dentro del Egeo en contraste con los siglos precedentes. Los pueblos y aldeas que perduraban desde épocas anteriores tienen ahora un aspecto de mayor solidez "urbana" —algunos de ellos cuentan con murallas de piedra— y están situados preferentemente sobre colinas bajas o lomas próximas al mar o a los lagos interiores. Pero éste es el único indicio que poseemos de que el aumento de la riqueza, la mayor especialización y los varios requerimientos del comercio exterior de los metales tuvieron, en conjunto, un efecto significativo en la organización y la estructura de las clases sociales. Ni siquiera existe el menor indicio acerca de las relaciones políticas entre las distintas comunidades.

Resulta tentador tratar de llenar las lagunas de nuestro conocimiento sobre la base de los desarrollos mas o menos contemporáneos de Egipto o de la Mesopotamia, pero tenemos que abstenernos decididamente de intentarlo. No hace falta más que echar una mirada a los informes arqueológicos para

comprobar con qué rapidez las civilizaciones del Cercano Oriente habían aventajado totalmente a las del Egeo en el tamaño y la complejidad de las comunidades individuales (y en los objetos que éstas fabricaban), así como en la extensión de su poder hacia las regiones circundantes. Ni siquiera Troya es una excepción valedera. Debemos aproximarnos a los grandes palacios de Creta después del 2000 a.C., para encontrar apenas los primeros hallazgos realmente grandiosos del mundo egeo.[2] Además, por sobre todo esto nos encontramos con la ausencia de cualquier forma de escritura y, cuando ésta hizo finalmente su aparición en Grecia y Creta, tuvo una difusión lenta e incompleta (nunca llegó a Troya, por ejemplo) y su empleo fue tan restringido que aún es correcto hablar de prehistoria y no de historia en los siglos en que se usaban las escrituras Lineales *A* y *B* (tratadas en los caps. IV y V) para los registros de palacio.

La ignorancia de la lectura y la escritura, que ya es una limitación bastante seria para la sociedad misma, resulta frustrante para el historiador. Los "conocimientos" de toda la prehistoria del Egeo pueden contarse con los dedos de la mano. Se los conoce únicamente a través de mitos y tradiciones muy posteriores y son, en el mejor de los casos, muy problemáticos, según veremos más adelante. La arqueología revela los cataclismos, pero no puede informar acerca de las circunstan-

[2] Para poder determinar su tamaño, Stuart Piggott, *Ancient Europe* (Edinburgh University Press; Chicago, Aldine Press, 1965), pág. 122, ha hecho estos interesantes cálculos: Troya II encajaría detro del círculo del terraplén de la primera fase de Stonehenge; el palacio mesominoico de Mallia en Creta es casi igual, por su tamaño, a la villa romana de Woodchester en Oxfordshire; el palacio de Pilos abarca aproximadamente la mitad de la superficie de la población de la Edad de Hierro de Glastonbury, en Somerset.

cias concurrentes o de las personas que tuvieron participación en ellos, aun cuando en unos pocos casos importantes puedan hacerse deducciones generales con un margen considerable de probabilidad. Asimismo, se advierte la falta de personalidades individuales no sólo debido a la naturaleza de los escasos textos escritos, sino también a la ausencia notable de monumentos. No se encuentran obeliscos con hermosas incripciones; ni los palacios ni las tumbas presentan estatuas o pinturas murales que puedan compararse con las de los omnipresentes gobernantes, nobles, guerreros, escribas, sacerdotes y dioses del Cercano Oriente. Los gobernantes de Cnosos, Misenas y Trova descuidaron perpetuar su memoria. Estamos en libertad de creer, si así lo deseamos, que los reyes Minos de Cnosos, Agamenón de Micenas y Príamo de Troya fueron personajes históricos y no figuras de leyenda. Sin embargo, no se ha encontrado ninguna representación de ellos en el lugar y ni siquiera figuran sus nombres en una lápida o la piedra de un anillo de sello.

La consecuencia derivada de todos estos puntos negativos es una gran frustración y la incertidumbre acerca de la cronología. Entre los objetos fechados provenientes del mundo egeo, algunos de los cuales tienen un valor incalculable, no hay uno solo que no sea importado. Por lo tanto, todas las fechas son arqueológicas. La cronología relativa se establece con la base de la evolución estilística de la alfarería y a los estratos o capas de los yacimientos de cada zona en particular. Se fijan entonces los pivotes, o fechas "absolutas", mediante sincronizaciones, que hacen posibles a su vez los objetos importados y exportados, con algunas fechas conocidas de Egipto y Siria. Dicho en forma esquemática, el método básico consiste en distribuir una cantidad de estilos de alfarería —Micéni-

co III *A*, *B* y *C*, por ejemplo— en un período dado de años que se estima de acuerdo con el número de objetos recuperados y la duración del cambio estilístico. Los desarrollos arquitectónicos suministran un elemento de comprobación adicional. Además, en caso de que haya, por ejemplo, objetos egipcios que admitan la determinación de una fecha, la escala de tiempo relativa puede traducirse a fechas reales.

El punto más débil de este procedimiento radica en la imposibilidad de fijar con suficiente precisión el momento en que se producen los cambios de estilos y de técnicas de alfarería y de fabricación de otros objetos, así como los de estratificación. Siempre debe contemplarse un margen de error, incluso en las nuevas pruebas científicas como la de carbono 14. Sin embargo, aun cuando un margen de 100 años pueda parecer poco importante cuando hablamos de un milenio o más, no debemos olvidar que ese período cubre tres generaciones humanas completas. De ahí que un error de tal magnitud pueda originar ideas falsas acerca del crecimiento, cambio o migración en cuestión, multiplicándose los riesgos cada vez que se confrontan dos o más culturas. Por lo tanto, cuando los arqueólogos dan fechas tan precisas como 1440 ó 1270 a.C., es porque están excediendo los límites de lo razonable y envolviendo sus cálculos en un halo falso de certidumbre.

Aceptados estos límites, las fechas aproximadas resultan útiles y verdaderamente indispensables. La sección dedicada a la Edad de Bronce en el cuadro cronológico del comienzo de este volumen presenta una sincronización de Grecia, Creta, Chipre y Troya. Lo único que pretendemos con ella es que refleje un esquema que muchos arqueólogos aceptarían como razonable, dado el estado actual de los conocimientos. A raíz de un convenciona-

lismo inofensivo, los períodos se denominan *Heládico* en Grecia, *Minoico* en Creta y *Cicládico* en las islas del Egeo central (aunque hoy se cuestiona la validez de este último como categoría). Por otra norma convencional aparece una nueva división en tríadas dobles: Primitivo, Medio y Tardío, estando cada una de éstas a su vez subdividida en I, II y III. Si bien así puede crearse un cuadro estéticamente agradable, a pesar de la desigualdad de tiempo entre el Heládico, el Minoico y el Cicládico, y detectarse a veces con bastante claridad el período inicial, medio y final de cada etapa, debemos considerar que, por otra parte, este sistema no ofrece suficientes garantías para muchos sitios y ha conducido a la aplicación de métodos bastante violentos para forzar la ubicación de una prueba evidente y molesta dentro de un marco que se creó en los primeros tiempos de la arqueología egea. Para los sitios aislados, el mejor procedimiento es el adoptado por los excavadores de Troya y de otras ciudades, que consiste en numerar cada estrato por orden, comenzando con I y prosiguiendo así mientras resulte necesario, pero para las regiones más extensas es preferible un esquema más general. Las tríadas convencionales se mantienen en este libro por razones de referencia ya que por el momento no existe otra alternativa.

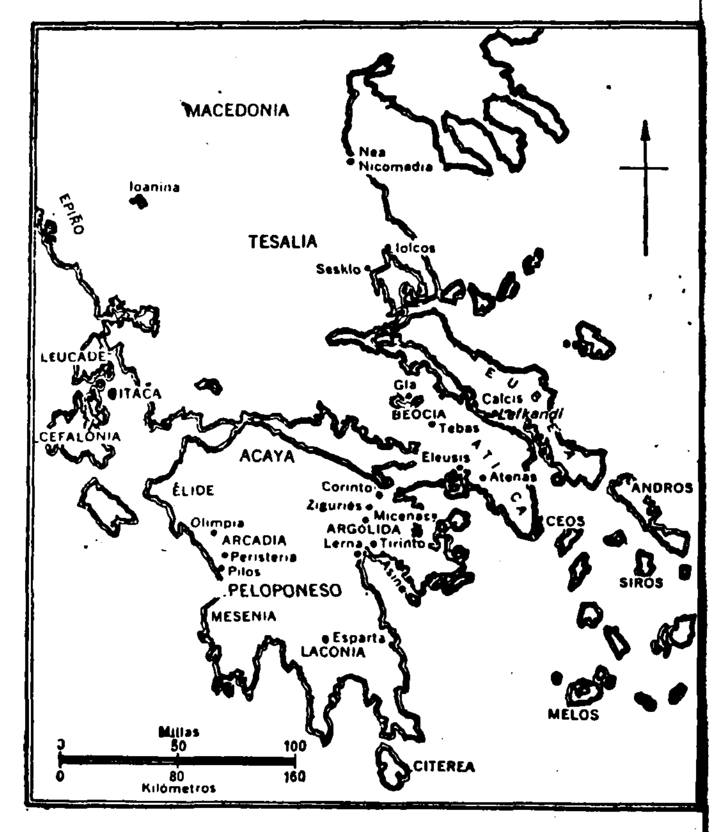
CAPÍTULO II

LA "LLEGADA DE LOS GRIEGOS"

La debilidad de esta división convencional y excesivamente simétrica de la Edad de Bronce en tríadas y subtríadas resulta evidente al admitirse que la interrupción más abrupta y extensa de la cronología arqueológica se produce entre el Heládico Primitivo II y III y no al comienzo del Heládico Primitivo I o en la transición del Heládico Primitivo al Medio (generalmente ubicado alrededor del 1900 a.C.). En una fecha que puede precisarse por los hallazgos de alfarería en las proximidades del 2200 ó 2100, se observa una destrucción más o menos completa en varios lugares importantes de la Argólida —Lerna, Tirinto, Asine, Ziguriés, probablemente Corinto— y el Ática, cuyos efectos parecen haber alcanzado también a las Cícladas. Todavía no se ha determinado la amplitud que esta devastación pudo tener en Grecia. Si bien no fue universal, tampoco podemos considerar mera coincidencia el hecho de que el incendio y la destrucción acontecidos en los últimos siglos del tercer milenio resulten igualmente evidentes atravesando el Egeo, en Troya II, más al

sur —cerca del nacimiento del río Meandro— en Beycesultán, y en muchos otros lugares, incluso en Palestina.

La palabra "interrupción" debe entenderse en su sentido más amplio. A pesar de que los informes arqueológicos están repletos de cambios de todo tipo, no es frecuente encontrar en ellos uno que, abarcando una extensión semejante, sea tan



2. *Grecia en la Edad de Bronce*

masivo y abrupto como el que se produce en esta época en particular. En Grecia no se ha de producir nada comparable a éste hasta fines de la Edad de Bronce, mil años más tarde. Centros que, para su tiempo, eran ricos y poderosos y que habían tenido una larga trayectoria de estabilidad y continuidad, prácticamente se derrumban y los que les siguen difieren radicalmente en escala y categoría. La arqueología no puede, como regla general, asignar nombres a las personas ni precisar el contenido de un desastre pero, en esta combinación particular de desastres, es legítimo preguntarse si éstos no son testigos de la llegada concomitante —a las orillas occidental y oriental respectivamente del Egeo— de inmigrantes que hablaban una forma primitiva del griego y de pueblos que hablaban otras lenguas indoeuropeas interrelacionadas: el hitita, el luvi y el palavi.

Existe una comprensible falta de interés en plantear esa pregunta en forma tan directa. La tendencia a poner en un plano de igualdad lenguaje y raza desquició el estudio de la prehistoria y de la historia desde que se descubrió que las lenguas europeas, asiáticas y norafricanas pueden clasificarse en "familias" de acuerdo, en principio, con sus similitudes estructurales (que a menudo sólo puede captar un experto luego de un análisis profundo). La gran familia indoeuropea incluye las lenguas antiguas de la India (sánscrito) y Persia, el armenio y las lenguas eslavas; varios idiomas bálticos (como por ejemplo el lituano), el griego y el albanés, las lenguas itálicas, entre las que se encuentran el latín y sus descendientes modernos, el grupo céltico, del que aún hoy mantienen cierta vitalidad el gaélico y el galés, las lenguas germánicas y varias lenguas muertas que se hablaban en los Balcanes (como el ilirio) o en el Asia Menor (como el hitita y el frigio). Los investigadores

serios ya han abandonado la concepción romántica (o peor calificada) de una "raza indoeuropea" que, con su temperamento, costumbres e instituciones características, habría arrasado la zona reemplazando las culturas que encontraba a su paso por la propia, que sus integrantes traían a su vez de una hipotética cuna original. Ni en Grecia ni en Asia Menor hay pruebas que justifiquen nada semejante. Las instituciones y la cultura del gran Imperio hitita, que en la segunda mitad del segundo milenio controló el Asia Menor y extendió su influencia aún más lejos, sobre las que tenemos tantos documentos (en la escritura cuneiforme que los hititas adoptaron de Babilonia), eran producto de desarrollos acontecidos en Anatolia (Asia Menor) y no algo totalmente preexistente y llevado a esa región en su conjunto por una única migración conquistadora. Es probable que en Grecia sucediera lo mismo en el período posterior al 2200 a.C., pero no contamos con documentos anteriores a las tablillas de Lineal *B*.

No obstante, llegado a este punto todavía queda un difícil aspecto de la realidad por tener en cuenta. Se avecinaba el momento, muchos antes de finalizar el primer milenio a.C., en que gran parte de Europa y distritos extensos de Asia Occidental y Central hablarían una u otra lengua indoeuropea. Estas lenguas no eran nativas de toda esta vasta región desde tiempos inmemoriales y hay poderosas razones para creer que habían tenido rivales dentro de su propio territorio en el transcurso de la Edad de Bronce (cosa que, para los tiempos históricos, puede probarse en algunas zonas). Por lo tanto, no podemos eludir la conclusión de que hubo algún movimientos de pueblos implicada en ese proceso. La arqueología ha sugerido —y podría decirse que ha demostrado— que el último mapa lingüístico no es la resultante de un movimiento,

sino de varios, acaecidos en períodos diferentes, provenientes de centros distintos y que tomaron direcciones diversas. No hay otro motivo que explique, por ejemplo, la gran afinidad existente dentro de la familia indoeuropea entre el sánscrito y el lituano.

Uno de estos movimientos parece reflejarse en las grandes destrucciones de Grecia, Troya y otros lugares de Anatolia a fines del tercer milenio a.C. Pero no hay modo en la actualidad de comprobar esta hipótesis. Con frecuencia las pruebas arqueológicas no pueden iluminar directamente la historia de los idiomas y dialectos e incluso sobre migraciones que se conocen a través de otras fuentes o de deducciones indiscutibles. Por ejemplo, no hay un solo rastro arqueológico incontestable de los dorios, ni durante la migración ni luego de su llegada a Grecia propiamente dicha. Tampoco los hunos, por mencionar un caso muy posterior, han sido identificados claramente a través de la arqueología de Europa central. Sin embargo, alguien tuvo que introducir el dialecto dórico en el sur de Grecia, donde éste desplazó al griego "micénico",[1] y sabemos con absoluta seguridad que los hunos hicieron una irrupción devastadora en Europa. Nuestras dificultades se hacen mayores aún con el comportamiento impredecible del lenguaje luego de una conquista. Los normandos no pudieron imponer su francés en Inglaterra a pesar de la conquista y el dominio totales que lograron, mientras que el magiar (húngaro), miembro de la familia uralo-altaica, ha perdurado hasta nuestros días como una isla lingüística rodeada por idiomas indoeuropeos sin relación alguna con él (alemán, rumano y varias lenguas eslavas).

1 Volveremos sobre el tema de los dorios al comienzo del capítulo VII.

Por consiguiente, resulta necesario definir con más precisión lo que implica la hipótesis de la aparición de pueblos de lengua indoeuropea en el Egeo antes del 2000 a. C. y también lo que no implica. Como primer paso, deben rechazarse con firmeza todas las implicancias racistas: es absurdo imaginar que ellos ya eran los "griegos" y que tenían alguna misteriosa afinidad con los gobernantes de Micenas de 700 u 800 años más tarde, por no mencionar a Safo, Pericles o Platón. Tampoco es indispensable creer que al tiempo de su aparición ya hablaran un idioma que pudiera identificarse rápidamente como griego. Es más probable que esta lengua, según la conocemos nosotros, adquiriera conformación difinitiva en la misma Grecia, siendo influida la de los recién llegados por la de la población más antigua de la península. Ésta apareció a más tardar en el período micénico (como resulta de las tablillas del Lineal *B*), cuando dos o tal vez tres dialectos griegos íntimamente relacionados parecen haberse difundido por toda la zona, con excepción de las regiones montañosas y aisladas del Noroeste, donde se desarrolló el dialecto dórico. El cuadro completo de dialectos clásicos —jónico, eólico y dórico, con sus variantes y subcategorías como el ático— debe situarse entonces en el período posterior a la caída del mundo micénico, es decir, después del 1200 a.C. (mapa 4).

Gran parte de la compleja historia de la lengua griega puede explicarse por simple evolución lingüística. Por tanto, es innecesario presentar las sucesivas olas de inmigrantes de habla griega, cada una con su propio dialecto, como solía hacerse en épocas pasadas. Lo dicho no excluye la posibilidad de que se hubieran producido otras migraciones después del 2200 ó 2100, desde el otro lado del Egeo, por ejemplo, pero no las exige para la historia del lenguaje. Y aquí nos encontramos con

el enigma más notorio de la interpretación de los datos arqueológicos. El hecho de que en el segundo milenio afluyeran a Grecia elementos e impulsos culturales nuevos resulta evidente en muchos lugares. Pero, ¿de qué manera llegaron? ¿con los mecaderes, con los artesanos ambulantes o con las migraciones y conquistas? La última es una explicación demasiado fácil ya que en el Heládico Medio existieron dos innovaciones que merecen mayor consideración.

La primera es la llamada cerámica miniense, un estilo de alfarería característico de textura "saponácea". Por estar notablemente difundida en Grecia, en las islas y en algunas partes de Anatolia occidental desde el 1900 aproximadamente, o sea desde el comienzo del Heládico Medio I, muchos estudiosos la consideraron rasgo sobresaliente de una nueva cultura trasmitida por inmigrantes a quienes algunos han identificado como "los griegos". No obstante, la cerámica torneada que fuera hallada en Lerna y en otros sitios del Heládico Primitivo III no presenta grandes diferencias con la miniense, excepto que es de una variedad anterior y más primitiva. Por consiguiente no hace falta adjudicar a una migración la gran popularidad de la cerámica miniense de alrededor del 1900 a.C. En la actualidad, el conjunto de las pruebas arqueológicas se manifiesta en favor de una fecha anterior: 2200 ó 2100 a.C.

En segundo lugar aparece una nueva práctica de inhumación muy difundida a principios del período Heládico Medio. Se excavaban cámaras sepulcrales poco profundas (del tipo denominado cista). A veces los costados eran de piedra y el fondo de guijarros; contenían un solo cuerpo y las cerraba una lápida. Al principio se observa una tendencia a las dimensiones reducidas, de modo que los cuerpos quedaban en posición encogida

(o fetal); además, no están acompañadas de alimentos y utensilios. Con el tiempo adquirieron mayor tamaño y se hicieron más trabajadas. Lo que constituye una novedad no es este procedimiento —que ya estaba difundido en las Cícladas en siglos anteriores—, sino la costumbre de colocar las cámaras sepulcrales de los niños, y ocasionalmente de los adultos, dentro de las casas, debajo del piso o detrás de los muros. Acá aparece una nueva perspectiva. Pero, ¿requiere este hecho una migración? De ser así, la nueva población debería haber sido sumamente numerosa y haber conquistado todo el territorio para imponer con tanta rapidez ese nuevo tipo de rito funerario; asimismo, es extraño que los cementerios de las afueras de los pueblos continuaran en uso para los adultos. El caso es que en la región del Egeo, durante la Edad de Bronce así como en los tiempos históricos, hubo una asombrosa variedad de prácticas de inhumación que cambiaban según las regiones y el momento y que coexistían a menudo por largos períodos en la misma comunidad. Los cuerpos se enterraban en forma individual y en grupos familiares, en clases distintas de recipientes; a veces se los exhumaba luego de producirse la descomposición para volver a enterrar los huesos; eventualmente también la cremación complementaba el entierro. Por lo común se nos escapa la concepción subyacente en estas variantes, de la costumbre, pero una cosa es segura: la mayoría de los cambios surgieron sin que mediara una migración. Por lo tanto, no existe razón especial para pensar que la introducción de la sepultura intramural implique por sí sola un evento de esta naturaleza.

El Egeo fue siempre una ruta de tránsito de ideas, técnicas e instituciones, tanto al comienzo del segundo milenio como en otras épocas. Es un

hábito curioso el hecho de no adjudicarle nunca al pueblo en cuestión originalidad alguna, haciéndolo prestatario de otro que es el innovador. De todos modos, la originalidad jamás implica crear de la nada y no pierde valor ni importancia si se basa en una idea proveniente de una fuente distinta. Si, según parece, la Argólida fue el centro de la destrucción provocada por los intrusos alrededor del 2200 a.C., se deduce en consecuencia que en este distrito fértil y bien irrigado creció y se difundió la cultura de los períodos Heládico Primitivo III y Heládico Medio, de los que emergió a su vez la civilización del Heládico Tardío (o micénica). Esto es muy diferente del cuadro romántico de que la conquista abarcó la totalidad o la mayor parte de Grecia de una sola vez. La "llegada de los griegos" significó, en otras palabras, la introducción de un nuevo elemento que se combinó con sus predecesores para crear lentamente otra civilización y extenderla cómo y hasta donde fuera posible.

La destrucción de centros de poder de épocas anteriores, como el de Lerna, con sus grandes fortificaciones, no implica que sus habitantes hayan sido masacrados o que una destrucción comparable se haya producido en el interior del territorio. Algunos lugares fueron abandonados por períodos más o menos cortos, mientras que otros no. Además, la Edad de Bronce no se limitó en Grecia a algunas ciudades fortificadas como Lerna en el Heládico Primitivo II o Micenas en el Heládico Tardío. A raíz de que la cantidad de lugares excavados es todavía una pequeña fracción del total y de que los arqueólogos tratan, como es natural, de dedicar su tiempo y recursos escasos a los lugares que prometen ser más fructíferos, se tiene como resultado una ilusión de grandeza. Por eso constituye una experiencia tranquilizadora leer un

catálogo publicado recientemente acerca de los lugares conocidos que fueron habitados en el sudoeste del Peloponeso. En ese espacio reducido, limitado por el río Alfeo, el monte Taigeto, el golfo de Mesenia y el mar Jónico, el total de poblaciones del Heládico Tardío puede llegar a ciento dieciséis, mientras que, respecto del Heládico Medio, puede llegar quizá a cincuenta y uno según las pruebas actuales que por cierto son incompletas. La mayoría de ellas fueron aldeas y muchas quedaron deshabitadas en las postrimerías de la Edad de Bronce.[2] Estas cifras reflejan, por un lado, la "colonización interior" de Grecia que provenía de varios centros y por otro el aumento continuo de las cifras de población absoluta. En esta evolución, resulta imposible separar a los recién llegados de sus predecesores. Lo mismo puede decirse acerca de sus respectivas contribuciones a la cultura —o mejor dicho, al complejo cultural— en incipiente desarrollo. En suma, todos contribuyeron de uno u otro modo, incluso los pueblos cercanos a la península griega, como los de Creta, los de las Cícladas y los de Anatolia.

Lamentablemente, poco puede decirse respecto de la nueva cultura que comienza a principios del 1600 a.C. con la aparición del poder y la lujosa opulencia reveladas por las tumbas en chimenea de Micenas. Durante quinientos o seiscientos años, desde los primeros tiempos del Heládico Primitivo III hasta fines del Heládico Medio, los restos materiales son tan pobres que nos encontramos con poca preparación para la gran era que comienza. Las aldeas (a Lerna misma no podemos asignarle más que ese nombre en este momento) tienen un aspecto general uniforme: situadas ge-

[2] W. A. McDonald y R. Hope Simpson, *American Journal of Archaeology*, 68, 1964, págs. 229-245.

neralmente sobre colinas o lomas bajas, de trazado irregular, desordenadas, carentes de fortificaciones y de palacios u otros edificios importantes. Las herramientas y las armas de metal son rudimentarias. Estas últimas son asimismo escasas y demasiado preciosas como para desperdiciarlas entre los efectos personales que acompañarán al difunto en la otra vida. A pesar de que los hallazgos de cerámica sugieren algún contacto entre la Argólida y las islas occidentales de Itaca y Léucade, así como probablemente con las islas de Lípari al norte de Sicilia, éstos dan una sensación de uniformidad gris y de aislamiento en el período Heládico Medio. Sólo el aspecto de los objetos cretenses, así como las influencias de esta isla, suministran desde el principio una nota diferente: ocasionalmente se encuentra una taza o vaso cretense importado en una tumba del interior del territorio, y los artesanos alfareros de Atenas y otros sitios comienzan a introducir formas minoicas en sus piezas.

Es difícil decir lo que significan con exactitud estas conexiones con la isla, pero no hay razón para creer en la existencia de algún tipo de autoridad cretense en Grecia en los siglos XVIII o XVII. Además, en los escasos restos materiales nada revela la evolución de la organización social y de las ideas que, como es razonable suponer, sirvieron de base a la civilización micénica posterior. La pista indicadora de que algo significativo estaba ocurriendo, aunque de manera muy lenta, la encontramos únicamente en la mayor cantidad de poblados y en el aumento implícito de la población, al que ya hemos hecho referencia.

CAPÍTULO III

LAS ISLAS

1. Las Cícladas y Chipre

El Mediterráneo oriental, a diferencia del occidental, está salpicado de islas. Salvo Rodas y Chipre, muy raras veces desempeñaron un papel independiente en los tiempos históricos debido, al menos, a su tamaño y a sus recursos limitados. En épocas anteriores, no obstante, cuando la población era escasa en todas partes y la tecnología y la organización social estaban menos avanzadas, hubo períodos en que algunas de estas islas (o grupos de islas) estuvieron a la vanguardia de los desarrollos importantes de la civilización. En alguna oportunidad Creta tuvo un lugar sobresaliente, quedando relativamente relegada en la etapa metalúrgica primitiva.

Son las Cícladas las que tenemos que considerar primero. Este grupo de islas pequeñas, que se extiende hacia el sudeste desde Ceos y Andros, cerca del extremo sur del Ática y de Eubea respectivamente, hasta Tera (hoy Santorín), Anafe y As-

tipalaia, es el que forma el puente central entre Grecia y Asia a través del mar Egeo. Con una extensión que varía entre la de Naxos (285,53 km²) y la de meros montículos rocosos que sobresalen del mar, las islas tienen un aspecto más bien desalentador. Sus costas, que no dan cabida a los buques modernos salvo pocas excepciones, están llenas de bahías adecuadas para las embarcaciones de la Edad de Bronce (pacíficas y piratas). En muchas de ellas el suelo podía cultivarse: la agricultura, la pesca y la crianza de ovejas, cabras y cerdos era lo que proveía el sustento para la mayor parte de los habitantes en lugar de la actividad marítima. Pero, por otra parte, fue la navegación —junto con el trabajo de la piedra y del metal— lo que dio a las Cícladas un lugar importante en el contexto que nos ocupa. Para ser más precisos, en ellas se han encontrado cuantiosas representaciones primitivas de los barcos egeos: pequeños modelos de plomo de Naxos (lám. I*a*), que posiblemente daten de antes del 2500 a.C., y grabados en objetos chatos y circulares de terracota (que los arqueólogos no pueden dejar de llamar "sartenes") de Siros (lám. I*b*), de fecha apenas posterior. Estos barcos carecen de velas, tienen la proa empinada y alrededor de una docena de remos de cada lado.

Los modelos de Naxos pasaron inadvertidos durante casi treinta años luego de su descubrimiento,[1] lo cual constituye prueba suficiente de la falta de interés de la arqueología por las Cícladas hasta el presente. Con excepción de un intento de principios de siglo, la excavación sistemática comenzó sólo hacia fines de la década de 1950. En conse-

[1] Véase C. Renfrew, "Cycladic Metallurgy and the Aegean Early Bronze Age", *American Journal of Archaeology*, 71, 1967, págs. 1-20.

cuencia, todas las conclusiones y deducciones deben considerarse de carácter preliminar y aproximado. Hasta hace muy poco, por ejemplo, no había pruebas seguras de una fase neolítica. Sólo ahora contamos con algunos hallazgos de Ceos y otros más antiguos de la pequeña Saliagos, cerca de Antíparos, que se remontan quizá al 4000 a.C. Esta cultura neolítica tardía parece no tener relación con la de Creta ni con la del Egeo oriental, aunque muestra similitud con hallazgos en la zona vecina del Ática, de Eubea y de Corinto. Al margen de las explicaciones que puedan darse a estas afinidades, parecería que los migrantes que cruzaban el mar pasaron de largo a las Cícladas durante 2.000 años (como ya hemos visto con respecto a la explotación de la obsidiana de Melos). Además se nota que las primeras poblaciones eran escasas y aisladas, y que se produjo un repentino florecimiento en la Edad de Bronce Primitiva después del 3000 a.C. No nos sorprende que aparezcan influencias de Grecia y del Asia Menor, pero la cultura cicládica del Bronce Primitivo elaboró rasgos propios que no pueden confundirse. Para ser más exactos, debería hablarse de culturas cicládicas. En la esfera material, que es la única que conocemos, las distinciones se tornan más acentuadas conforme aumenta el volumen de testimonios, los que demuestran el desarrolo de las especialidades locales de Siros, Amorgos, Naros y quizá otros lugares. La cultura que marcó el apogeo fue la llamada de Keros-Siros, contemporánea del Heládico Primitivo II y del Minoico Primitivo II, en los siglos posteriores al 2500 aproximadamente. Las técnicas metalúrgicas influyeron en las de Creta y Grecia, llegando hasta Epiro, y puede que se hubieran exportado metales (al menos plata y plomo, que eran relativamente abundantes en las Cícladas). Asimismo, hubo una amplia distribución

de artículos manufacturados de arcilla y mármol. No obstante apenas había poblaciones numerosas o grandes concentraciones de gente. Incluso Filakopi —en Melos—, la comunidad cicládica más importante del Bronce Primitivo conocida hasta la fecha, carecía de fortificaciones.

Los productos cicládicos más notables eran los "ídolos" de mármol que, con gran predominio de figuras femeninas, se encontraban en cantidad en las tumbas, no sólo en las islas, sino también en Grecia continental y en Asia Menor. Sus tamaños oscilaban entre unos centímetros y un metro y medio, dimensión ésta que se presenta en dos o tres casos. Las estatuillas —a menudo muy toscas— son de frente y dorso chato y tienen cabezas largas y ovaladas. Los rasgos sexuales están apenas indicados y a veces virtualmente ausentes, dando en total la impresión de una abstracción geométrica casi de *avant garde* (lám. Ic). Se las fabricaba en principio para acompañar a los muertos en la tumba, de modo que reflejan algún impulso o concepción religiosa que era compartida también fuera de los límites de las Cícladas. Sería en vano pretender que captamos el pensamiento subyacente en ellas: como tampoco entendemos una innovación cicládica que aparece posteriormente, igualmente en el campo religioso. Había en Ceos, en la Edad del Bronce Medio, un edificio que parece un templo, pero en esa época tales estructuras eran desconocidas en otros sitios del mundo egeo. En las ruinas se han encontrado cientos de fragmentos de estatuas femeninas huecas de tamaño natural construidas con arcilla y también restos de diecinueve figuras individuales, como mínimo, que posiblemente pertenezcan a más de veinticuatro de ellas. Si estas figurillas representaban a diosas, lo cierto es que no se han encontrado precedentes

en el Egeo. Por otra parte, tampoco vuelven a aparecer durante otros mil años aproximadamente.

Hacia la Edad del Bronce Medio las Cícladas habían mermado en importancia. No se advierten signos que denuncien alteraciones destacables sino que, por el contrario, los restos revelan la existencia ininterrumpida de habitantes hasta fines del período prehistórico que continúa también en el histórico. A raíz de su tamaño reducido, estas islas adquirieron entonces menor significación, apareciendo sólo ocasionalmente por alguna ventaja natural o por su relación con algún centro más extenso y poderoso. De este modo, los mármoles de Naxos y de Paros retuvieron su preeminencia por muchos siglos. Tera, que sufrió una gran catástrofe volcánica a principios del Heládico Tardío, llegó a ser, no obstante, un centro dórico suficientemente destacado en el período Arcaico, siendo responsable de la primera población griega de Cirene (Libia). Naxos y Melos estaban destinadas a ocupar un lugar especial en el relato del historiador Tucídides acerca del Imperio ateniense del siglo v y, con posterioridad, esta última nos dio la más conocida de las esculturas griegas, la *Venus de Milo*, que se encuentra ahora en el Louvre. En todos los aspectos importantes, en consecuencia, la historia de las Cícladas formó parte integral de la historia de Grecia, sobresaliendo por un momento fugaz a principios de la Edad de Bronce.

A diferencia de las Cícladas, Chipre estuvo integrada al mundo griego sólo por períodos y nunca en forma total. Con sus 5.631,50 km², era la isla más grande del Mediterráneo oriental (un poco más extensa que Creta) y su ubicación la ligaba más con Anatolia –y aún más con Siria– que con Grecia. El trecho más corto que media entre ella y el Asia Menor es de menos de 80 km, hasta Siria median 120 km aproximadamente, mientras

que Rodas, el centro más oriental de Grecia, no está más cerca de aquélla que Alejandría en Egipto (402,25 km). Los buenos puertos, que si bien eran adecuados para los barcos antiguos no lo son para los buques modernos (con excepción del de Famagusta),* están en mayor cantidad en las costas del este y del sur que dan hacia el levante. El destino de Chipre quedaba determinado, por lo tanto, por dos factores, ninguno de los cuales podía ser controlado por los mismos chipriotas. Uno era su situación comercial y política en todo el ámbito del Mediterráneo oriental. El comercio activo entre Grecia y el Levante beneficiaba normalmente a Chipre por ser ésta una escala intermedia, pero las guerras por la posesión de Siria o los conflictos de supremacía naval (como los que se produjeron entre Venecia y los turcos en el siglo XVI d.C.) podían tener efectos destructivos. El segundo factor era la amplitud de la demanda exterior de cobre, clave del crecimiento y prosperidad chipriotas en la Edad de Bronce. Sin embargo no debemos olvidar que, aparte de la estrecha cadena montañosa del lado norte y de las grandes montañas del oeste y del sudoeste, Chipre tiene grandes extensiones de tierra cultivable y buenas comunicaciones interiores, lo que constituía una rareza en el Egeo. Durante miles de años la agricultura fue la base de la vida chipriota; las ciudades costeras importantes aparecieron sólo cuando la exportación del cobre tomó proporciones considerables.

La historia primitiva de los movimientos de población es oscura no sólo por las razones habituales, sino también por una inexplicable transitoriedad del cuadro de zonas habitadas. Las aldeas eran abandonadas con frecuencia sin que volvieran a ocuparse más tarde. Los nuevos habitantes pre-

* Amocostos. (*N. del T.*)

ferían a menudo reinstalarse en algún lugar cercano. El período Neolítico precerámico más primitivo del que poseemos una fecha de radio-carbono apenas posterior al 6000 a.C., parece haber contado con muy pocos exponentes y haber sido de corta duración. Según los testimonios actuales, existe un blanco total entre el 5000 y el 3500 aproximadamente, cuando aparece la Segunda Etapa Neolítica que duró mil años y de la cual se han identificado hasta la fecha más de cien lugares habitados. Alrededor del 2500, una catástrofe aparentemente natural y sin intervención del hombre conmovió a la isla, aniquilando (o alejando) gran parte de la población. Sigue a continuación otro intermedio de unos 200 años y luego, alrededor del 2300 a.C., comienza en forma bastante brusca la Edad de Bronce. Las innovaciones como, por ejemplo, las nuevas formas de la cerámica y las prácticas de inhumación, consideradas junto con el arte de trabajar los metales en un país escasamente poblado, indican la intervención de una migración. Ésta provenía tal vez del Asia Menor, y atravesó la bahía de Morfú en el noroeste como consecuencia de los problemas que existían en Anatolia y que mencionamos al comenzar el capítulo II.

Los cuatro primeros siglos de la Edad de Bronce presenciaron un crecimiento lento pero sostenido; lo revela el aumento de la cantidad y del tamaño de los poblados. Éstos se encontraban, en su mayoría, en el interior, en regiones agrícolas con buen suministro de agua. No obstante, el cobre del lugar comenzó a explotarse desde el principio, estableciéndose inmediatamente por lo menos una ciudad portuaria, conocida más tarde como Citio (hoy Larnacas), en la costa sur, para hacerse cargo de las exportaciones (deducción proveniente de algunos hallazgos egipcios que se extrajeron de las

ruinas). Luego del 2000, el comercio con el Occidente empezó a intensificarse, pero no con Grecia, sino con Creta. Esta isla, presionada por la necesidad creciente de cobre, buscó nuevos mercados, más allá de las Cícladas. Del mismo modo aumentó el comercio con el Levante: los textos cuneiformes de Mari sobre el Eufrates, se refieren a las importaciones de cobre y bronce de Alasia (comúnmente identificada como Chipre) en el siglo XVIII. Chipre entra ahora en su período más trascendente, que se prolonga hasta el 1200 a.C. El interior mermó en importancia conforme se fueron estableciendo genuinos centros urbanos a todo lo largo de las costas sur y oriental. Éstos eran centros manufactureros y de intercambio. En las tumbas aparecen pruebas abundantes de riqueza y lujo, así como armas, que los chipriotas podían ahora dedicar a ese fin. La orientación hacia el este es inconfundible hasta cerca del 1400 cuando la alfarería de Grecia micénica comenzó a invadir la isla. Un solo cálculo puede dar idea de las proporciones de este nuevo fenómeno que duró dos siglos. Se estima que en el principal sitio arqueológico chipriota de la Edad de Bronce, cerca de la aldea de Enkomi y a unos siete kilómetros hacia dentro de la bahía de Salamina en la costa oriental, han aparecido más cuencos y jarras del tipo Micénico III *A* —de gran tamaño y elevado costo— que en todo el resto del mundo egeo, incluyendo a la misma Grecia.

Estos fenómenos afectaron la estructura de poder de un modo comparable al registrado en Grecia, pero no habrían sido posibles en las pequeñas islas de las Cícladas. La gran cantidad de armas que aparecen en las tumbas, las poblaciones fortificadas y los fuertes del interior constituyen puntos de referencia cuya interpretación política se basa principalmente en la identificación del topónimo

Alasia. La importancia económica de Chipre en esta época no se pone en tela de juicio. Sus lingotes de cobre y bronce se encuentran —o están representados— en todas partes: en Grecia, en Egipto e incluso en Cerdeña. La evidencia más dramática proviene del naufragio, cerca del cabo Gelidonia en el extremo sudoeste de Anatolia, de un barco de 9 m que navegaba hacia el occidente con una carga de una tonelada como mínimo de cobre, bronce y estaño bruto, cantidad de herramientas y otros objetos, la mayoría de los cuales se llevaba como chatarra, y artículos perecederos en jarras, que no pueden identificarse. La fecha más aproximada que puede asignársele a este naufragio es del 1200 ± 50 y existen razones para pensar que el capitán mercader era un sirio. Asimismo no cabe duda de que el metal (tanto los lingotes como la chatarra) era de origen chipriota.[a]

Pero, ¿existía algún control centralizado sobre esta isla poderosa? Y de ser así, ¿quiénes lo ejercían, los chipriotas u otros pueblos del continente asiático? Ésta es la gran incógnita que se esconde detrás de la identidad de Alasia. Este nombre aparece en documentos egipcios, hititas, del norte de Siria y de otros lugares del Cercano Oriente durante todo el segundo milenio y la mayoría de los expertos aceptan su identificación con Chipre o al menos con la porción de la isla que controlaban los gobernantes de Enkomi. El "rey de Alasia" era una figura de importancia que podía enfrentar a los monarcas más poderosos y conocidos del Cercano Oriente. Éste se dirigía al faraón

[a] Para un relato bien completo del descubrimiento y sus implicaciones, véase G. F. Bass y col., *Cape Gelidonya, a Bronze Age Shipwreck (Transactions of the American Philosophical Society*, t. 57, parte 8, 1967); más breve es la obra de Joan Du Plat Taylor, ed. *Marine Archaeology* (Londres, Hutchinson; Nueva York, Crowell, 1965), págs. 119-140.

egipcio como a "mi hermano". El rey de Ugarit (hoy Ras Shamra), en Siria septentrional, lo llamaba "mi padre". Constituía un estorbo, y a veces más que eso, para los gobernantes del Imperio hitita que lograron tenerlo bajo control durante un tiempo, pero no mucho, y contra quienes consiguió ejercer su propio poder por la guerra naval. La expresión "mi hermano" era por supuesto una mera fórmula diplomática y no podemos imaginar que Alasia estuviera en el mínimo nivel de igualdad con el Imperio hitita o con Egipto. Pero *era* una potencia.

Lamentablemente, todavía nos acosa la duda acerca de la identidad de Alasia, y ésta no podrá resolverse hasta tanto se descubran los documentos escritos decisivos. Después del 1100 esta denominación desaparece. A continuación, los asirios parecen haberla llamado Yadnana, y el nombre Chipre reemplazó finalmente a todos los demás, aun cuando no podemos asignarle una fecha ni identificar su origen. Chipre también significa cobre (alemán *Kupfer*, francés *cuivre*) en las lenguas europeas modernas, pero no en griego, lo cual agrega una última complicación al asunto. Nada puede decirse en realidad acerca de los idiomas que se hablaban en la isla en el Neolítico y la Edad de Bronce. Carecemos de elementos que nos indiquen si las migraciones que llevaron las lenguas indoeuropeas al Asia Menor y a Grecia antes del 2000 a.C. penetraron también en Chipre. (Si en parte es cierta la hipótesis de una migración proveniente de Anatolia alrededor del 2300, se trataría de pueblos que huían de los antepasados de los hititas.) Ni Alasia ni Yadnana ni tampoco Chipre, a nuestro entender, son nombres indoeuropeos. Los únicos escritos que se han descubierto consisten en algunas tabletas encontradas en Enkomi y en Siria (Ras Shamra) y la más an-

tigua de éstas data de los alrededores del 1500 por razones arqueológicas. A raíz de que la escritura (o posiblemente las escrituras) presenta similitudes con el Lineal *A*, se la ha denominado chipriota-minoica, pero como todavía no ha sido descifrada no nos sirve de mucho. La inundación de cerámica micénica que se produjo entre el 1400 y el 1200 no estuvo acompañada por otros rasgos culturales, siendo por tanto improbable que se hubiera producido una afluencia de gente junto con las piezas de alfarería.

No obstante, se aproximaba el momento en que una gran parte de los chipriotas hablaran y escribieran el idioma griego, y la forma que éste tomó en el período clásico no proporciona la pista necesaria para fijar la fecha de su introducción. El dialecto está íntimamente relacionado con el de Arcadia, el distrito más alejado de las costas del Peloponeso, y la escritura no sólo era silábica (cuando todos los demás griegos habían adoptado el alfabeto fonético,[8] sino que mantenía siete signos del Lineal *B* y de otros que eran modificaciones de esa escritura extinguida. El lenguaje y la escritura griegas se establecieron por lo tanto en Chipre antes de la desaparición definitiva de la civilización micénica y antes de que el Peloponeso hubiera adoptado un dialecto griego occidental. En el capítulo VI veremos que la fecha se ubica en los alrededores del 1200, poco antes de que la Chipre de la Edad de Bronce fuera devastada, víctima —como gran parte de Siria y del Asia Menor— de los llamados "pueblos del mar".

[8] En la escritura silábica, la mayoría de los signos equivalen a sílabas (unión de una consonante y una vocal), como sucede en los signos chipriotas clásicos reproducidos en la figura 2. Por el contrario, un alfabeto fonético como el nuestro, está formado en su mayor parte por signos, cada uno de los cuales representa un sonido vocálico o consonántico.

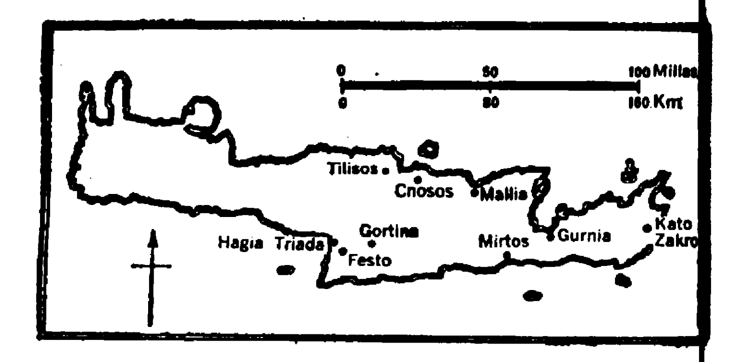
CAPÍTULO IV

LAS ISLAS

2. Creta

Creta, la otra gran isla del Mediterráneo oriental (5.148,80 km²), tuvo una evolución muy diferente. En la actualidad es una tierra estéril de aspecto inhóspito, víctima del mal trato que le ha prodigado el hombre. Si nos aproximamos desde el sur nos impresiona por su aspecto escarpado, ya que las montañas terminan sobre el mar. Las Montañas Blancas del oeste resultan casi inaccesibles. Pero en la Antigüedad las partes central y oriental de Creta tenían merecido renombre a causa de sus praderas y tierras altas de pastoreo, sus olivares y sus viñas, sus robles y cipreses, y sus playas resguardadas sobre las costas del norte y del este. No obstante, a diferencia de Chipre, Creta era pobre en minerales y su ubicación era menos favorable con respecto al tráfico marítimo con Asia Menor, Siria y Egipto.

Durante más de 3.000 años Creta no dio muestras de lo que iba a llegar a ser en la Edad de



3. *Creta antigua*

Bronce. Las primeras poblaciones neolíticas se remontan al 6000 a.C. aproximadamente, y están localizadas en su mayor parte en las cavernas montañosas, que tanto abundan en la isla. Cientos de ellas presentan vestigios de la actividad humana. A pesar de haberse encontrado obsidiana de Melos en Cnosos y en Festos a nivel del Neolítico, la impresión general que tenemos es que en este período Creta vivió aislada. Los metales hicieron su aparición más tarde que en el continente y no se los utilizó en abundancia hasta el 2500 o incluso el 2300. Para esa época la gente ya había abandonado las cavernas, aumentando en cantidad y hecho grandes adelantos en materia de tecnología. Las poblaciones más importantes se encontraban en el extremo oriental de la isla pero, con el correr del tiempo, se establecieron también en la zona central y se levantaron aldeas en todas partes, incluso en la región inhóspita del oeste.

El paso de la Edad de Piedra a la de Bronce no se conoce con claridad. Sir Arthur Evans no advirtió un cambio brusco en Cnosos y estimó que el Minoico Primitivo (que ahora situamos entre

el 2800 y el 2000 a.C. aproximadamente) constituyó un largo período de transición. En épocas más recientes, los arqueólogos han rebatido esta opinión luego de tomar en cuenta la cronología arqueológica muy distinta de otros lugares. No nos sorprende que Evans, que exhumó por primera vez el palacio de Cnosos en 1899, trabajando en éste con gran habilidad y energía hasta su muerte en 1941, tratara de imponer el sello de Cnosos a toda la isla. Su división en períodos omite muchos detalles: Creta, al igual que Grecia, no tenía una cultura uniforme y monolítica en esta época. Sin embargo, Evans parece haber estado en lo cierto al considerar que el Minoico Primitivo fue producto de una evolución directa y no de un cambio de la cultura neolítica tardía. En muchos lugares llama más la atención la línea de división entre el Minoico Primitivo I y II, alrededor del 2500 a.C., como se puede inferir a partir de los vasos de piedra, las joyas preciosas y las dagas de cobre que aparecen en este último período. Asimismo, son notables las diferencias regionales; por ejemplo, de los quinientos objetos de cobre y bronce del Minoico Primitivo II que están catalogados, dos tercios aproximadamente provienen del sur de la isla, mientras que casi todos los artefactos primitivos de plata y plomo, mucho menos cuantiosos, se han encontrado en el norte y en el noreste. En un lugar de la costa sur, descubierto en 1962, cerca del pueblo moderno de Mirtos, los excavadores han encontrado grandes cantidades de piezas de cerámica. Algunas de ellas tienen conexión con depósitos contemporáneos de otros lugares de Creta, pero otras no. Resulta más interesante aún el hecho de que se hayan exhumado masas de arcilla, volantes de rueca de piedra y pesas de telar, así como muy pocos metales y algunos cientos de cuchillos de obsidiana de Melos. La ocupación

del lugar se circunscribió al Minoico Primitivo II y finalizó a raíz de un incendio.[1]

El descubrimiento de un "centro textil" en un lugar apartado de la costa sur se presta a una gran variedad de especulaciones (algunas de las cuales llegan a ser descabelladas). No obstante, puede advertirse felizmente que todas las pruebas nuevas contribuyen a confirmar algunas de las afirmaciones formuladas con anterioridad en este libro acerca del desarrollo social en general. Se observa el predominio de las herramientas de piedra y de arcilla en una época muy posterior a la introducción de la metalurgia por la falta de útiles de metal para la agricultura y la desproporción de la cantidad de dagas en el conjunto de objetos de metal (constituyen quizá la mitad del total). Esto tiene relación con el desarrollo de una estructura social más diversificada y con la especialización del trabajo. Era fundamental la división entre la ciudad y el campo, cosa que deducimos por la ausencia de implementos agrícolas en las viviendas urbanas y en las tumbas. Debe de haber existido también una tendencia a la especialización como la que había entre las comunidades: de otro modo, un "centro textil" no puede admitirse. Las raíces de este importante desarrollo se encuentran en la Era Neolítica Tardía, dentro de la misma Creta, aun cuando hoy resultan invisibles para nosotros. Es decir que, a pesar de que Creta emergió de su prolongado aislamiento para ingresar en el complejo egeo de la Edad de Bronce, recibiendo influencias de Grecia y Macedonia, de las Cícladas, del Asia Menor, principalmente, de Siria e incluso de Egipto (tal vez en forma indirecta), su historia, según el estudio que ha-

[1] *Illustrated London News* del 17 de febrero de 1968, págs. 25-27.

cemos de ella en base a los restos materiales, no se caracteriza por la imitación mecánica ni por las grandes migraciones, sino que responde a una sociedad que absorbió elementos nuevos para aplicarlos a un desarrollo interno coherente que le fue propio.

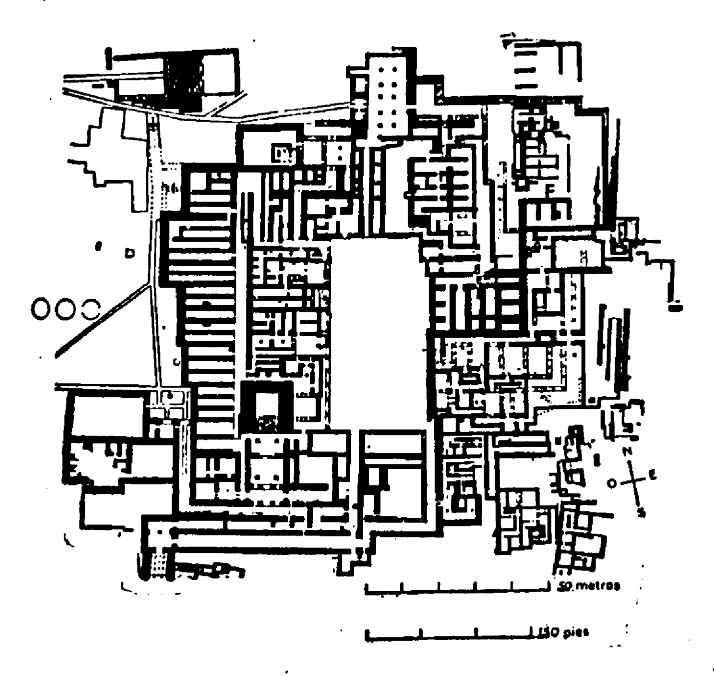


Figura 1. *Palacio de Cnosos*

Los signos de originalidad creativa son cuantiosos e inequívocos. Los vasos y otros objetos pequeños no eran meras copias sino que adquirían generalmente formas y diseños nuevos, incluso cuando resulta obvia la influencia exterior. Con seguridad, aprendieron de las Cícladas las técnicas básicas

de la metalurgia, incluso el empleo del arsénico como aleación para endurecer el cobre a falta de estaño. Pero, por dar un ejemplo, las dagas de cobre que constituyen los artefactos de metal más destacados del Minoico Primitivo, eran típicamente cretenses. Durante el transcurso de este período apareció en forma embrionaria el único estilo arquitectónico cretense: una estructura aglutinada formando celdillas que iba a culminar siglos más tarde en el palacio de Cnosos, cuyos patios cubren alrededor de dos hectáreas de terreno (fig. 1). Asimismo, merece señalarse un hecho negativo: ya no se fabrican más las pequeñas estatuillas de figuras humanas que eran comunes en la Era Neolítica, y con ellas desaparecen por un lapso considerable —hasta el Minoico Medio— las representaciones de la figura humana de las artes en general.

Hacia fines del Minoico Primitivo, la tecnología cretense había progresado tanto como podría haberlo hecho (así como cualquier otro pueblo del Egeo y del Cercano Oriente) en toda la Edad de Bronce. El período Minoico Medio subsiguiente, la época dorada de Creta, entre el 2000 y el 1600 ó 1550, estuvo jalonado por formidables avances en otras esferas: en el poder político, en la riqueza y en el arte. En esos siglos se completó la "revolución urbana" y se construyeron complejos palaciegos decorados con asombrosos frescos. Asimismo alcanzaron su máxima expresión las artes menores (vasos, joyas y piedras de sello) que, por su estilo y espíritu, su sutileza y su sentido tan delicado del movimiento, permiten al punto identificarse como minoicas sin dar lugar a confusión (lám. II*a*). La sociedad reveló en las artes visuales que, al menos en el nivel más alto, había alcanzado una psicología y un estilo de vida completamente diferentes a los de cualquier otra sociedad

de su tiempo (y, si vamos al caso, de cualquier otra era de la Antigüedad).

Es probable que la manifestación más destacada de la originalidad cretense se encuentre en el campo de la escritura. Cuando consideramos qué pocos son los sistemas de escritura que se han inventado en el mundo en cualquier época de su historia, no podemos menos que reconocer que la contribución de Creta, en un período relativamente breve, resulta incomprensible. Primero aparece un tipo de escritura pictórica modificada que Evans denominó "jeroglífica" por su analogía con la escritura egipcia. Luego, en los primeros siglos del Minoico Medio, aparece una escritura más elaborada a la que Evans da el nombre de "Lineal *A*" cuyos signos representan en su mayor parte sílabas. El Lineal *A* se difundió ampliamente en la isla y la mayor cantidad de textos de éste se ha encontrado en Hagia Triada y en Kato Zakro. Con el tiempo, esta escritura cedió su lugar en Cnosos al Lineal *B*, forma más complicada derivada del Lineal *A*. A pesar de que el Lineal *B*, a diferencia del Lineal *A*, se empleaba también en Grecia continental,[2] por el momento no se han encontrado exponentes de éste en otro lugar de Creta que no sea Cnosos. Queda por resolver entonces si nos encontramos frente a un accidente arqueológico o frente a un fenómeno de la historia cretense. Si logra consolidarse una teoría reciente en el sentido de que el análisis espectrográfico de veinticinco "jarras en estribo" con signos de Lineal *B* encontradas en

[2] En Melos, Tera, Ceos y Naxos se han encontrado algunos jarrones, lámparas de arcilla y otros objetos que tienen entre uno y tres signos de Lienal A, pero sería prematuro, por decir lo mínimo, sacar conclusions acerca de la "alfabetización" cicládica sobre la base de un testimonio tan débil. No es erróneo señalar que los arqueólogos no siempre han podido distinguir meras raspaduras de signos de Lineal *A*.

ESCRITURAS CRETENSES			SILABARIO CHIPRIOTA CLÁSICO		ALFABETOS PRIMITIVOS		
Jeroglíficos	Lineal A	Lineal B	(Sonidos)		Nombres de las letras griegas	Semítico del N.	Ático primitivo
			a		Alpha		
			ka		Beta		
			ta		Gamma		
			pa		Delta		
			la		Epsilon		
			ra		Vau (digamma)		
			ma		Zeta		
			na		Heta		
			ja		Theta		
			wa		Iota		
			sa		Kappa		
			za		Lambda		
			e		Mu		
			ke		Nu		

Figura 2. *Escrituras (ninguna es completa)*

Tebas indica que la mayoría se fabricaron en Creta oriental,[3] la balanza de probabilidades se inclinaría hacia la explicación del accidente. Esta cuestión es importante, puesto que está ligada con puntos tales como la extensión y naturaleza de la soberanía de Cnosos en Grecia y el papel exacto que desempeñó la escritura en la sociedad.[4]

Los exponentes de escritura cretense que poseemos en cantidad son solamente unas tablillas de arcilla en forma de hoja que no llegan a 4.000 y que en muchos casos son meros fragmentos, al margen de los signos grabados o garrapateados sobre las cerámicas, en piedras de sello, mesas de libación y varios objetos misceláneos. Por cierto, también se usaban los materiales perecederos, como la cera o el papiro, pero no queda rastro alguno de ellos. Incluso las tablillas de arcilla han sobrevivido por accidente, ya que no las horneaban antes de usarlas y se las desechaba cuando dejaban de ser útiles. Sólo los incendios que acompañaron a la destrucción de los palacios preservaron las tablillas con que contamos en este momento y todas ellas datan de ese año. En consecuencia, tenemos algo análogo a la sección transversal de una célula bajo la lente del microscopio, algo que carece de profundidad, de cualquier dato sobre posibles desarrollos o cambios y del factor tiempo. Los mismos

[3] H. W. Catling y A. Millett, *Archaeometry*, 8, 1965, págs. 3-85. Véanse las objeciones que formula J. Raison, *Les vases à inscriptions peintes de l'âge mycénien* (Roma, 1968), págs. 196-209, 233-240.

[4] Debe tenerse en cuenta también otra escritura que aparece en un pequeño disco de Festo, relacionada al parecer, aunque no de manera idéntica, con la escritura de un hacha doble hallada en Arkalochori en Creta central y con la de una losa de piedra caliza de Mallia, y de otros trozos y fragmentos. Hasta el momento estos hallazgos aislados han provocado gran cantidad de comentarios pero no han aportado soluciones aceptables.

textos son cortos y de alcance muy restringido, ya que están compuestos por listas de varios tipos, registros secretos de relaciones de propiedad, asignación de raciones y similares. Aun cuando todas las tablillas conocidas pudieran leerse y traducirse con absoluta certeza, lo cual no es factible, los documentos como el siguiente, procedente de Cnosos —"En Lasuntos (?): Dos niñeras, una niña, un niño" o "Amnisos: una jarra de miel para Eileitia. Una jarra de miel para todos los dioses. Una jarra de miel. . ."— pronto se agotarían como fuentes de información importante.

Se sabe en la actualidad que el lenguaje de las tablillas de Lineal *B*, la última de las escrituras, es el griego (pero volveremos sobre este punto más adelante). No obstante, los esfuerzos realizados hasta el presente para descifrar el Lineal *A* o la escritura jeroglífica aún más antigua han sido infructuosos. Esto se debe, en parte, a la cantidad reducida de textos disponibles —los textos de Lineal *B* de Cnosos superan a las tablillas de Lineal *A* de toda Creta en una relación aproximada de diez a uno—, pero principalmente al hecho de que esta última lengua no es el griego y quizá no corresponda a ninguna lengua conocida. La teoría de que se trata de una lengua semítica tiene escaso fundamento. Otra teoría más probable, en el sentido de que sea luvi, deducción originada en algunos nombres de lugares como Cnosos y Tilisos, no ha podido conducir ni siquiera a un desciframiento parcial. Todo lo que podemos decir, por lo tanto, es que el lenguaje de los escritos de Lineal *A* corresponde al pueblo que creó la época de oro minoica y que esa escritura se inventó en un principio para ese idioma, siendo luego transferida al griego, sin adaptarse a éste bien del todo. Nuestra ignorancia se extiende aun a nombres de lugares importantes. Mientras que

Cnosos, Gortina y Festos mantuvieron una existencia ininterrumpida aunque poco importante, por lo que sus nombres perduraron a lo largo de la historia antigua de Grecia, otros centros fueron destruidos y totalmente abandonados en la Edad de Bronce. Hagia Triada y Kato Zakro, por ejemplo, recibieron esas denominaciones de puntos de referencia contemporáneos ya que todavía desconocemos sus nombres verdaderos.

Las tablillas, en síntesis, han suministrado importante información adicional, parte de la cual es novedosa (en especial la que se refiere a la historia del idioma griego), pero, sin embargo, los restos materiales continúan siendo nuestra fuente básica. Quizá la contribución más importante que aportan los textos de las tablillas es la de reforzar las implicancias de poderío inherentes en la arqueología. En realidad, puede discutirse que los requerimientos de una administración centralizada más que las necesidades intelectuales y espirituales, fueron los que dieron un impulso mucho mayor al desarrolo de la escritura tanto entre los sumerios (cuneiforme) como en Creta. Entre la era Neolítica Tardía y el período Minoico Medio se produjo un rápido aumento de los recursos humanos y naturales, así como una concentración social y geográfica del poder para emplearlos. De otro modo no podrían haberse construido los grandes complejos palaciegos ni tampoco éstos habrían funcionado. No hay una sola tablilla que mencione la compra o venta de artículos de primera necesidad y no existe tampoco una palabra para designar a estas actividades. Por otra parte encontramos muchos inventarios, listas de racionamiento y listas de personal. Se deduce, en consecuencia, que el palacio era el centro que regía toda la sociedad; allí se organizaba la economía interna hasta en el mínimo detalle administrativo, distribuyendo

gente y mercaderías, desde materias primas hasta productos elaborados, sin emplear el dinero ni un mecanismo de mercado. Esto se confirma de alguna manera con la demostración de que las muchas tablillas de Cnosos con datos sobre ovejas y lanas —debemos tener presente que todas ellas datan del año de la destrucción del lugar— registran un censo anual de rebaños y esquilas y de los pastores responsables de ellas. La cantidad total de animales llegaba a los cien mil y, en la medida en que pueden identificarse los nombres de los lugares, parece que el pastoreo se llevaba a cabo en toda la parte central y oriental de Creta. Por lo tanto, da la impresión de que el palacio de Cnosos ejercía cierto tipo de monopolio sobre las ovejas y la lana en una mitad de la isla.

Así, nos viene a la mente la idea de que la lana puede solucionar un viejo enigma: ¿Cómo pagaban (u obtenían) los cretenses el cobre, el oro, el marfil y demás bienes que tenían que importar? La lana se nos ofrece entonces como parte —al menos— de la respuesta. Y es cierto que, a veces, los cretenses (llamados keftiú) que están representados en los frescos egipcios van cargados de paños doblados. Pero también llevaban oro, plata, marfil y otras cosas que no eran productos de Creta, de modo tal que esta pequeña prueba concreta que muestra a la lana como producto principal de intercambio queda en parte debilitada. En este punto las tablillas son mudas, para frustración y asombro del investigador. No dicen absolutamente nada acerca del mundo exterior: ese mundo podría no haber existido en cuanto a las tablillas concierne. Por otra parte, la arqueología por sí sola —nunca lo repetiremos demasiado— muy raras veces puede revelar el *mecanismo* de las relaciones externas aun cuando pueda exhumar grandes cantidades

de bienes procedentes del extranjero o que reflejan la influencia exterior.

Otra teoría que sugieren los estudiosos modernos consiste en poner énfasis en el imperio y el tributo en la llamada talasocracia minoica (dominio del mar), a la que se refieren los escritores clásicos griegos. No puede discutirse ni la riqueza ni el poderío de Cnosos, ni tampoco la habilidad marítima minoica. Hubo al parecer, una colonización "minoica" en algunas islas cercanas, en especial hacia el norte de Citerea, que alcanzó su evolución máxima en el Minoico Tardío I poco tiempo antes de que se abandonara el lugar (sin que haya rastro alguno de destrucción). No obstante, el paso siguiente hacia un vasto *imperio* marítimo, en el sentido común de la palabra, no resulta simple ni se evidencia por sí mismo, pudiendo por lo tanto argüirse que esa teoría tiene poco fundamento. La primera mención griega de la talasocracia la formulan Herodoto y Tucídides en la segunda mitad del siglo v a.C., siendo por lo tanto demasiado posterior para ser tomada en cuenta en forma aislada y sin pruebas que la avalen. En la gran cantidad de leyendas griegas que existen acerca de la Creta prehistórica el énfasis recae en puntos diferentes, de carácter puramente religioso en la mayoría de los casos. La historia de Teseo y el Minotauro constituye una excepción notable que merece considerarse en forma especial.

La historia dice así: El rey Minos estaba casado con Pasifae, hija del Sol, quien llegó a sentir una pasión antinatural por un toro proveniente del mar. Ella apeló al artesano de ascendencia divina Dédalo, quien le preparó un artefacto para permitirle tener relaciones con la bestia. Pasifae dio entonces a luz a un monstruo, mitad hombre, mitad toro, llamado el Minotauro. Por orden del rey, Dédalo construyó un laberinto para albergar al

monstruo y los atenienses, que eran súbditos de Minos, debían ofrecer todos los años siete mancebos y siete doncellas para alimentarlo. En una oportunidad, Teseo, joven hijo del rey de Atenas, persuadió a su padre para que lo incluyera en el grupo anual de víctimas. Cuando arribó a Creta se ganó el amor de Ariadna, hija de Minos, y con su ayuda dio muerte al Minotauro. La pareja huyó entonces a la isla de Naxos. Allí Teseo abandonó a Ariadna, encontrándola luego el dios Dioniso quien se casó con ella.

Se ha dicho que esta leyenda refleja en forma mítica la sujeción de Atenas a la supremacía cretense durante la Edad de Bronce y su posterior emancipación. Sin embargo, existen varias objeciones serias en contra de esta interpretación. Aun cuando los monstruos del tipo mitad hombre mitad animal son corrientes, en particular en las piedras de sello minoicas, sólo se han encontrado uno o dos "minotauros" de aspecto inofensivo. El toro, por otra parte, está ampliamente documentado como elemento importante dentro de la religión minoica: como animal de sacrificio o en las escenas comunes de "salto del toro" –las que probablemente representen algún tipo de ritual en vez de un mero deporte– o en estatuillas pequeñas de bronce halladas en algunas de las cavernas que eran centros de culto. Por lo tanto, para dar una explicación posible de la leyenda del Minotauro podría decirse que se trata de una historia posterior inventada para explicar alguna ceremonia, quizá una iniciación relacionada con el culto de Dioniso, cuyo significado original había sido por largo tiempo olvidado.[5] La otra alternativa, según la

[5] Esta sugerencia está reforzada por los persuasivos argumentos de Paul Faure, *Fonctions des cavernes crétoises* (*Travaux et mémoires* de la École Française d'Athénes XIV,

cual se trata de un relato simbólico del derrocamiento de una potencia exterior, implicaría ir demasiado lejos con la imaginación. La historia conoce ejemplos suficientes de relatos tradicionales en que un pueblo cuenta cómo ganó su independencia y en ningún caso se disimula tanto el hecho en sí como para ocultar el punto fundamental. Puede constituir un dato importante, asimismo, el hecho de que, en el período Minoico Medio, Atenas presente menos vestigios de conexión por Creta, al margen de las influencias artísticas, que algunos otros centros continentales.

Además, el aspecto desguarnecido de los palacios cretenses presenta un nuevo enigma. Ninguno de ellos es una ciudadela en el sentido estricto de la palabra sino que son complejos "civiles" sin fortificaciones. Llama la atención de todos los visitantes el contraste con las fortalezas continentales de Micenas y de Tirinto. Y por más que se lo proponga con frecuencia, la talasocracia minoica no puede ser la explicación de ese fenómeno, ya que las amenazas de ultramar no han sido nunca las causas únicas o decisivas de las fortificaciones. Por cierto ellas no tienen más sentido en Micenas o en Tirinto que en un castillo medieval. ¿Nunca existió peligro de conflicto entre palacios? ¿No había necesidad de disponer allí de una fuerza compulsiva o de una protección de tipo policial? No obstante, donde sea que posemos la mirada en Creta, la nota que prevalece es la paz. Las cavernas, que se convirtieron

---

1964), págs. 166-173, en el sentido de que el laberinto no debe identificarse con el palacio de Cnosos sino con una caverna. Sugiere la caverna de Skotino, unos kilómetros al este de Cnosos, donde las pruebas de culto se remontan a los comienzos del período minoico medio y cotinúan hasta el de la Grecia arcaica. Una continuidad religiosa tan prolongada sólo está atestiguada en tres o cuatro cavernas cretenses.

en refugios durante los tiempos agitados de la historia cretense, tanto en la época antigua como en la moderna, estuvieron deshabitadas durante la era de los palacios. Las armas, las armaduras y los carros están registrados en las tablillas de Lineal *B* de Cnosos, pero estos elementos son extremadamente raros en los monumentos de cualquier naturaleza o medida que presentan figuras. Incluso son raros en las tumbas. Sólo después de la ocupación por los pueblos de habla griega del continente, se puede hablar de tumbas de guerreros propiamente dichas.

Sea cual fuere la explicación de este fenómeno, éste es razón suficiente para acentuar la singularidad de Creta. Esta sociedad que gira en torno del palacio, con sus registros minuciosamente detallados, tiene reminiscencias de Ugarit, en Siria septentrional o de Mari, sobre el Éufrates. Pero, como ya hemos dicho, en el nivel más alto, la psicología y los valores eran radicalmente diferentes en muchos aspectos, cualesquiera hayan sido las características de la mayoría de la población, de la que no tenemos ningún dato. A pesar de que no existe una sola línea escrita, ya sea proveniente de Creta o de la documentación mucho más abundante de sus vecinos próximos o lejanos, que manifieste en manera explícita algo del pensamiento de Creta en la Edad de Bronce o de sus *ideas* sobre un tema en particular, es posible aún hacer ciertas deducciones en base a los restos materiales, acerca de sus diferencias con las otras sociedades centralizadas de su tiempo.

Los gobernantes babilonios, egipcios e hititas llenaron su territorio de monumentos como demostración de su poder y del de sus dioses. En Creta, los gobernantes no hicieron nada de eso ni en lots palacios ni en las tumbas. No hay nada majestuoso o destacado en la sala del trono de Cnosos, tanto en lo que respecta a su tamaño como a la decora-

ción de las paredes (con animales míticos y diseños florales, pero sin ningún retrato). Tampoco el trono es particularmente ostentoso. No existe un solo cuadro que represente un acontecimiento histórico ni que muestre la actividad administrativa, judicial o cualquier otra manifestación de la acción del poder político.

En cuanto a los dioses y diosas, es muy difícil descubrirlos. Parecería que fueron muchos, pero como no se los alojaba en templos no eran necesarias las estatuas de culto características de la civilización contemporánea del Cercano Oriente y de la posterior de Grecia. Se los veneraba en pequeños santuarios familiares, en lugares sagrados al aire libre y en unas veinticinco cavernas distribuidas por la isla (en general, éstas no son las más espectaculares y tampoco se empleaban de manera simultánea). En las ceremonias, el aspecto más importante era el de la epifanía, o sea la aparición temporaria de una divinidad en respuesta a la oración, al sacrificio o —lo que es más característico y original de Creta— a la danza ritual. En muchas de las escenas el motivo central es el éxtasis de los fieles y no la persona del dios; en realidad lo que se muestra es el acto de expectación en sí y no la verdadera epifanía: podía realizarse en un árbol sagrado, en un pilar y ocasionalmente en una fachada arquitectónica. Puesto que el énfasis recaía sobre los adoradores, el lado humano de la relación, estas escenas se grababan lógicamente, a excepción de unos pocos frescos o de algún sarcófago aislado, en anillos, piedras de sello y pequeños objetos de cerámica. Por lo demás, los testimonios religiosos se basaban en su mayor parte en elementos simbólicos tales como el hacha doble y las "cuernos de la consagración",[6] cuya interpretación es todavía

[6] Es digno de notar que no había símbolos solares o astrales.

muy discutida, así como los elementos utilizados para las libaciones y los sacrificios. En las cavernas, sobre todo, se han encontrado cenizas y huesos de víctimas de sacrificio como toros, ovejas, cerdos, perros y otros animales.[7] Además contamos con pruebas adicionales, a saber, los objetos dedicados a los dioses, incluso cerámicas, espadas y escudos, una variedad de artículos femeninos, estatuillas de animales y, eventualmente, figurillas humanas que volvieron a aparecer en el Minoico Medio luego de un intervalo prolongado. En general, es imposible distinguir las figuras humanas de las divinas excepto por los cánones más subjetivos. Si las pocas que pueden identificarse son realmente diosas, como la denominada diosa serpiente, se trata de todos modos de una innovación posterior, probablemente originada en la influencia oriental. Además, también en este caso se respeta estrictamente el tamaño reducido tradicional.

Esta falta de monumentos es un rasgo acorde con la ausencia de manifestaciones externas de guerra, así como con las cualidades específicas y con el tono de las obras de arte cretenses. Los grandes frescos tampoco son de efecto monumental (fuera de Cnosos, son poco comunes y carece casi absolutamente de representaciones humanas). Su sutileza y movimiento resultan originales, extraños y, si bien no son únicos, aparecen muy pocas veces en otros lugares de la Edad de Bronce. Estas cualidades se manifiestan con magnífica habilidad técnica en los vasos, gemas y pequeños objetos de bronce (de estos últimos se destacan los de Tilisos). Sin

[7] Recientemente, se ha encontrado en una tumba de Arkhanes, a unos nueve kilómetros de Cnosos, fechada por los excavadores poco después del 1400 a. C., el esqueleto completo de un toro; véase *Illustrated London News* del 26 de marzo de 1966, págs. 32-33. Éste es el primer ejemplo que tenemos del sacrificio de un toro proveniente de una tumba.

embargo, a raíz de la gran estilización del tema y del tratamiento de los detalles como la vestimenta y la postura, tienden hacia un convencionalismo monótono; su preciosismo y minuciosidad no condicen con su tamaño. La vida es todo juegos y ritual, pero se ve poca pasión humana, alegría personal o sufrimiento. Al parecer, quieren expresar la vida en su aspecto frívolo, superficial. De ahí que las artes menores sean el mayor triunfo cretense luego de las comodidades burguesas de los servicios sanitarios y de desagüe, así como la iluminación y ventilación de los palacios.

Tenemos la impresión, en términos especulativos, de que a principios del período Minoico Medio la sociedad cretense se había estabilizado desde el punto de vista institucional e ideológico, hallando un equilibrio que no se enfrentó con ningún desafío serio durante siglos y su seguridad, establecida en todos los planos, quizá fuera demasiado pasiva. De ahí en adelante puede observarse todavía un mayor refinamiento de las técnicas, aumento de la población y elementos adicionales en los palacios, pero estos fenómenos se produjeron —por así decirlo— en línea horizontal. Por eso es posible reseñar este mundo sin hacer referencia alguna a los cambios del Minoico Medio al Tardío. Aun cuando este límite particular es válido desde el punto de vista arqueológico, principalmente en la alfarería, el estilo de vida parece haber sufrido pocas alteraciones. Muchas partes de Creta quedaron seriamente dañadas a causa de los terremotos del Minoico Medio III, pero la catástrofe no sólo fue seguida por la reconstrucción inmediata, sino también por un mayor crecimiento, por la creación de nuevos poblados y por los contactos más estrechos con Grecia continental. Sin embargo, no provocó innovaciones sociales o psicológicas significativas.

Pero en una época, no sabemos cómo, los hombres

de Grecia continental adquirieron dominio sobre Cnosos y, a través del poder de este palacio, lograron dominar gran parte de Creta oriental y central. La prueba decisiva se nos ofrece en el hecho de que el lenguaje utilizado en las tablillas de Lineal *B* de Cnosos es el griego (éste no presenta diferencias con el griego de las tablillas continentales). Lamentablemente, como ya hemos dicho, todas las tablillas datan del momento de la destrucción y, por lo tanto, no suministran ningún indicio acerca de la fecha de la penetración griega. Todos los elementos indicadores, no obstante, sugieren que se produjo a principios de la etapa cnosiana, en el Minoico Tardío II (un siglo o dos luego del comienzo del Heládico Tardío en el continente). En esta época se observa un cambio cualitativo en las tumbas, que imitan —entre otras cosas— los modelos continentales, incorporándose así por primera vez en Creta las auténticas tumbas de guerreros. Más o menos en ese período, centros como Festos y Mallia dejaron de ser "residencias reales" y el gran palacio de Kato Zakro, en el extremo oriental de la isla y el cuarto de Creta por su tamaño, fue abandonado totalmente luego de un desastre natural (este edificio se descubrió sólo en 1961).[8] Todo parecería

[8] Es posible relacionar la destrucción de Kato Zakro, sobre la costa, con la erupción volcánica de Santorín (según la fecha, cuya estimación oscila entre el 1500 y el 1450 a. C.) que fue mucho más violenta que la que ocurrió en 1883 en Krakatoa, en el estrecho entre Sumatra y Java y que, al igual que esta última, provocó la devastación con las cenizas que llevaba el viento y con oleadas periódicas de movimientos irregulares que abarcaban distancias considerables. Sin embargo, deben rechazarse las exageraciones sobre los efectos del desastre de Santorín. No hay signos de ningún efecto a largo plazo en el interior de Creta. Además, los científicos señalan que, por más grande que haya sido la pérdida de vidas, no se produjeron consecuencias naturales que impidieran necesariamente a los hombres volver y establecerse

indicar que los nuevos gobernantes de Cnosos establecieron de alguna manera su soberanía en una parte considerable de la isla, sin trasladarse en gran cantidad a otros centros (de ahí la persistencia de la escritura de Lineal *A* en los otros lugares). Esto explicaría por qué el Minoico Tardío II no puede ubicarse como etapa "independiente" fuera de Cnosos.

El Minoico Tardío II vio a Cnosos en la cima de su poderío. El final de este período se ha calculado, a partir de Evans, en los alrededores del 1400 a. C., por lo tanto, fue una era relativamente corta que terminó con una catástrofe en toda la isla. El factor determinante puede haber sido un terremoto; sin embargo, esto no es explicación suficiente ya que, a diferencias de otras oportunidades, esta vez no hay elementos rescatados. La vida continuó en Creta, pero la época del poder y los palacios había terminado para siempre. De ahí en adelante el continente iba a ocupar el centro del escenario pues en el Minoico Tardío II ya se había adueñado de la supremacía comercial, como puede observarse por la distribución de las cerámicas exportadas al noreste y al este del Egeo, al Levante y al oeste. Es probable que ese desastre natural, si es que se produjo realmente, fuera sucedido por la expulsión de las autoridades griegas mediante algún tipo de levantamiento popular que habría abolido también los remanentes de poder nativo que los intrusos griegos habían debilitado tanto alrededor de un siglo antes. Pero éstas son meras especulaciones que no tienen fundamento serio. Puede agregarse que las mismas quedarían descartadas si se probaran las teorías re-

---

inmediatamente en el lugar. Los depósitos volcánicos aumentan con frecuencia la fertilidad del suelo. El abandono *definitivo* de Kato Zakro debe de haber tenido una causa social o política.

cientes en el sentido de que la caída de Cnosos debe llevarse al 1200 o incluso al 1150 a.C. para coincidir con el final de la civilización de la Edad de Bronce del continente. Pero las pruebas, aceptadas por la mayoría de los expertos, se manifiestan en favor de la fecha tradicional.

CAPÍTULO V

LA CIVILIZACIÓN MICÉNICA

En una fecha que puede precisarse dentro del período de los grandes palacios cretenses, es decir, hacia fines del Minoico Medio III, alrededor del 1600 a. C., ocurrió en Grecia continental algo que produjo un vuelco radical en los acontecimientos de la zona y en la historia del Egeo en general. Lo que realmente ocurrió sigue siendo un misterio y es objeto de continuas especulaciones y controversias que no llegan a resolverse. No obstante, sus consecuencias visibles son suficientemente claras. Micenas se convirtió de pronto en un centro de riqueza y de poder, en una civilización guerrera que no tenía igual en la región. En poco tiempo aparecieron otros centros importantes en la zona central y sur de Grecia, irradiándose sus influencias hasta las islas del Egeo y hasta las costas del Asia Menor y de Siria hacia el este, así como también hasta Sicilia y el sur de Italia hacia el occidente. Los cuatrocientos años siguientes revelan, tanto en el continente como en muchas de las islas, tal uniformidad en los informes arqueológicos que, merced a un convencionalismo poco afortunado, el rótulo "micénico" ha venido a aplicarse a la totalidad de la civiliza-

ción (aun cuando éste nunca se usó en la Antigüedad). No hay problema en mantener este rótulo en sentido abstracto, que puede compararse con "islámico", pero debe evitarse el peligro de suponer que existió una autoridad política centralizada o una sociedad con dominio sobre amplios territorios y regida desde Micenas, a la manera en que el Imperio asirio, por ejemplo, estaba gobernado desde Asur. Según veremos luego, no existe justificación para deducir una implicancia política de esa naturaleza.

El preludio notable que introduce a esta civilización sólo está plenamente atestiguado en Micenas. Pero no llega a barcar más que dos círculos de tumbas. Uno de ellos, el más antiguo, cuya fecha absoluta es del 1600 a. C., fue exumado por los arqueólogos griegos a fines de 1951 y se lo conoce actualmente como Círculo *B*. El otro (Círculo *A*), que data de un siglo después aproximadamente, fue hallado por Heinrich Schliemann en 1876 (seis años después de haber descubierto Troya), dando la pauta fundamental para los estudios modernos de la Edad de Bronce griega. Ambos círculos formaban parte de un gran cementerio que presumimos estaba fuera del núcleo poblado. Presentan tres rasgos dignos de mención: primero, los círculos estaban señalados deliberadamente y tenían un significado preciso; segundo, los objetos que se encontraron en las tumbas eran muchos, lujosos y en parte de tipo guerrero; tercero, se concentraba totalmente en estas tumbas el propósito de perpetuar poder y autoridad, ya que no se han encontrado los rastros de la población. Esto debe entenderse en el sentido de que no había muros ni fortificaciones ni palacios de piedra. Las tumbas propiamente dichas estaban desparramadas en forma irregular dentro de los círculos. Eran tumbas comunes o cistas o bien tumbas pro-



Figura 3. *Estela funeraria de Círculo B, Micenas*

fundas tipo chimenea.* Son unas veinticuatro las del Círculo *B* y sólo seis las del Círculo *A*, estas últimas todas del tipo profundo.

Los entierros en sí no marcaban una gran diferencia con las prácticas anteriores, como así tampoco el hecho poco ceremonioso de apartar los huesos y objetos anteriores para hacer lugar a los nuevos cadáveres. Con excepción de estos detalles, todo lo demás era nuevo. Las tumbas estaban señaladas en la superficie con losas de piedra verticales (fig. 3) y muchas de ellas tenían decoraciones figurativas con animales, escenas militares o de caza (pero nunca con un nombre o un verdadero retrato u otro vínculo inmediato con un personaje determinado, manteniéndose así estrictamente dentro de la tradición de la Edad de Bronce sobre el anonimato del poder). El círculo debió tener una significación sacra que sobrevivió por mucho tiempo. En el gran programa de construcción de la ciudadela después del 1300 a. C., cuando se levantó la muralla de circunvalación de aproximadamente 1.000 metros, el Círculo *A* quedó dentro de ella y continuó siendo un lugar "sagrado", destacándose por medio de un anillo doble de losas de piedra caliza. Sea lo que fuere lo que los constructores conocían o creían acerca del círculo de tumbas, el impulso subyacente en sus creencias era muy poderoso ya que para esa época la superficie original se encontraba muy por debajo del nivel del suelo y, de haberla ignorado, sus problemas habrían sido mucho menores.

Llevaría hojas enteras dar una reseña adecuada del contenido de las tumbas más ricas, que son las número III, IV y V del Círculo A. Sólo el catálogo de Karo sobre la tumba III incluye 183 artículos

* Consisten en especie de cuevas excavadas en la roca, cuyas dimensiones oscilan entre 3 y 7 m de profundidad por 3 a 5 de ancho. (*N. del E.*)

numerados y esa cifra es incompleta, ya que muchos de los artículos comprenden más de un objeto, siendo uno de ellos, por ejemplo, "Sesenta y cuatro discos de oro circulares (grabados) con mariposas" [1] (lám. II*b*). Se empleaban todos los materiales de lujo tradicionales, sobre todo el oro, y la cantidad y el trabajo con que éste se presenta sólo encuentran paralelo en la Antigüedad en los hallazgos de las sepulturas escitas del sur de Rusia de mil años más tarde o incluso posteriores. Junto al trabajo delicado, casi femenino, de los laminados y las filigranas en adornos de todo tipo, aparecen grandes cantidades de espadas y demás pertenencias de los guerreros. Sin embargo, no se han hallado objetos parecidos a los "ídolos" cicládicos u otros elementos que no sean evidentemente utilitarios en sentido material (armas, utensilios, adornos). Tanto en los materiales empleados como en las técnicas y estilos artísticos hay reminiscencias e influencias de otras civilizaciones. No obstante, básicamente, todo es original en lo referente al trabajo y al estilo, siendo éstos una nueva creación de los gobernantes de Micenas y de sus artesanos.

Quienesquiera fuesen los hombres y las mujeres enterrados en estas tumbas especialmente preparadas, lo cierto es que pertenecían al nivel más alto en la estructura de poder de una comunidad diferente de cualquier otra de Grecia hasta esa fecha. Resulta tentador relacionar su aparición con la llegada del carro de batalla y de la espada larga, aun cuando las primeras tumbas del Círculo *B* parecen un tanto primitivas para eso. En todo caso los carros figuran de manera destacada en las estelas que marcan la ubicación de las tumbas en chimeneas posteriores, así como en los inventarios

1 G. Karo, *Die Schachtgräber von Mykenai* (2 ts., Munich, 1930-1933), I, pág. 43.

posteriores de Lineal *B* extraídos de Cnosos y de Pilos. El carro era un elemento importado —no el vehículo propiamente dicho, sino la concepción—, pero eso no da motivo para pensar que el pueblo que se valió de esta nueva arma militar fuera migrante. Tampoco la da la abundancia de oro, que podría ser el fruto del servicio mercenario en Egipto, por ejemplo, como creen algunos estudiosos, de las invasiones exitosas, del comercio o de la combinación de estos tres factores. Por el momento debemos confesar que las causas de esta repentina aparición del poder y de la posesión de alhajas nos son desconocidas.[2]

Las tumbas en chimenea y su contenido revelan un desarrollo sostenido de las habilidades técnicas y artísticas, así como un incremento en la concentración del poder. Un crecimiento similiar se produjo en muchas partes de Grecia central y del Peloponeso durante el Heládico Tardío I y II (subdivisiones que, de todos modos, son difíciles de distinguir), pero fuera de Micenas (y eventualmente también en ella) el símbolo visible era un tipo muy diferente de cámara mortuoria: la espectacular tumba *tolos* o tipo colmena. Éstas eran cámaras circulares enclavadas en la ladera de una colina, a las que se llegaba a través de un corredor (*dromos*). El techo era de una construcción cuidadosa tipo cúpula con bloques de piedra dispuestos en anillos decrecientes y remataba en un coronamiento por encima de la altura natural de la colina. Toda la estructura estaba sellada y cubierta de tierra, dejando a la vista un montículo imponente. Puede

[2] Ha surgido una nueva complicación con el descubrimiento, producido en 1965, de lo que puede llegar a ser un círculo funerario contemporáneo del Círculo *A* micénico, que también presenta oro enterrado. Este descubrimiento se llevó a cabo en Peristeri, en el Peloponeso occidental (volveremos sobre él más adelante).

tenerse una idea de su tamaño a través de las dimensiones de la más grande de ellas que es también una de las últimas. Se trata de la conocida por el nombre inexacto de "Tesoro de Atreo" de Micenas (lám. III): catorce metros de diámetro, trece metros de alto (ambas medidas son interiores), un *dromos* de treinta y cinco metros de longitud y un dintel sobre la puerta de entrada que debe pesar unas cien toneladas.

Ningún elemento podía anunciarnos la aparición de semejantes tumbas. Ni en Grecia ni en ningún otro lugar existe antecedente arquitectónico de éstas. Pero cualquier duda que tengamos en el sentido de que ellas no sólo indican poder, sino un nivel más o menos único dentro de la jerarquía comparable con la realiza, queda disipada por la coexistencia de los *tolos* con muchas otras cámaras sepulcrales que contenían objetos de gran valor, última morada de familias de posición alta dentro de la escala jerárquica, sin estar en su cima. La distribución y la ubicación de las nuevas dinastías en el centro y el sur de Grecia pueden indicarse en un mapa siguiendo las construcciones de tumbas tipo *tolos*, que en su mayor parte datan del siglo XV (Heládico Tardío II). La palabra "dinástica" está justificada por la comprobación de entierros sucesivos durante varias generaciones (también en las cámaras sepulcrales), lo que requería un esfuerzo considerable para volver a abrir y sellar las cámaras. Debemos agregar que no hay modo de discernir si las dinastías permanecieron dentro de la misma familia: los usurpadores no se distinguen en el sepulcro.

El período de las tumbas tipo *tolos* coincide con la época en que la actividad continental se torna claramente visible fuera de Grecia, en forma de grandes hallazgos de cerámica. Al principio aparecen al oeste (Sicilia y el sur de Italia) pero a fines

del Heládico Tardío II también se los encuentra en cantidad en la dirección opuesta: en Rodas, en Chipre, en Mileto en el Asia Menor y en otros sitios. Esta actividad adquirió un marcado ritmo ascendente en el período final de la Edad de Bronce, en el Heládico Tardío III *A* y *B*. Es en este punto donde las limitaciones de las tablillas de Lineal *B* resultan particularmente exasperantes. Se las ha encontrado en cantidades considerables en Micenas y en Pilos (algunas aparecieron en Tebas) pero en ningún otro lugar del continente. En cuanto a su lenguaje y contenido son comparables a las de Cnosos. Al igual que ellas carecen de la dimensión temporal, pues también datan de un momento de destrucción e incendios. De ser cierta la fecha comúnmente aceptada del 1400 para la caída de Cnosos, los pueblos de habla griega habrían tomado control de la ciudad a la altura del período de las tumbas tipo *tolos*. Pero no sabemos de qué parte de Grecia provenían. Sería una suposición gratuita sugerir que eran originarias de la misma Micenas. También desconocemos cuándo y dónde hizo la escritura su primera aparición en el continente en la forma de Lineal *B*. Se agrega además el problema de que la alfarería micénica anterior al período III *C* se presenta con un estilo y una técnica tan uniforme que siempre resulta difícil, a menudo imposible, distinguir entre los varios lugares de fabricación.[8] Por lo tanto, cuando un escritor moderno se refiere a la "cerámica micénica" hallada, por ejemplo, en las islas de Lípari, se refiere a la cerámica de algún lugar del mundo micénico que eventualmente incluyó lugares como Rodas y Chipre y no necesariamente a la Grecia

[8] Es probable que el análisis científico de las arcillas permita con el tiempo establecer las diferencias, pero ese estudio está aún en sus inicios.

continental o menos aún a la de la misma Micenas. (Puede tratarse también de una "imitación" local). Debemos agregar que esta uniformidad es más completa en las piezas de cerámica de mayor importancia, las del período Heládico Tardío III *B*, y que los ejemplares individuales de éstas son tan difíciles de distinguir en cuanto a la cronología (el margen es de un siglo) como en cuanto al lugar.

Por consiguiente la cuestión de las relaciones entre los centros continentales y aquellos sitios en que los hallazgos de alfarería están particularmente concentrados resulta muy problemática. Puede darse por seguro que hubo un intenso comercio y que ya antes del 1400 el continente había empezado a desplazar a Creta. Algunos materiales, como el ámbar y el marfil, no pudieron llegar a Grecia de otro modo y éste fue, con toda seguridad, el caso con respecto a la mayor parte del oro, del estaño y del cobre. Los objetos y motivos micénicos aislados que llegaron a Europa central y hasta el sur de Inglaterra (incluso a Stonehenge) datan de los alrededores del 1500 a. C., y su presencia se explica por la búsqueda micénica de los metales. El ámbar es común en Grecia desde la época de las tumbas en chimenea hasta fines de la Era Micénica, aunque es raro encontrarlo en la Creta minoica y la Grecia posmicénica, siendo gran parte de éste de origen báltico.[4]

Pero, ¿quiénes eran los comerciantes y en qué condiciones operaban? Las tablillas de Lineal *B* guardan tanto silencio ante estas preguntas como las de Cnosos. Es muy probable que la concentra-

[4] Esto se ha determinado con espectrofotometría de absorción infrarroja; véase la serie de artículos de C. W. Beck y col. en *Greeck, Roman and Byzantine Studies*, de los que han aparecido hasta el momento dos, t. 7 (1966), págs. 191-211; t. 9 (1968), págs. 5-19.

ción de cerámica micénica en Scoglio del Tonno, en la región de Tarento en el sur de Italia, se deba a la presencia de un centro comercial "micénico" relacionado con el movimiento de mercaderías de Europa central y occidental. Sin embargo no es fácil encontrar criterios satisfactorios que confirmen que Rodas y Mileto eran colonias micénicas. Es verdad que los restos materiales de estos dos lugares (a diferencia de Chipre) parecen "micénicos", pero eso no prueba nada respecto de sus conexiones *políticas* con el continente en uno u otro sentido. Si no tuviéramos más información que la clásica de Rodas y Mileto, del año 400 a. C., podríamos atribuirles, según ese razonamiento, la categoría de colonias, pero por supuesto estaríamos equivocados. El desciframiento del Lineal *B* ha arrojado nueva luz sobre las relaciones entre el continente y Cnosos. No obstante, todavía no tenemos seguridad de que luego de que los pueblos de habla griega tomaran posesión de Cnosos se haya manifestado una verdadera obediencia o sujeción al poder continental. El comercio, la migración, la conquista y el colonalismo no siempre interactúan como un conjunto bien definido.

Por otra parte, tampoco están claras las relaciones políticas en el mismo continente. Ya hemos mencionado el hecho notable de que las tumbas tipo *tolos* son anteriores a la arquitectura doméstica en gran escala. En otras palabras, los reyes y los nobles prodigaron sus riquezas y expresaron su poder —en lo que a la arquitectura se refiere— en las cámaras mortuorias antes de dirigir su atención hacia los palacios y las casas. En Pilos, los arqueólogos han comprobado un extenso asentamiento de una ciudad de estrato inferior, anterior a la construcción del gran palacio, pero no pueden rastrear su historia mucho tiempo atrás, como es siempre el caso en Grecia en general. Sabemos

que la población había crecido en forma considerable y que se concentraba en pueblos que normalmente se encontraban en las laderas de las colinas dominando las tierras de cultivo. (Se conoce ya la ubicación de 400 poblados micénicos en el continente.) Asimismo tenemos conocimiento de que la sociedad se había estratificado jerárquicamente y que estaba gobernada por la clase guerrera a través de caudillos o reyes. Luego, después del 1400 (y en la mayoría de los lugares cerca del 1300), se produjo un cambio repentino, pasándose de la construcción de cámaras sepulcrales monumentales a la edificación de varios palacios-fortaleza. Esos lugares, tales como Tirinto y Micenas en el Peloponeso occidental, la Acrópolis de Atenas, Tebas y Gla en Beocia, Iolcos en Tesalia, se parecen ahora más a las ciudades fortificadas medievales que a los desguarnecidos y aglutinados complejos cretenses. Se conservaba todavía la construcción en forma de celdillas, pero el tipo de vivienda más importante era el llamado *mégaron* que consistía en un atrio con columnas o vestíbulo, una larga habitación principal y generalmente un depósito en la parte posterior.

Este interés en las fortificaciones y en todo lo relacionado con la guerra no puede haber sido sólo cuestión de gustos. Algo dentro de la situación social del lugar lo requería, pues es de presumir que Creta no lo necesitaba, por lo menos en esa propoıción. Las tablillas continentales de Lineal *B* registran las mismas actividades, los mismos tipos de inventarios que las de Cnosos, y el mismo modelo de control y administración del palacio sobre la comunidad y la región circundante (que no era demasiado extensa). No obstante, las tablillas no dan ninguna pista acerca del factor guerrero, para el que debemos sacar nuestras conclusiones sobre la base de la distribución y el destino

de las mismas fortalezas. En síntesis, la pregunta clave puede precisarse así: *¿Por qué la Argólida y la región que rodea a Corinto cuentan con una cantidad bastante importante de fortificaciones mientras que, hacia el oeste, Pilos en Mesenia estaba poco fortificada y doce millas hacia el norte aparecen grandes tumbas tipo tolos*, así como grandes fortificaciones en la cima de una montaña de Peristeri, cuyo nombre antiguo desconocemos? Había una población considerable en Argos en el período Heládico Medio que se mantiene sin solución de continuidad a partir del Heládico Tardío II, pero no hay palacios ni fortificaciones ni tampoco una sola tumba tipo *tolos* o armas en las sepulturas. Aparentemente Argos dependía de Micenas, seis millas al norte, o de Tirinto hacia el sur, que estaba a una distancia apenas menor y no tenía una aristocracia guerrera propia. Por otra parte es difícil imaginar que Micenas y Tirinto estuvieran a la par y que se dividieran la llanura argiva entre ellas (o que Tebas y Gla fueran poderes iguales en Beocia). En las generaciones que siguieron a la aparición de las primitivas tumbas tipo *tolos*, las incursiones y las guerras continuas elevaron presumiblemente a algunos dinastas vencedores a posiciones predominantes y soberanas. Los caudillos vencidos o menos afortunados fueron en algunos casos eliminados y en otras oportunidades se les permitió sobrevivir, pero en una posición subordinada. En varios sitios como Micenas, Tirinto y Tebas, aparecen en este período signos de gran destrucción y de incendio. A raíz de estos fenómenos que sugieren daños de guerra, se produjeron cambios en los complejos de edificación y en las fortificaciones. Sin duda hubo también matrimonios entre los miembros de las distintas dinastías para complicar la sucesión al trono y las relaciones entre los Estados, cosa que siempre sucede.

El cuadro que surge del análisis combinado de las tablillas y de los restos arqueológicos presenta una división de la Grecia micénica en una cantidad de pequeños Estados burocráticos, con su aristocracia guerrera, un alto nivel de artesanía, intenso comercio exterior de objetos de primera necesidad (metales) y de lujo y, en el mejor de los casos, un permanente estado de neutralidad armada en sus relaciones con los demás y a veces quizá con sus súbditos. Nada indica que Micenas tuviera una autoridad suprema. Esa idea tiene su único fundamento en los poemas homéricos en los que Agamenón aparece como comandante en jefe de un ejército de coalición en una expedición contra Troya (pero debemos notar que en ella su autoridad es fácilmente burlada). No obstante, los testimonios contemporáneos demuestran que, sea cual fuere la autoridad del gobernante de Micenas sobre la Argólida, ni Pilos ni Tebas ni Iolcos le debían nada.[5]

Con excepción de algunas escenas de batallas, el arte de los palacios de Micenas no logra reflejar en forma directa la sociedad guerrera. En realidad, este arte es sorprendentemente derivativo (salvo en la alfarería) y presenta el mismo amor por las decoraciones abstractas y florales, las mismas procesiones monótonas y el mismo convencionalismo y cualidad estática que los prototipos cretenses. Aparece asimismo idéntica impersonalidad. Casi nunca vemos, por ejemplo, el retrato de un "extranjero" que se distinga por sus rasgos, sus vestiduras, su cabello o su barba. Tampoco el carácter monumental de la arquitectura se transfiere a la pintura o a la escultura, hecho que se torna

[5] El difícil problema del valor de los poemas homéricos como prueba de la civilización micénica se analiza brevemente en el capítulo VI y con más detalle en el capítulo VII.

más asombroso conforme recordamos que hacia el siglo XIII había un contacto estrecho con Anatolia y Egipto. Además, no hay nada comparable en tamaño a las estatuas de tamaño natural de Ceos del Heládico Medio (que mencionamos en el capítulo III).

Aun cuando las tablillas de Lineal *B* abundan en nombres de dioses y diosas, y en listas de lo que parece ser el personal a su servicio o de ofrendas, la religión micénica es, desde el punto de vista arqueológico, aún menos notable que la minoica. Existen los altares y también aparecen representaciones de divinidades y rituales en las gemas y piedras de sello, la mayoría de ellas de origen cretense sin ningún rasgo que las distinga como micénicas. Sin embargo, hasta el verano de 1968 no se había hallado ningún santuario o habitación especial para rituales que pudiera identificarse con claridad dentro de los complejos palaciegos. Ese verano, los excavadores encontraron en Micenas un pequeño "depósito" sellado (de alrededor de 1,80 m²) en el que se habían amontonado, entre otras cosas, unas dieciséis figuras desnudas de arcilla hueca, de hasta 60 cm de altura, hechas con torno de alfarero. Sus brazos cortos están levantados o extendidos (carecen de piernas) y los senos son apenas perceptibles (la mayoría son figuras femeninas). Además, se advierte que el cabello y los rasgos faciales fueron agregados con posterioridad, según el método utilizado para las manijas y los picos de las vasijas. Este cuarto contenía asimismo seis serpientes enroscadas de arcilla modeladas en forma realista. Pero, si bien estos últimos objetos son de una concepción bastante brillante (*lám. IIc*), las estatuillas son extremadamente "primitivas" y feas, salvo una única excepción. Se trata de una figura pequeña vestida y pintada, cuyo diseño la ubica en una

fecha que no pasa del 1300 a. C. En las cercanías había otra habitación curiosa pero su excavación apenas ha comenzado. Ella presenta unas plataformas dispuestas de modo tal que sugieren la posibilidad de actividades de culto.[6]

En todos sus aspectos significativos, este hallazgo es único hasta el presente. Las serpientes se representan a menudo asociadas con la figura del hombre, pero éstas son las primeras que aparecen en forma independiente en todo el Egeo durante la Edad de Bronce. Las estatuas son, en su aspecto general, distintas a todas las demás (aunque se han sugerido similitudes con un grupo de figuras cretenses por las técnicas de fabricación y las posturas). Tampoco se ha encontrado otro cuarto de "depósito". Todo lo dicho sirve como advertencia, pues la mayor parte de las deducciones generales acerca de la cultura micénica son aproximadas según la naturaleza del caso. Nos resistimos un poco a reconocer el hecho de que, hasta la fecha, sólo en Eleusis, Ceos y Delos se han descubierto rastros razonablemente auténticos de un "templo" de la Era Micénica; a título de comentario podríamos agregar que quizá no sea accidental que ninguno de estos lugares fuera un centro de poder secular.

[6] Véase *Illustrated London News* del 4 de enero de 1969, y Lord William Taylour, "Mycenae 1968", *Antiquity*, 43 (1969), págs. 91-97, del que su autor nos permitió gentilmente leer una copia antes de su publicación.

CAPÍTULO VI

EL FINAL DE LA EDAD DE BRONCE

En los archivos hititas que aún se conservan, encontramos alrededor de veinte textos que datan de fines del siglo XIV hasta cerca del 1200 a. C. y que se refieren al reino de Ajjiyawa. Desde el momento en que estos documentos se descifraron por primera vez, hace más de una generación, se intentó identificar al pueblo de Ajjiyawa con los aqueos.* Éste es el nombre más común que dan los poemas homéricos a los griegos en la guerra de Troya y probablemente es también el nombre (o uno de los nombres) que ellos mismos se daban en lo que ha venido a llamarse la Era Micénica. Si bien los argumentos son técnicos, complicados y no del todo concluyentes, la mayoría de los estudiosos acepta en la actualidad esa identificación. Esos textos demuestran que Ajjiyawa fue en general independiente de los hititas y que les causó algunos problemas, especialmente hacia el período final cuando empezó a disminuir el poder del Imperio hitita. Pero, ¿dónde estaba ubicado ese rei-

* Ajaioí. (*N. del T.*)

no? Tampoco existe una respuesta definitiva para esa pregunta; algunos creen que los hititas eran rivales de los aqueos de Grecia continental, pero si bien no podemos negar que de ser esto cierto se resolverían algunas de las dificultades, las probabilidades contradicen este punto de vista. Ajjiyawa parece haber estado ubicada más cerca del terirtorio hitita, quizá en la isla de Rodas.

De todos modos, los testimonios hititas no conducen más allá de un único punto: los hombres de Ajjiyawa, fueran *ellos griegos micénicos o no*, tomaron parte en las actividades vandálicas y guerreras que se desarrollaron en la segunda mitad del siglo XIII en los límites de la esfera de influencia hitita. En realidad, el Imperio hitita se derrumbó hacia el 1200 ó 1190. A pesar de que no tenemos testimonios escritos directos para identificar al pueblo vencedor, vemos cada vez como más probable que *existiera cierto tipo de vinculación con* las incursiones en gran escala que una coalición indefinida de pueblos efectuó en el Egeo oriental. Éstos aparecen mencionados dos veces en las fuentes egipcias donde a raíz de su lectura poco cuidadosa se los conoce con el nombre de "pueblos del mar", el cual se presta a confusiones. La primera de estas referencias trata de un ataque al delta del Nilo que efectuaron los libios y sus mercenarios —"hombres que venían de todas las tierras del norte"— durante el reinado del faraón Merneptah, alrededor del 1220. Según el relato, los egipcios los rechazaron, tras infligirles pérdidas, entre muertos y prisioneros, de más de diez mil hombres. Entre los mercenearios figuraban los akawash (o ekwesh),[1] a quienes resulta tentador

[1] Una de las dificultades para identificar los nombres en los textos de los jeroglíficos egipcios es que sólo se escriben las consonantes y no las vocales.

identificar —por el nombre— con los aqueos, aun cuando los textos destacan el hecho de que estuvieran circuncidados, práctica que era extraña a los griegos de los tiempos históricos y que tampoco está confirmada para la Grecia de la Edad de Bronce.

La segunda referencia es mucho más importante. A principios del siglo XII (quizá ya en el 1191), Ramsés III detuvo una gran invasión de los "pueblos del mar" que, provenientes de Siria, venían acercándose a Egipto por tierra y por mar. "Ningún país pudo hacer frente a sus armas, desde Hatti, Kode, Carkemish y Arzawa, hasta Alasia."[2] Las afirmaciones triunfales del faraón son dignas de muy poco crédito pero no hay razón para negar la esencia de este relato jactancioso: que los egipcios rechazaron una migración e invasión tribal combinada que recuerda los últimos movimientos germánicos hacia el Imperio Romano que arrasaban un extenso territorio antes de caer vencidos o detenerse. Esta vez no se menciona a los akawash y, debido a las complicaciones que ya hemos señalado respecto de los nombres extranjeros escritos en jeroglíficos, no hay acuerdo académico acerca de la identificación de esos pueblos, con excepción de uno. Se trata de los peleset o filisteos, quienes —luego de la derrota— se establecieron en la costa palestina dando a esta región el nombre que aún lleva en la actualidad.

La región que ocuparon los filisteos está colmada, casi desde el primer momento de asentamiento, de cerámica micénica III *C* de fabricación local, pero no aparecen ejemplares del tipo III *B*. Esto es importante ya que el cambio del *III B* al III *C*

[2] Traducido por J. A. Wilson en *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament*, de J. B. Pritchard (2ª ed., Princeton University Press, 1955), pág. 262.

se *manifiesta en todas partes* —en Grecia continental, en las islas y también en Troya—, determinando la línea que marca la finalización del último gran período de la Edad de Bronce. Ese final fue más abrupto que la mayoría de los derrumbamientos de las civilizaciones del pasado. Desde Tesalia en el norte de Laconia y Mesenia en el sur, fueron destruidos como mínimo una docena de fortalezas y complejos palaciegos, incluso Iolcos, Crisa (cerca de Delfos), Gla, Pilos, Micenas y el que está próximo a Esparta debajo de las ruinas de la Meneleon de la época clásica. Otras poblaciones fortificadas, e incluso cementerios, fueron abandonados. Toda esta destrucción debe ubicarse arqueológicamente alrededor de la misma fecha, más o menos en el 1200, y resulta difícil imaginar que no tuviera relación alguna con la actividad de los "pueblos del mar" y con los devastadores del Imperio hitita. La coincidencia sería demasiado notable, más aún si consideramos el hecho de que los disturbios se extendieron hacia el este hasta la Mesopotamia, y también hacia el oeste, en Italia, en las islas de Lípari y en Sicilia, llegando quizá a Francia y al norte del mar Báltico. Se supone que hubo un gran movimiento de pueblos y, entre los expertos, se va acentuando la convicción de que —según la arqueología y las conclusiones derivadas de la posterior difusión de los idiomas indoeuropeos— el centro original de esos disturbios estaba en la región carpatodanubiana de Europa. Tal "movimiento" no estaba organizado ni concertado como una genuina coalición. Parecería, en cambio, que tuvo un ritmo interrumpido y que presionaban en direcciones diferentes y en momentos distintos; tal es el caso de Egipto que fue atacado primero desde el oeste y luego, alrededor de una generación después, desde el noreste. Había poca estabilidad en las relaciones

entre los migrantes e incertidumbre en los objetivos finales. Todo esto resulta análogo a los últimos movimientos germánicos, como así también el hecho de que los intercambios e influencias comerciales y culturales se llevaron a cabo, al menos con Grecia, durante siglos antes de comenzar las invasiones.

En lo que se refiere al pueblo de Grecia, el ataque contra éste provino de su frontera septentrional, sea cual fuere el lugar donde se originó. Fue quizá en este momento cuando se construyó la sólida muralla que atravesaba el Istmo de Corinto y cuyos vestigios aún se conservan en el extremo sudeste. Si éste fue el caso, resultó inútil. Los intrusos penetraron airosamente, destruyeron las fortalezas del Peloponeso y, con ellas, la organización política y las formas de vida que debían proteger.[8] No obstante, antes de poder examinar los efectos es necesario considerar un hecho que constituye una complicación adicional: la historia de Troya en el ángulo noroeste del Asia Menor.

La ciudadela de Troya, situada en un cerro a unos kilómetros del mar Egeo y de los Dardanelos que controla la fértil llanura que se extiende ante él, no tuvo período neolítico conocido. Fue ocupada por primera vez al comienzo de la Edad de Bronce, alrededor del 3000 a. C., siendo desde ese momento una fortaleza. Durante el prolongado período Bronce Primitivo, que llegó quizá hasta el 1800, la arqueología troyana revela una notable continuidad cultural. Esto no significa que todos los siglos fueron tranquilos: hubo catástrofes periódicas, de ahí la división en cinco etapas claramente definidas, pero después de cada inte-

[8] La opinión corriente, en un tiempo, de que los dorios fueron los intrusos que destruyeron el mundo micénico tiene cada vez menos fundamentos y, por ende, menos adherentes. Hablaremos sobre ellos en el capítulo VII.

rrupción la reconstrucción parece inmediata sin signos aparentes de la presencia de un nuevo elemento en la población. Troya II, la más rica de las cinco, presenta trabajos en oro bastante imponentes (el primer "tesoro" hallado por Schliemann) como mínimo seis siglos antes de la aparición de las tumbas en chimenea de Micenas. Lo que siguió fue más pobre, por no decir insignificante, pero aparentemente no hubo interrupciones. Desde el punto de vista arqueológico, la cultura primitiva de Troya se relaciona con los hallazgos contemporáneos de las islas egeas del norte y de las Cícladas, de Tracia y de Macedonia y, mucho más hacia el oeste –cosa curiosa–, con los de las islas de Lípari. Pero, al mismo tiempo, no presenta conexión con los hititas ni con Siria (aun cuando las nuevas excavaciones en el noroeste del Asia Menor pueden producir aún paralelos más próximos). No disponemos de ninguna otra pista, ya que no ha podido hallarse un solo fragmento escrito en Troya y en los registros contemporáneos de otros sitios tampoco se hace una clara referencia al lugar.

Luego, alrededor del 1800 a. C., aparece Troya VI, una nueva civilización que surgió sin previo aviso así como algunas de las innovaciones importantes en otros lugares del Egeo. Ésta se convirtió en la más poderosa de todas las fases de Troya, culminando en un período de avanzada tecnología, con complejos muros fortificados, pero carente de tesoros o de trabajos estéticamente interesantes en cualquier otro campo. Las ruinas están llenas de huesos de caballos y, aparentemente, fue este animal el que dio a los nuevos ocupantes una ventaja considerable y tal vez decisiva sobre sus predecesores. La gran cantidad de alfarería miniense y, posteriormente, de cerámica micénica III A importada indican la existencia de conexiones

estrechas con Grecia. Al cabo de unos 500 años, Troya VI fue destruida por una catástrofe tan tremenda que suponemos que se originó en un terremoto y no en la actividad humana. La reocupación fue inimedata; en Troya VII*a* no se observaron cambios culturales sino que —al igual que después de Troya II— se manifiestan en todos sus aspectos unas proporciones y un nivel muy reducidos. Y es esta ciudad insignificante la que coincide con el último gran período de Grecia, el Micénico III *B*, que comienza alrededor del 1300. La fecha de *su* caída se relaciona entonces con todos los problemas de fines del mundo micénico que estamos considerando.

La arqueología nos revela que Troya VII*a* fue destruida por el hombre. La fecha sólo puede determinarse sobre la base de los hallazgos de alfarería y, en especial, por el hecho de que el VII*a* tenía únicamente cerámica micénica III *B*, mientras que la III *C* apareció en el corto período VII*b* (aunque lamentablemente los hallazgos no alcanzan a proporcionar una respuesta acerca del momento en que el nuevo estilo hizo su primera aparición en el VII*b*).[4] Si los demás elementos fueran iguales, podríamos sacar la conclusión, al menos en forma preliminar, de que la caída de Troya VII*a* fue parte del cataclismo general que abarcó toda el área del Egeo alrededor del 1200. Pero los demás elementos no son iguales debido a la tradición griega de la guerra de Troya, de que una gran coalición del continente invadió y saqueó esta ciudad. En el caso de que esta tradición tenga alguna base histórica, la guerra troyana podría haberse producido, del lado griego, únicamente en el período

[4] Lamentablemente, tampoco es posible fijar con suficiente exactitud la aparición en Troya VII*b* de la "cerámica con nudos", que parece haberse originado en Europa central.

III *B*, de este modo, hubiera sido una guerra contra Troya VII*a*. El hecho de que las ruinas sean demasiado miserables para la gran ciudad de Príamo descrita por Homero no constituye una objeción seria; tanta exageración debe adjudicarse a la trasmisión de la tradición oral. No obstante, la fecha es un misterio. Es obvio que no fue posible una invasión micénica organizada contra Troya en el 1200 ya que las mismas potencias griegas estaban siendo atacadas o habían sido destruidas para ese entonces. Si trasladáramos la guerra a la generación anterior podríamos sortear esta dificultad, pero al hacerlo nos crearíamos complicaciones con la correlación de las fechas de los hallazgos de Troya y las de los lugares más importantes de Grecia. Por lo tanto, una pequeña minoría de estudiosos propone abandonar la tradición griega por ser esencialmente mítica y sacar a Troya del lugar singular que ocupa dentro de la historia de la Edad de Bronce griega, así como, en realidad, de cualquier otra posición significativa dentro de ella.

Sea cual fuere la verdad acerca de la guerra de Troya, no hay discusión con respecto a la magnitud de la catástrofe en Grecia. Sin embargo, el hecho de hablar lisa y llanamente del final o de la destrucción de una civilización implica caer en ambigüedades si no se analiza el concepto y se especifican sus aspectos. La destrucción significó en primera instancia la caída de los palacios y de sus complejos fortificados. Tenemos derecho a suponer que con ellos desapareció esa singular estructura social piramidal que les había dado origen. Así dejaron de existir las tumbas tipo *tolos*, salvo unas pocas y misteriosas excepciones perdidas en Tesalia y quizá en Mesenia. Entonces volvió a generalizarse el uso de las tumbas en cista que probablemente no había sido

abandonado por las clases inferiores durante el período Micénico. También desapareció el uso de la escritura. Esto puede parecer increíble si no consideramos que la única función conocida de la escritura en el mundo micénico, según los testimonios que poseemos, era la de satisfacer las necesidades administrativas del palacio. Al caer este último, desapareció también la necesidad de la escritura y su arte. Los palacios dejaron de existir por completo y no volvieron a aparecer en la historia subsiguiente de la Grecia antigua. Lugares como Micenas, Tirinto y Iolcos estaban todavía deshabitados en el período III *C*, después del 1200, pero los palacios no se reconstruyeron. Tampoco se han encontrado tablillas de Lineal *B* de este período ni en Micenas ni en ningún otro sitio.

Este cambio tan fundamental iniciado por una población invasora, alteró necesariamente el cuadro general de las zonas habitadas. No sólo hubo una disminución de la población en su totalidad a fines del III *B*, que fue muy brusca en algunas regiones, sino que también se produjeron cambios y movimientos de duración muy prolongada. Algunos grandes centros como, por ejemplo, Pilos y Gla fueron completamente abandonados, mientras que otros como Atenas y Tebas continuaron ocupados en menor escala. No obstante, hubo otras zonas —el Ática oriental, la costa de Eubea más próxima al continente, Asine en la costa argiva, el distrito de Acaya en el golfo de Corinto (cuyo centro moderno es Patrás), la isla de Cefalonia en el mar Jónico que acrecentaron su población. Parte de esta irregularidad tuvo sin duda su origen en los conflictos y expulsiones subsiguientes al principal enfrentamiento inicial, tal como lo prueban los nuevos daños que sufrieron Micenas y Tirinto alrededor del 1150. Tenemos

asimismo motivos para creer que las comunidades más pequeñas y subordinadas —como por ejemplo Argos— recibieron un tratamiento diferente por parte de los principales centros de poder.

En épocas tan difíciles y confusas, podría suponerse que algunos de los mismos elementos de la población micénica tomaron parte en el saqueo y la migración. Si los akawash que integraban los "pueblos del mar" durante el reinado de Mernep-tah eran en realidad los aqueos, ya tendríamos prueba suficiente. Chipre nos suministra un testimonio algo más sólido pero que sigue siendo controvertido. Dijimos al final del capítulo III que, si bien las importaciones de cerámica micénica de los siglos anteriores al 1200 no estuvieron acompañadas por una verdadera migración desde Grecia hacia la isla, cerca del 1200 aparece un cambio notable en el panorama arqueológico que implica el flujo de inmigrantes. Los muros de mampostería de Enkomi son quizá la novedad más destacable, pero se advierte también un perfeccionamiento de las técnicas artesanales tanto de los metales como del marfil y aparece una escritura misteriosa (a la que ya nos hemos referido). Lamentablemente, no se conservan escrituras chipriotas de este siglo ni de los posteriores inmediatos, pero la explicación más factible de la supervivencia en la Chipre clásica de un dialecto arcadio y de una escritura basada en el Lineal *B*, es que alrededor del 1200 fueron llevados al lugar por los griegos micénicos. Lo que genera un desacuerdo es el hecho de que muy pocos años después de la aparición de los nuevos rasgos culturales, la isla fue devastada y que sus efectos inmediatos —en el cuadro de las zonas habitadas, en la cantidad de riquezas y en la artesanía— pueden compararse con los que ya hemos visto

en Grecia.[6] Nuevamente aparece un "si" en el panorama. Si la identificación de Alasia con Chipre es correcta, no quedaría duda de que la destrucción fue obra de los "pueblos del mar" que iban camino de Egipto, como lo afirma expresamente el relato de Ramsés. Resultaría tentador entonces imaginar una primera y gran ola de refugiados griegos, cuya influencia puede apreciarse en el nuevo cuadro arqueológico, seguido de los destructores "pueblos de mar" en un lapso de tal vez dos décadas. Pero esta teoría no llega a contestar la difícil pregunta de cómo pudieron los refugiados producir semejante impacto cultural en tan poco tiempo.

Una consecuencia de esta nueva situación fue que en la misma Grecia las comunidades individuales se replegaron sobre sí. La cerámica III *C* fue, estilística y técnicamente, un engendro directo de la III *B* pero, a diferencia de esta última, se subdividió con rapidez en estilos locales de marcada diversidad. Suponemos que esto se produjo a raíz de que los palacios dejaron de controlar la economía dentro de su anterior esfera de influencia y que las comunicaciones entre las diferentes regiones sufrieron una reducción considerable. Al margen de la alfarería, los testimonios arqueológicos de los dos o tres siglos siguientes resultan escasos y no revelan hechos positivos. No obstante, esta misma cualidad negativa permite hacer ciertas deducciones. La población era más reducida y mucho más pobre que antes, lo que no sólo significa que los agricultores y artesanos comunes tenían menos recursos sino que los ricos también compartían esa situación. No puede negarse la

[6] Probablemente, gran parte de la controversia desaparecería si los hallazgos arqueológicos clave pudieran fecharse con exactitud alrededor del año 1200.

inferioridad técnica y artística de los hallazgos, la ausencia de tesoros y, sobre todo, de grandes construcciones palaciegas, militares o religiosas. La sociedad micénica había sido decapitada y los que quedaron procedieron, junto con el nuevo elemento invasor,[6] a levantar un tipo distinto de sociedad. Es este proceso el que la arqueología, por sí sola, no puede iluminar totalmente. No obstante, el hecho de que fuera una sociedad completamente nueva queda demostrado más adelante, cuando la escritura retorna a Grecia y empezamos a conocer algo de la economía y de la organización social y política.

No debemos permitir que la inevitable concentración en los restos materiales y en la tecnología nos impida advertir la magnitud de la ruptura producida. Por supuesto, la gente continuó cultivando la tierra, criando ganado y fabricando objetos de cerámica y herramientas con las mis-

[6] El hecho de que algunos de los invasores permanecieran en Grecia es una suposición imposible de probar. Lo característico de este tipo de combinación de invasión y migración es que no deja rastros arqueológicos hasta que se establece en un lugar en forma permanente. (Este punto se mencionó brevemente en el cap. II con respecto a los dorios y a los hunos y volverá a tratarse en relación con los dorios en el cap. VII.) Algunos estudiosos dan como prueba el hecho de que la costumbre griega de la Edad de Bronce de enterrar a los muertos fue remplazada en la mayoría de los distritos por la cremación. No podemos negar que nos produciría gran satisfacción la posibilidad de establecer un vínculo con los "campos de urnas", cementerios de cuerpos cremados y depositados en urnas, que comenzaron a aparecer en Europa central en el siglo XIII y que luego se difundieron en extensas zonas del continente incluso Italia. En Grecia, sin embargo, el cambio se produjo en forma lenta luego del 1200 y no llegó a completarse antes del 1050 aproximadamente. Además, ya hemos indicado en el cap. II que los cambios decisivos en los métodos para disponer de los cadáveres se llevaron a cabo sin la influencia de un nuevo elemento en la población.

mas viejas técnicas (pero pronto se nota una tendencia creciente hacia un nuevo metal, el hierro, que en ese entonces pudo obtenerse por primera vez). Asimismo, siguieron venerando a sus dioses y realizando los rituales necesarios y suponemos que en este campo hubo tanta continuidad como cambio. Pero la sociedad estaba organizada de un modo diferente y entró en otra línea de desarrollo al aparecer nuevos valores. La Edad de Bronce había llegado a su fin.

LA ERA ARCAICA

CAPITULO VII

LA EDAD OSCURA

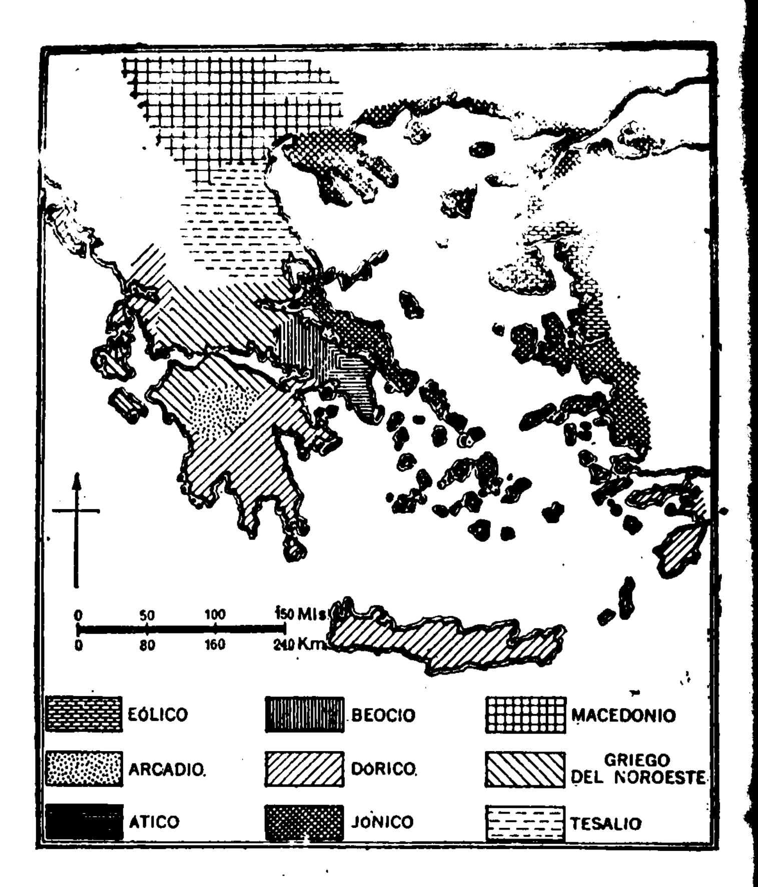
A menos que la vida misma quede destruida en una región, siempre debe de haber algún tipo de continuidad. En ese sentido, la historia griega fue una continuación del período de la Edad de Bronce de su prehistoria. No obstante, el darle demasiada importancia a este axioma implicaría enfatizar un punto que no corresponde y pasar por alto el hecho de que la nueva sociedad iba a ser fundamentalmente distinta. Los griegos de los tiempos históricos no sabían de rupturas en su evolución y, por lo tanto, tampoco tenían conocimiento de una civilización diferente que hubiera vivido en el milenio precedente, aunque sí sabían en forma vaga y poco precisa que en un tiempo se habían hablado otros idiomas en Grecia y en las islas. Su "época heroica", que les era familiar a través de los poemas homéricos y del abundante material legendario (como la historia de Edipo), era simplemente un período primitivo dentro de la historia griega. Por eso a Teseo se le podían adjudicar dos hechos legendarios: la destrucción del Minotauro y la unificación del Ática. Sin embargo, el primer acontecimiento es más

apropiado para la Edad de Bronce mientras que el segundo corresponde al mundo tan distinto de la Edad Oscura. La arqueología moderna ha descubierto un mundo prehistórico con el que nunca soñaron los griegos de la era histórica.

Esta ciencia pone en primer plano un derrumbe y una declinación alrededor del 1200 a.C., seguidos por un período de pobreza y baja calidad en las artes y la tecnología. Lo que no revela con mucha claridad (y en ciertos aspectos fundamentales no puede demostrarlo en absoluto) es que los siglos posteriores al 1200 señalen un adelanto no sólo en el aspecto material, con la aparición del hierro como material nuevo y más avanzado, sino también en lo social, lo político y lo cultural. El futuro griego no se apoya en Estados burocráticos con centro en el palacio, sino en un nuevo tipo de sociedad forjada por las comunidades empobrecidas que sobrevivieron a la gran catástrofe. No podemos seguir ese proceso de crecimiento en sus etapas formativas, como no sea a través de los indicios aislados que se encuentran dispersos en los restos arqueológicos y en las tradiciones posteriores; tampoco contamos con la ayuda de los documentos escritos contemporáneos de Siria, la Mesopotamia y Egipto, ya que éstos no hacen referencia alguna a los griegos. Por lo tanto, en este único sentido —el de que *nosotros* tanteamos en la oscuridad— podemos legítimamente emplear el nombre convencional de "edad oscura" para el prolongado período de la historia griega que va desde el 1200 al 800. Al igual que en las demás "edades" que nos ocupan, debemos señalar subdivisiones: una de ellas cerca del 1050 y la otra en el transcurso del siglo IX.

Los confusos informes arqueológicos de Chipre, que ya hemos mencionado, muestran que las generaciones inmediatamente posteriores al 1200 pre-

senciaron más de una migración, ya sea como una nueva afluencia del norte o transferencias internas dentro de la misma zona egea o ambas a la vez, El desmembramiento de los Estados micénicos, del Imperio hitita y de los Estados pequeños de Siria del norte, provocó un vacío de poder que hizo que los movimientos fueran relativamente fáciles, especialmente hacia los distritos despoblados. La llegada de los dorios al Peloponeso y a Creta revistió particular importancia para la historia griega. No hay signos arqueológicos que los identifiquen, pero esto no nos sorprende ya que a veces los grupos que comparten la cultura material que descubren los arqueólogos hablan, por otra parte, dialectos diferentes. Sin embargo, el dórico es el único dialecto clásico griego que nos lleva a suponer una verdadera migración hacia Grecia: algunas de las peculiares formaciones de palabras y elementos fonéticos no pueden explicarse en términos estrictamente lingüístico como una evolución del griego del período micénico. Probablemente apareció en forma independiente en la región más apartada del noroeste de la península griega, fuera del ámbito micénico, y luego penetró en el sur de Grecia y en Creta. El siglo XI es una fecha que suponemos tan buena como cualquier otra para determinar el momento en que se produjo ese movimiento. En otros puntos del entonces mundo de habla griega, la catástrofe del 1200 no aportó ningún factor lingüístico nuevo, pero el proceso de diferenciación local siguiente tuvo sus efectos que pueden apreciarse en el producto final, o sea en el cuadro de dialectos históricos griegos (mapa 4).



4. *Los dialectos griegos hacia 400 a. C.*

Las variaciones regionales también nos hacen difícil presentar el panorama arqueológico de la Edad Oscura en forma sucinta. Ciertamente se nota en todas partes una opacidad uniforme (al margen de algún hallazgo aislado que resulta excepcional). Se abandonan las representaciones pictóricas de la figura humana o de animales. No se

ve además grandeza de proporciones, así como casi ningún edificio de piedra. Los objetos pequeños no se caracterizan por su delicadeza y dejan de fabricarse las alhajas. Desaparecen virtualmente los artículos de lujo, o sea todas las importaciones no esenciales: ya hemos mencionado la ausencia del ámbar, y los escasos adornos de oro indican simplemente el robo de una tumba o el descubrimiento casual de un tesoro micénico escondido. En casi ninguno de los restos pueden advertirse connotaciones religiosas, al margen, por supuesto, del hecho de que se enterraba a los muertos con algunos objetos de utilidad. Son escasos los elementos que reflejan la guerra o los guerreros. Durante un siglo o siglo y medio todo continúa dando un aspecto de obra micénica "adulterada". La alfarería en particular mantuvo continuidad de estilo y de técnica aunque las piezas micénicas III *C* y luego las "submicénicas" no sólo no habían cambiado lo suficiente como para diferenciarse de los productos del III *B* sino que también variaban según el lugar.

Sólo en el transcurso del siglo XI se destacan innovaciones genuinas en el registro arqueológico. Aparece la cerámica "protogeométrica" (fig. 4), que puede reconocerse con facilidad por los círculos trazados con compás y los semicírculos pintados con pincel múltiple. Los expertos la consideran "descendiente" de la micénica aunque el estilo es lo suficientemente distinto como para posibilitar una nueva clasificación (que no sea la de "submicénica"). Para la fabricación de las herramientas, las armas y los objetos pequeños (tales como los alfileres de metal que reemplazan a los botones, indicando así un cambio en la vestimenta de hombres y mujeres) se utiliza cada vez más el hierro en lugar del bronce. En la categoría particular que constituyen las herramientas cortantes



Figura 4. *Estilos de cerámica*

a Micénica IIIB (10 cm de alto, de Ática).

b Micénica IIIB (15 cm de alto, corresponde a las postrimerías de Troya VI).

c Micénica IIIC (10 cm de alto, de Atenas).

d Protogeométrica (15 cm de alto, de Atenas).



e

Geométrica (77 cm de alto, de Atenas).

y las armas, el cambio es completo y bastante brusco, como puede verse en la simple tabla de hallazgos de Grecia continental (excluyendo Macedonia) para el período 1050-900 y que presentamos a continuación:[1]

	Bronce	Hierro
Espadas	1	20 +
Puntas de lanza	8	30 +
Dagas	2	8
Cuchillos	0	15 +
Hachas	0	4

En la mayoría de las regiones se observan cambios no sólo en la estructura de las tumbas, sino también en las prácticas de inhumación. Resulta notable el reemplazo del entierro por la cremación, cambio que se completó en Atenas, donde encontramos pruebas abundantes y continuadas hacia 1050.[2] Todos estos cambios se anunciaron de una forma u otra con anterioridad y sería erróneo sugerir que cerca del 1050 se produjo una transformación repentina y uniforme en todo el mundo egeo. No obstante, al confrontar distintos tipos de testimonios se hace evidente que en ese momento hubo un cambio importante.[3]

Luego, hacia fines del mismo siglo, aparece otro nuevo elemento cuya importancia es mucho más significativa. Se trata del establecimiento de migrantes provenientes de la península griega que

[1] De A. M. Snodgrass, "Barbarian Europe and Early Iron Age Greece", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 31 (1965), págs. 229-240 y pág. 231.

[2] Los infantes y los niños muy pequeños continuaron enterrándose de la manera corriente, sin ser cremados.

[3] Es importante notar que todas estas fechas son arqueológicas, como explicáramos en el capítulo I. La cerámica protogeométrica es fundamental para establecer la cronología.

se distribuyen en comunidades pequeñas a lo largo de la costa del Asia Menor y en las islas cercanas. Con el tiempo, toda la costa occidental del Asia Menor se hizo griega, convirtiéndose el Egeo por primera vez —por así decirlo— en un mar griego. Las poblaciones orientales se agruparon por dialecto en tres bandas de norte a sur: eólico, jónico y dórico, en ese orden (mapa 4). Pero esta distribución demandó unos trescientos años de historia complicada que en gran parte desconocemos: años de disputas y de luchas intestinas así como de relaciones ambiguas con los primitivos habitantes. Es lícito pensar que había pocas mujeres entre los migrantes, por lo menos en los primeros tiempos. Herodoto relata (I, 146) que los colonos de mayor alcurnia provenientes de Atenas no llevaron mujeres a Mileto, "pero tomaron mujeres Carias luego de asesinar a sus parientes. A raíz de la matanza, ellas se dieron una ley propia que juraron cumplir y trasmitieron a sus hijas: no comer nunca con sus maridos ni llamarlos por su nombre". No está clara la manera en que Herodoto llegó a conocer esta historia ni lo que trataba de explicar con ella, pero en su tiempo el casamiento con las carias era una práctica común en su Halicarnaso natal. Gracias a las investigaciones arqueológicas recientes que están aún en su etapa preliminar, nosotros sabemos que hubo muchas migraciones separadas de grupos pequeños (cosa que Herodoto desconocía); que éstas formaron poblaciones nuevas y no continuaron ni reforzaron antiguas comunidades de la Edad de Bronce o micénicas del Asia Menor (incluso donde se produjo un retorno a lugares que habían sido ocupados previamente, como Mileto o Rodas); y que la primera ola de migrantes abandonó Grecia poco después del desarrollo de la cerámica protogeométrica. En realidad, el descubrimiento de una cantidad de fragmentos de

piezas protogeométricas en una media docena de lugares ha hecho posible que los arqueólogos ubiquen por fecha a los movimientos y que relacionen algunas de las poblaciones orientales con regiones específicas de Grecia.[4] Las comunidades eólicas y jónicas fueron las primeras en asentarse, mientras que las dóricas lo hicieron un poco después (tal vez no antes del 900).

Las razones por las que un grupo determinado decidió cruzar el Egeo *cuando* lo hizo dan lugar a varias conjeturas, pero no necesitamos adivinar por qué se fueron adonde se fueron. La costa del Asia Menor está bordeada de promontorios con defensas naturales que se continúan hacia el interior con praderas y valles fértiles. Además, en los siglos XI, X y IX no había allí grandes potencias ni tampoco poblaciones importantes que pudieran impedir a los nuevos colonos establecerse en el lugar. Uno de estos sitios —la Vieja Esmirna, llamada así para diferenciarla de la ciudad posterior de Esmirna que hoy es Izmir y está en un lugar muy próximo— nos proporciona un panorama del aspecto que ofrecían estas comunidades primitivas: pequeñas, humildes, comprimidas y atestadas detrás de la muralla fortificada de la ciudad. A fines de la Edad Oscura, cuando presumiblemente había crecido bastante respecto de su tamaño inicial, la Vieja Esmirna contaba con sólo unas 500 viviendas chicas dentro y fuera de sus murallas, lo

[4] El reciente e inesperado descubrimiento (véase *Illustrated London News* del 6 de abril de 1968) de fragmentos micénicos III*e*, submicénicos y protogeométricos en Sardis, posible capital interior de Lidia, crea nuevos interrogantes. Más que otro caso de verdadera migración griega del tipo que estamos considerando, puede tratarse de una vinculación con los movimientos de refugiados del 1200 aproximadamente, como los de Chipre y de Tarso, que se continuaron con conexiones comerciales.

5. *El mundo griego arcaico*

que representa una población de quizá 2.000 personas.

Ésta fue también una "edad oscura" en lo que respecta a la mayor parte de las poblaciones nativas del Asia Menor occidental; además, tenemos pocos elementos para fundamentar una opinión sobre las relaciones entre ellas y los griegos recién llegados. Se ha sugerido que los griegos pudieron subyugar a los pueblos de las inmediaciones y emplear a los hombres para trabajar bajo su dependencia. Si bien esta conjetura es factible —ya que los migrantes griegos hicieron eso mismo durante los tiempos históricos en el Asia Menor, en las costas del mar Negro y en el oeste—, no podemos darle más que ese carácter. Incluso no podemos ponerle nombre a los nativos. Posiblemente estaban allí los misteriosos carios aunque los libios no habrían llegado todavía. Los únicos que han salido a la luz hasta el momento son los frigios, pero en esta etapa primitiva estaban demasiado alejados para considerarse vecinos. Aun cuando llegaron al Asia Menor a través de los Dardanelos en un tiempo posiblemente próximo al de las primeras migraciones griegas, estaban concentrados muy lejos de la costa. Hacia el siglo VIII a.C., Gordio —su centro más importante, ubicado a más de 322 kilómetros de las orillas del Egeo— era grande, rico y poderoso y tenía una cultura, heredada en parte de los hititas, que tecnológica y materialmente estaba más avanzada que la de los griegos. Para estos últimos, Frigia era el reino de Midas, cuyo toque convertía todo en oro. Gordio fue destruida a comienzos del siglo VII por los cimerios que, provenientes de las estepas rusas de allende el Cáucaso, arrasaron la zona. Y éste fue el final de la época dorada de Frigia. Cuando se habla de este pueblo en los textos griegos clásicos, se lo considera como fuente principal de esclavos

para los griegos, quienes los empleaban, por ejemplo, en las minas de plata de Atenas.

A partir del siglo VIII a más tardar, las importaciones e influencias artísticas frigias resultan visibles no sólo en la parte griega del Asia Menor, sino también en la misma Grecia, observándose asimismo estrechas relaciones con las civilizaciones más orientales. Los arqueólogos han descubierto lo que parecen ser los vestigios del "camino real" de los hititas a través de Anatolia y que los frigios se ocuparon en conservar. No obstante, ésta no era la ruta principal de las influencias orientales hacia el mundo griego de la Edad Oscura, sino la ruta de Siria, con Chipre como escala fundamental intermedia. El contacto entre Grecia y el Cercano Oriente nunca se interrumpió en forma total; no pudo haberse interrumpido aunque más no fuera por el hecho de que los griegos tenían la necesidad imperiosa de importar metales —cobre, estaño y luego, cada vez más, hierro— que en esa época provenían en gran parte, si no en su totalidad, del este.

A pesar de que Chipre había sido devastada por los "Pueblos del Mar", la explotación de las minas de cobre casi nunca se detuvo realmente. Además, hacia el siglo XI la isla era también importante por su metalurgia del hierro y su influencia resulta evidente en las armas de Grecia continental. Es muy significativo el hecho de que los principales centros chipriotas empezaron de ahí en adelante a desarrollarse en las costas del este y el sudeste que están más próximas a Siria. Enkomi cedió su lugar a Salamina, cercana a aquélla, que quizá fuera originariamente una fundación griega de los alrededores del 1100, y en el siglo X los fenicios constituyeron en Citio su centro dentro de la isla. En los siglos posteriores todos los imperios del Cercano Oriente conquistaron Chipre por turno

—primero los asirios, luego los egipcios y finalmente los persas—, aunque no siempre lograron mantener el control. El resultado fue una civilización híbrida que resulta difícil clasificar. Aun cuando el griego era el idioma de la mayor parte de la población, se mantuvieron asimismo en uso una lengua pregriega no identificada y el fenicio (el documento chipriota más antiguo escrito en ese lenguaje, una tablilla de imprecación, data de los alrededores del 900). El arte se hizo más levantino que griego, según vemos en las "tumbas reales" de Salamina, recientemente descubiertas, correspondientes a los siglos VIII y VII.[5] Para ese entonces la realeza ya había desaparecido del mundo griego, pero sobrevivió en Chipre mientras la isla retuvo alguna forma de autonomía.

Es probable que la estrecha conexión con Oriente (y quizás el control ejercido por esta zona) sea lo que le permitió a Chipre aventajar a los griegos anatolios durante la Edad Oscura. Durante las excavaciones realizadas poco antes de la última guerra, el descubrimiento de un puerto antiguo en Al Mina, en el delta del río Orontes en Siria del Norte (que en realidad hoy está dentro de los límites de Turquía), sacó a la luz uno de los puestos de enlace importantes del continente asiático. Las cerámicas chipriota y local de Al Mina se remontan al siglo IX y posiblemente sean anteriores a esa fecha. Hacia el 800 aparece la alfarería griega, que luego se hace cada vez más abundante y continúa en vigencia después de la conquista asiria de la región a fines del siglo VIII. Las fuentes de las piezas de alfarería griega más primitivas no estaban en el Asia Menor, sino en Eubea, en las Cícladas y, más tarde, en Corinto y en otros sitios.

[5] *Illustrated London News* del 18 de noviembre y del 2 y 16 de diciembre de 1967.

Ninguna de las pruebas indica cuál fue el elemento de intercambio, pero tenemos casi la seguridad de que el metal era, como siempre, la principal preocupación griega. La presencia de tanta cerámica griega sugiere intervención directa, aunque debe señalarse que el puerto era sólo un puesto de intercambio y no una población permanente de migrantes en el Asia Menor. Sin embargo, no carece de significación el hecho de que en los poemas homéricos el comercio marítimo era virtualmente monopolio de los fenicios y que, para Homero, así como para Herodoto en el siglo v, "Fenicia" comprendía todo lo existente desde el límite cilicio-sirio hasta Egipto.

Como no se ha encontrado ningún escrito en Al Mina, su nombre antiguo nos resulta desconocido. Es posible que se tratara de Poseidón; según Herodoto (III 91), esta ciudad marcaba en su época el límite norte de una de las provincias persas o satrapías. Lo único que él pudo decirnos acerca del pasado de Poseidón es que había sido fundada por uno de los héroes legendarios griegos: Anfíloco. Además, en general, cuando los griegos orientales llegaron por fin a escribir su historia, cosa que no ocurrió hasta el siglo v a.C., el período primitivo quedó representado por relatos que son poco más que narraciones de fundaciones efectuadas en torno de determinados individuos y relatos de incidentes aislados, generalmente conflictos. No hay narraciones que se remonten más allá del siglo vi y tampoco resultan de interés en cuanto a los hechos fundamentales de la historia social o institucional. El cuadro que nos han dejado es el de una esquemática y sentimental lectura retrospectiva del pasado correspondiente a los valores y pretensiones de una era posterior, un "viaje mítico" para el presente. Herodoto mismo se sentía un tanto confuso. Al sugerir que Polícrates de Samos

(III 122) fue el primer griego que buscó un imperio marítimo, explicó que estaba "dejando de lado a Minos" y a otros como él, y que Polícrates fue el primero "en lo que se llama el tiempo de los hombres". Podríamos explicarlo como el primero de los tiempos históricos, a diferencia de los míticos.

El único elemento de comprobación que poseemos, la arqueología, no puede descubrir relatos acerca de los fundadores individuales o los incidentes específicos. No obstante, ella ha dado por falso un elemento fundamental de las tradiciones sobre la colonización jónica primitiva que se creía había sido una acción única, organizada y proveniente de Atenas, donde se habían congregado muchos refugiados de los dorios, incluso hombres de Pilos que estaban bajo el dominio del rey Neleo. Es cierto que Atenas desempeñó un papel en algunas de las colonizaciones jónicas, pero lo demás tiene escaso fundamento. Los anticuarios griegos que llevaron la historia al papel más de 500 años después no tenían idea del gran derrumbe producido cerca del 1200 a.C., tampoco sabían de la Edad de Bronce y, en consecuencia, no advertían la considerable duración que tuvo la Edad Oscura.

Ellos no sabían, no podían saberlo, que había existido un lapso de quizá 15 años entre la destrucción de Pilos (que no fue obra de los dorios) y los primeros movimientos a través del Egeo; éste fue demasiado prolongado para que una multitud de refugiados de Pilos esperara en Atenas, cosa que, de todos modos, en sí misma es una situación improbable. Esa única expedición colonizadora es pura ficción, mientras que el papel fundamental que jugó Atenas en el desarrollo y la difusión de la cerámica protogeométrica, que es un hecho, se olvidó por completo (asimismo, dudamos de que los griegos de épocas posteriores pudieran haber

reconocido este tipo de alfarería como propia).

Resulta inútil seguir en detalle las tradiciones griegas que surgieron más adelante acerca de la Edad Oscura en el Asia Menor. Tampoco son sustancialmente mayores las posibilidades con respecto a la misma Grecia, donde las tradiciones hasta el 800 ó 750 a.C. son del mismo tipo y calidad. Debemos ocuparnos en cambio de la documentación escrita más antigua, la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, dos poemas épicos que constan respectivamente de unos 16.000 y 12.000 versos. ¿Qué podemos extraer de ellos como fuentes de información histórica? Tal vez no exista cuestión que provoque mayor controversia y menos acuerdo que ésta sobre los griegos primitivos, pero no podemos menos que establecer en este libro la posición que hemos adoptado.[6]

Los dos poemas se escribieron en Jonia, la *Ilíada* quizás a mediados del siglo VIII y la *Odisea* un poco después; sus autores fueron dos poetas diferentes que trabajaron sobre la misma tradición. Constituyen la culminación de una larga experiencia en poesía oral que practicaban los bardos profesionales que viajaban por todo el mundo griego. Con el transcurso de las generaciones ellos entretejieron muchos incidentes y tradiciones locales en torno de varios temas heroicos principales, empleando un lenguaje artificial y poético muy estilizado y formal; el dialecto básico es el jónico, pero asimismo incluyen el eólico y otros elementos. Sin duda hubo también bardos en el mundo micénico, pero la tradición subyacente en los poemas homéricos corresponde esencialmente a la Edad Oscura

[6] En este capítulo, lo que nos ocupa es la sociedad en que se crearon los poemas y no la narración de la guerra de Troya y sus consecuencias que ya se trataron en el capítulo anterior.

(y su existencia nos suministra un elemento importante para evitar que juzguemos al período sólo sobre la base de su empobrecimiento *material*). Se trata de una tradición que de manera deliberada hacía referencia a una época heroica *perdida* e incluso hay aspectos del propio mundo de los poetas que éstos hábilmente excluyeron. En la *Ilíada* y la *Odisea* se manifiesta un conocimiento considerable, aunque en modo alguno perfecto, de la ubicación de los centros micénicos más importantes, pero no hay una sola indicación de que el Asia Menor estuviera ya densamente poblada por los griegos; tampoco aparecen los dorios y, en realidad, no surgen distinciones —tanto en los dialectos cuanto en las instituciones— dentro del mundo griego, al margen de las diferencias de poderío. Sí aparecen los grandes palacios de los héroes, repletos de "tesoros" (*keimelion*). Cuando se logró por fin persuadir a Agamenón de aplacar la ira de Aquiles, su oferta incluía (además de siete ciudades y una hija como esposa con una gran dote) caballos de carrera, mujeres cautivas, "siete trípodes que nunca habían estado sobre el fuego, diez talentos de oro y veinte calderos relucientes", además de un cargamento de bronce proveniente del botín que calculaba obtener de Troya (*Ilíada* IX, 121-56). La Edad Oscura no poseía tesoros semejantes. En ese entonces, ni siquiera los guerreros podían tener más de una sola espada o punta de lanza después de la muerte y tampoco podían contar con ambas cosas a la vez. En realidad, a medida que pasó el tiempo la presencia de armas de cualquier tipo en las tumbas fue cada vez más escasa.

Hasta ahí podríamos imaginar que los bardos habían trasmitido de generación en generación hasta el siglo VIII un cuadro que podría reconocerse como perteneciente al final del mundo mi-

cénico. No obstante, haciendo un análisis más profundo, resulta que sus palacios no son micénicos ni en la estructura ni en los detalles (así como tampoco pertenecen a ningún otro estilo conocido), que su interpretación del uso de los carros de guerra se ha tornado incierta, que el sistema social de los poemas difiere cualitativamente del que figura en las tablillas de Lineal *B* (y en particular de la economía del palacio que está registrada en ellas) y que la misma terminología de administración y estructura social ha sido alterada en forma radical. Incluso sus relatos "realistas" sobre los tesoros delatan como mínimo un anacronismo notable. Las dotes, los caballos de carrera y las mujeres cautivas de la propuesta de conciliación de Agamenón son independientes del tiempo, o por lo menos no puede dárseles una fecha, pero éste no es el caso respecto de los "trípodes" de bronce y los "calderos relucientes". Aun cuando dichos objetos existían en el mundo micénico, éstos eran meras curiosidades, mientras que en la Edad Oscura llegaron a ser tesoros notables que se dedicaban sobre todo a los dioses, en especial hacia el final del período, cuando se escribieron la *Ilíada* y la *Odisea*. Se han encontrado algunos ejemplares completos y muchos fragmentos en Olimpia (lám. IV), en Delfos, en Delos, Creta e Itaca los hay, pero en menor número; en otros sitios los ejemplos son aislados.

Se produce asimismo un cambio significativo en las prácticas religiosas. El mundo micénico enterraba a sus muertos; en los poemas homéricos se los cremaba sin excepción. Y aquí debemos notar nuevamente una diferencia dentro de la misma Edad Oscura. Hacia los alrededores del 1050 la cremación de los adultos se había hecho universal en la mayor parte del mundo griego (con la curiosa excepción de la Argólida), pero

200 ó 250 años más tarde la inhumación retornó al continente mientras que la cremación continuó practicándose en Creta, las Cícladas, Rodas y Jonia. La *Ilíada* y la *Odisea* se ajustan en forma estricta en este punto a la Edad Oscura primitiva aunque los atavíos y ritos de duelo pueden ilustrarse sobre la base de las tumbas posteriores de la Edad Oscura y a las escenas que figuran en la cerámica "geométrica" posterior al 800. Es en este período cuando las figuras humanas y de animales vuelven a aparecer en el arte griego por primera vez desde la era micénica, sin embargo, el resurgimiento no llega a abarcar la representación de lo divino. No hay epifanías ni danzas rituales ni escenas de iniciación; hay muy pocas figuras que tanto en la escultura como en la decoración de las cerámicas, puedan ser dioses incluso haciendo una interpretación amplia. Esta rareza de las artes plásticas que consiste en el espíritu antropomórfico que domina los poemas homéricos resulta sorprendente (en especial por el contraste con los innumerables Zeus, Apolos y Afroditas idealizados que presenta el arte griego posterior).

En suma, los poemas homéricos retienen una cierta cantidad de "elementos" micénicos —lugares, armas, carros—, pero pocas instituciones o rasgos culturales de esta civilización. El cambio había sido demasiado profundo. Conforme las civilizaciones anteriores al 1200 iban retrocediendo hacia el pasado, los bardos no podían evitar "modernizar" el comportamiento y el medio social de sus héroes. Pero, de todos modos, hay una coherencia interior en la manera en que emergen las instituciones sociales si hacemos un estudio de la *Ilíada* y la *Odisea*, a pesar de los anacronismos que aparecen en ambos extremos de la escala cronológica. Se supone que este cuadro corresponde en general a la Edad Oscura y que transcurre en

su totalidad en la primera mitad de esa era. Además, está pintado al estilo de los poetas y no de los historiadores o cronistas, no es preciso ni siempre exacto y, si bien sus proporciones son con seguridad exageradas, no llegan a ser puramente imaginativas.

El mundo de Agamenón, de Aquiles y de Ulises era un mundo de reyezuelos y nobles que poseían las mejores tierras con rebaños de cantidad considerable y cuya existencia señorial se interrumpía con frecuencia a raíz de incursiones y guerras locales. La familia noble (*oikos*) constituía el centro de la actividad y del poder. Tal poderío dependía de la riqueza, de las proezas personales, de las conexiones a través del matrimonio y las alianzas y de la cantidad de criados. Las tribus u otros grupos grandes de parentesco no tienen asignado un papel especial. Durante los veinte años que Ulises estuvo fuera de Itaca, los nobles se comportaron en forma escandalosa hacia su familia y sus posesiones pero su hijo Telémaco no contó con un grupo de parientes para pedirles ayuda. Tampoco la comunidad podía imponer sanciones, ya que no estaba integrada en forma total, ni estaba organizada y dotada adecuadamente para hacerlo. En principio se aceptaron los derechos de Telémaco como heredero de Ulises pero él carecía del poder para hacerlos valer. El asesinato de Agamenón por su esposa Clitemnestra y su amante Egisto determinó una obligación de venganza por parte de su hijo Orestes y, salvo por el hecho de que Egisto gobernó en lugar de Agamenón, los demás aspectos de la vida de Micenas permanecieron sin cambios. El rey que tenía poderío era juez, legislador y comandante; había ceremonias, rituales y normas aceptadas, así como un código de honor, según el cual vivían los nobles; éste incluía cofradías, intercambio de presentes,

sacrificios a los dioses y ritos de inhumación apropiados. Sin embargo, no existía ni aparato burocrático, ni sistema legal formalizado ni mecanismo constitucional. El equilibrio del poder estaba delicadamente balanceado, la tensión entre el rey y los nobles era crónica, así como también frecuentes las luchas por el poder.

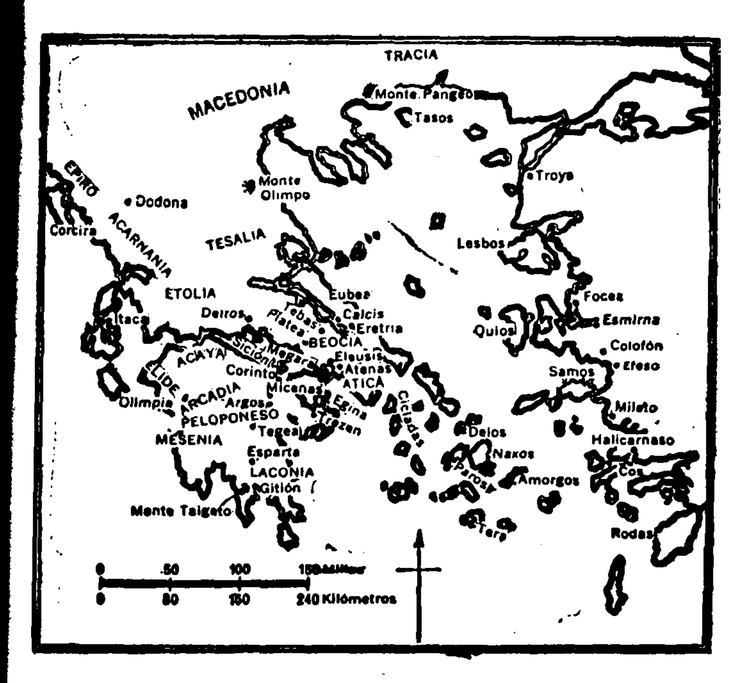
Es cierto que Telémaco convocó una reunión de la asamblea en Itaca para formular su demanda contra los opositores nobles. Sin embargo, el organismo escuchó a las dos partes sin pronunciarse en favor de una u otra, actitud que, por otra parte, la asamblea siempre asume en ambos poemas. En general, el silencio del pueblo constituye la dificultad más ardua que éstos presentan para el historiador. La presencia de aquél se nota en todo momento, incluso en las batallas, pero sólo como una masa indefinida cuya situación no llega a apreciarse con claridad. Algunos, principalmente las mujeres cautivas, se llaman esclavos, pero, sin embargo, no parecen estar en peores condiciones que los otros. Algunos especialistas como los videntes, los bardos, los artesanos metalúrgicos, los artesanos de la madera y los médicos, están en un nivel social más encumbrado. Hay actividad marítima y un interés vital por el comercio, y más exactamente por la importación de cobre, hierro, oro, plata, telas finas y otros lujos. Aun cuando a los comandantes se les permite salir en expedición con tal propósito, en términos generales el intercambio y el comercio parecen estar a cargo de los extranjeros, en especial de los fenicios. Para Ulises era un insulto grave que lo llamaran mercader; los hombres de su clase intercambiaban efectos de modo ceremonioso o se apropiaban de ellos mediante el saqueo. Toda esta vaguedad acerca de la gente común puede atribuirse en parte a la deliberada concentración de los poetas en las haza-

ñas de los héroes, pero también puede explicarse —en realidad— por la ausencia de las categorías sociales marcadas de las sociedades posteriores, en particular de categorías tan definidas como "libertad" y "servidumbre". La división fundamental de clases en nobles y plebeyos está suficientemente clara pero, por encima y por debajo de esa línea, las distinciones se presentan confusas, como tal vez lo fueran en la realidad.

Sería inútil afirmar que esto nos proporciona una base para reseñar la *historia* de la Edad Oscura. Lo único que podemos sugerir es que, con posterioridad a la eliminación de los gobernantes del mundo micénico, y con ellos, de toda la estructura de poder que dirigían, la sociedad tuvo que reorganizarse con nuevos elementos y nuevos valores, adecuados a la situación material y social del momento, en la cual suponemos que los migrantes fueron un factor digno de tener en cuenta. Si la destrucción del mundo micénico implicó también alteraciones sociales internas, cosa posible pero no demostrable, este hecho habría asimismo influido en la forma de los nuevos elementos. Lo que ocurrió en los siglos inmediatos posteriores no puede haber sido igual en todas partes, a pesar de la imagen de uniformidad que vemos en Homero. Desde el principio, las poblaciones que se establecieron en el Asia Menor fueron pequeñas unidades territoriales ubicadas alrededor de un núcleo urbano (al igual que todas las poblaciones griegas que con posterioridad se establecieron en otras zonas). A juzgar por la arqueología, existieron centros similares desde comienzos de la Edad Oscura en Grecia continental así como en algunas islas del Egeo. Los poetas suponen que éstos eran la regla general pero todavía en su época, y durante varios siglos más, regiones enteras de Grecia —Tesalia y Etolia, por ejemplo— carecían en reali-

dad de centros urbanos y estaban organizadas de modo rudimentario como sociedades agrarias y pastoriles. Lo que era aparentemente uniforme, no obstante, era la estructura de clase que sugieren los poemas, con una clase superior aristocrática y un rey o caudillo que era poco más que "primero entre sus pares". Cuánto era más (o menos) es asunto particular de cada caso y, según sabemos a través de otros indicios, para la época en que se escribieron la *Ilíada* y la *Odisea* los "pares" habían hecho caso omiso del rey, reemplazando la monarquía por la aristocracia. Aun cuando se manifieste en forma vaga, la gente común también tenía existencia como cuerpo colectivo (quienquiera que integrara "el pueblo" o *demos*), pero no se configuraba como fuerza política en sentido constitucional alguno.

Resulta curioso que, a pesar de que los poetas eran conscientes del lazo común que unía a todos los griegos, un vínculo de idioma, religión y forma de vida (pero, ni en ese momento ni después, de un lazo político o de una renuencia a hacerse la guerra entre sí), la *Ilíada* y la *Odisea* no se refieren a ellos con el nombre que les es propio desde el siglo VIII, como mínimo, hasta nuestros días. Figuran como los helenos y su mundo es la Hélade; "su mundo" pero no "su país" en la Antigüedad, ya que nunca estuvieron unidos políticamente y, por lo tanto, la Hélade era una abstracción como pudo serlo la cristiandad en la Edad Media o el Islam en la actualidad. En los poemas homéricos los griegos tienen tres nombres diferentes: aqueos, argivos y dánaos; los dos primeros han sobrevivido como nombres de localidades específicas de Grecia (mapa 6), mientras que el tercero ha dejado de usarse. Sin embargo, es virtualmente cierto que las palabras Hélade y heleno ya eran corrientes en el siglo VIII, como es probable que lo fueran



6. *Grecia arcaica y la costa de Asia Menor*

también las genealogías que inevitablemente se inventaron para explicar las divisiones históricas por dialecto, "raza" u organización política: Heleno, hijo de Deucalión, tuvo tres hijos llamados Doro, Juto y Eolo, y así sucesivamente. Además, ya en el siglo VIII existían, en forma embrionaria, instituciones panhelénicas, entre las que se destacaban ciertos oráculos y los juegos olímpicos.

En este siglo, por último, los griegos retoman la escritura, en la forma del alfabeto que, con algunas modificaciones, tomaron de los fenicios. En cuanto a este hecho, la tradición griega tenía razón (aunque ellos no tenían idea de la fecha). Es posible al buscar su origen rastrear hasta la

escritura semítica del norte y, en especial, hasta la escritura cursiva que se usaba en la actividad comercial en vez de los caracteres monumentales de Biblos, por ejemplo. Al Mina puede haber sido el punto de contacto y difusión, pero esto es tan sólo una conjetura y los primeros prestatarios fueron quizá los pueblos de Eubea, Creta y Rodas. Ellos lo tomaron de manera más o menos independiente, y a partir de éstos este arte se fue difundiendo por una red complicada de rutas a todas las comunidades griegas. No comprendemos con claridad las razones inmediatas por las que el alfabeto se adquirió en ese momento (probablemente antes del 750) ni por qué se difundió con tanta rapidez. Iba a pasar todavía mucho tiempo antes de que los griegos hicieran uso formal de esta nueva técnica para las crónicas o los textos religiosos, dos de los empleos principales de la escritura en el antiguo Cercano Oriente. Originariamente los griegos parecen haberse dedicado a la poesía y a lo que puede llamarse sus propósitos mnemónicos y de clasificación, es decir, en la inscripción de nombres en objetos de cerámica, lápidas y cosas por el estilo y, por otra parte, en la anotación de listas que merecían la atención y el recuerdo público, como las de los vencedores olímpicos.

En resumen, los poemas homéricos se refieren a la Edad Oscura e incluso a una época algo anterior, pero se compusieron al comienzo de una nueva era. Por una norma convencional, el período siguiente (del 800 al 500 a.C. aproximadamente) se conoce como "arcaico", palabra ésta tomada de la historia del arte y, más precisamente, de la escultura (así como se adopta el término "clásico" para la era subsiguiente). El resto del libro estará dedicado al estudio de la Grecia arcaica.

CAPÍTULO VIII

LA SOCIEDAD ARCAICA Y LA POLÍTICA

Los dos fenómenos que signan a la Era Arcaica son la aparición y el paulatino desarrollo de la estructura comunitaria griega típica: la *polis* (que convencionalmente, y debido a una traducción no del todo correcta, se da en llamar "ciudad-Estado") y la vasta expansión de la Hélade desde el extremo sudeste del mar Negro hasta casi el Océano Atlántico en el transcurso de alrededor de doscientos años.

Ya hemos señalado que durante la Edad Oscura la comunidad había tenido tan sólo una existencia indefinida como organismo político. Si bien no podemos determinar la forma en que los elementos desdibujados fueron tomando cuerpo, el proceso se basa, en el fondo, en la creación de instituciones que, por intermedio de organismos y normas *formales* de la autoridad, sometieron incluso a los hombres más poderosos. Esto no fue tarea simple; la tensión entre los organismos de la comunidad y las aspiraciones de poder de los individuos ambiciosos continuaron siendo factor de discordia en la sociedad griega no sólo en el período arcaico sino también en el clásico. Una etapa fue la eli-

minación de la realeza,[1] y —cosa curiosa— este hecho no se menciona en las leyendas y tradiciones griegas. El contraste a este respecto con la historia romana primitiva no podría ser mayor. Con el tiempo, los romanos elaboraron una historia completa y detallada de cada uno de los reinos y sus reyes que culmina con la expulsión del último de ellos, Tarquino el Soberbio, en el 509.[2] La abolición de la realeza se relata, en este caso, como una liberación de la dominación etrusca, lo cual explica en parte su atractivo y permanencia dentro de las leyendas romanas. Los griegos carecían de tal estímulo. El silencio que guardaron acerca de este aspecto de su pasado indica que, de todos modos, a pesar del Agamenón o los Ayax de los poemas homéricos, los verdaderos gobernantes que tuvieron en la Edad Oscura fueron meros caudillos dentro de un conjunto de "muchos reyes" cuya desaparición de la escena no fue ni dramática ni memorable. Sin ellos, los nobles se vieron obligados a formalizar los organismos consejeros antes informales que vemos en acción en los poemas homéricos. Así aparecieron los consejos y organismos gubernamentales (que denominamos "magistraturas", tomando la palabra del latín) con prerrogativas y responsabilidades más o menos definidas y con un mecanismo de selección y rotación, pero siempre circunscritos al grupo cerrado de la aristocracia terrateniente.

Estas comunidades eran pequeñas e independientes (a menos que se encontraran sometidas

[1] En el capítulo IX trataremos un caso de supervivencia en Esparta. Debe notarse asimismo que la palabra *basileús*, "rey", siguió usándose para funcionarios tales como los magistrados encargados de los asuntos religiosos de Atenas, sin que implicara condición real.

[2] Véanse, por ejemplo, los dos primeros libros de la historia de Tito Livio.

por la fuerza). Siguiendo el modelo residencial corriente de la región del Mediterráneo, contaban con un centro urbano, aunque no fueran más que un pueblo, donde residían muchos de los habitantes (en especial los poderosos). La plaza de la ciudad, un espacio abierto, estaba reservada: a sus lados se encontraban los principales edificios civiles y religiosos[8] pero se cuidaba de dejar libre su acceso, de modo que todo el pueblo pudiera congregarse cuando fuera necesario. En su acepción original, el ágora era un "lugar de reunión", mucho antes de que empezaran a instalarse allí negocios y puestos. Por lo tanto, la traducción común de la palabra *ágora* como "mercado" sólo pocas veces está bien empleada y otras resulta totalmente incorrecta. En general, había también una acrópolis o sea un punto elevado que servía como ciudadela para la defensa. La ciudad y el campo estaban concebidos en esencia como una unidad y no, como era corriente en las ciudades medievales, como dos elementos antagónicos. Esto se trasladó al lenguaje, identificándose a la comunidad con el pueblo y no con el lugar. Los antiguos griegos podían expresar la idea de Atenas como comunidad o como unidad política diciendo solamente "los atenienses". La palabra "Atenas" muy rara vez se empleaba en otro sentido que no fuera el geográfico; se viajaba hacia Atenas pero se hacía la guerra con los atenienses. Por supuesto, el ritmo de desarrollo de estas comunidades autónomas y apartadas era muy desparejo, así como eran considerables las diferencias en el producto final. La comunidad de los siglos VIII y VII tenía que evolucionar mucho todavía para llegar a convertirse en la clásica *polis*. Pero, no obstante, el germen de esta última ya había aparecido en el período arcaico primitivo.

[8] Sobre los primeros templos, véase el capítulo XI.

La fragmentación que caracterizó a la Hélade se explica de alguna manera por su geografía. Gran parte del terreno de Grecia propiamente dicha es una especie de tablero compuesto por montañas y pequeñas llanuras o valles que posibilitan el aislamiento de cada grupo de habitantes respecto de los otros. La zona costera del Asia Menor tenía, en rasgos generales, la misma estructura, lo cual daba lugar a la instalación de poblaciones de características similares. Las islas del Egeo eran también montañosas y en su mayoría muy pequeñas. Sin embargo, la geografía no ofrece una explicación suficiente, en especial respecto de la evolución posterior griega. No puede explicar, por ejemplo, por qué toda el Ática estaba unida políticamente mientras que la cercana Beocia, cuya extensión no era mucho mayor, contaba con doce ciudades-Estado independientes que, en general, pudieron resistir con éxito los embates de la más grande de ellas, Tebas, para dominarlas; tampoco nos dice por qué una isla como Amorgos, de dimensiones reducidas, tuvo tres *poleis* separadas hasta el final de la era clásica; y, por sobre todo, no explica las razones por las que los griegos trasplantaron la comunidad pequeña a Sicilia y al sur de Italia, lugares que se prestaban, por su geografía y por la necesidad de autoconservación de los nuevos pobladores, para abarcar territorios mucho más extensos dentro de la misma estructura política. Resulta evidente que estaba en juego algo mucho más importante: la convicción de que la *polis* era la única estructura adecuada para la vida civilizada. Esta convicción la resume Aristóteles (*La Política* 1253*a*7 sigs.) en los últimos tiempos de la independencia griega cuando define al hombre como *zôon politikon*, o sea, como un ser destinado a vivir en la *polis*.

Las comunicaciones terrestres de un comparti-

mento a otro eran lentas y dificultosas, resultando a veces realmente imposibles si se oponía resistencia. Las vías fluviales interiores eran casi inexistentes, lo que determinó que el mar fuera la ruta habitual para los griegos incluso —siempre que fuera posible— para recorrer distancias relativamente cortas. En la Antigüedad, los griegos se convirtieron en el pueblo del mar por excelencia pero, no obstante, su actitud hacia éste es de notable ambigüedad: si bien era la morada de esas ninfas encantadoras llamadas Nereidas, estaba gobernado asimismo por Poseidón, a quien los hombres temían y aplacaban pero no amaban. Sin embargo, cuando se vieron obligados a expandirse constantemente, a partir de mediados del siglo VIII, se lanzaron al mar en dirección oeste y noreste. Hacia fines de la Era Arcaica, la Hélade cubría una región enorme: desde las costas norte, oeste y sur del mar Negro, pasando por el Asia Menor occidental y Grecia propiamente dicha (incluso las islas egeas) hasta gran parte de Sicilia e Italia del sur, continuando luego hacia el oeste sobre ambas orillas del Mediterráneo hasta Cirene, en Libia, y Marsella, así como hasta algunas ciudades costeras españolas. Pero, fueran a donde fueran, siempre se establecían a orillas del mar y no en el interior del territorio.

El mar no era el único elemento común del medio que rodeaba estas apartadas regiones. Desde el punto de vista ecológico compartían (con pocas excepciones) lo que se da en llamar popularmente el clima y vegetación "mediterráneos" que permiten e incluso invitan a la vida al aire libre, tal como la conocemos aún en la actualidad. Los veranos son cálidos y soleados, los inviernos tolerables y, en general, no nieva en la zona costera, ni en las llanuras; los olivares y los viñedos crecen con profusión, abundan las flores, las praderas

producen cereales y vegetales, el mar es rico en peces y hay pastos adecuados (que en algunos lugares llegan a ser muy abundantes) para la manutención como mínimo, de los animales más pequeños. En general, nada es exuberante; por lo tanto, la agricultura y las pasturas necesitan atención continua, pero, por otra parte, las necesidades de la vivienda, en especial la calefacción, pueden solucionarse por medios bastante primitivos. Sólo los metales y la madera para la construcción de barcos causan serias dificultades debido a su escasez: se los encuentra únicamente en unas pocas localidades que a veces están bastante distantes. El agua potable también puede constituir un problema; en efecto, ésta es la causa de que tanto en la leyenda como en la realidad se dé tanta importancia a los manantiales y las fuentes.

Esquemáticamente, el movimiento griego de "colonización" puede sintetizarse en dos grandes olas migratorias (sin contar las poblaciones anteriores que se establecieron en el Asia Menor). La ola occidental empezó alrededor del 750 a.C. y se mantuvo con mucha fuerza hasta mediados del siglo siguiente, cuando el proceso llegó a completarse en lo esencial. La migración hacia el noreste comenzó antes del 700 con las poblaciones que se asentaron en la región de Tracia, en las islas cercanas, como Tasos y Tróade en el Asia Menor, continuando desde el 650 con sucesivos movimientos hacia la zona del Helesponto y luego a lo largo de ambas márgenes del mar Negro. Éstos se detienen recién al final del siglo VI en la desembocadura del Don, sobre la costa norte, y en Trapezo (hoy Trebisonda), ubicado en el extremo sudeste. Los relatos antiguos de estos movimientos no nos proporcionan mucha ayuda. Un ejemplo razonablemente serio como la historia aceptada de la

fundación de Siracusa en Sicilia, según la versión del geógrafo Estrabón (VI 2,4), dice así:

> Arquías, que venía navegando desde Corinto, fundó Siracusa en la misma época en que se establecieron Naxos y Megara (también en Sicilia). Se dice que cuando Miscelo y Arquías fueron a Delfos a consultar al oráculo, el dios preguntó si preferían la riqueza o la salud. Arquías eligió la riqueza y Miscelo la salud, por lo cual el oráculo le asignó al primero que fundara Siracusa y al segundo que fundara Crotona (en el sur de Italia)... Camino a Sicilia, Arquías dejó que parte de su expedición se estableciera en la isla que ahora se denomina Corcira (actual Corfú)... Este último expulsó a los liburnios que la ocupaban y fundó una población. Arquías, continuando su viaje, se encontró con algunos dorios... que se habían separado de los colonizadores de Megara; los llevó consigo y juntos fundaron Siracusa.

Estos resabios míticos y el énfasis puesto en algunos individuos y en sus reyertas, y no en aspectos sociales más amplios, son rasgos característicos de la mayoría de las tradiciones. Pero, por otra parte, estos relatos son más "históricos" que otros aún más vagos y confusos acerca de los traslados al Asia Menor que se produjeron con anterioridad, a principios de la Edad Oscura. Mientras que las migraciones primitivas tuvieron probablemente características de movimientos casuales y fortuitos, lo que se produce en esta oportunidad es un traslado organizado de la población aunque en cantidad reducida; era una emigración de grupos digitada sistemáticamente por las "ciudades-madre".

La palabra griega que comúnmente se asigna a ese tipo de nueva población en el exterior, *apoikia*, tiene la connotación de "emigración", pero no implica la dependencia inherente en nuestra "colonia". En general, cada *apoikia* era desde el comienzo, y en forma intencionada, una comunidad independiente que conservaba lazos sentimentales y a me-

nudo religiosos con la "ciudad-madre", sin estar sometida a ella ni política ni económicamente. En rigor, su independencia contribuía a conservar las relaciones amistosas con el viejo terruño, libres de las fricciones y conflictos que aparecen generalmente en el caso de condiciones coloniales. Debemos agregar que la designación de "ciudad-madre" era a menudo una elección un tanto arbitraria, ya que los que realizaron muchas de las fundaciones eran colonizadores provenientes de más de un lugar del viejo mundo griego.

De acuerdo con el esquema cronológico aceptado comúnmente, que se basa en la arqueología y en los esfuerzos de los anticuarios griegos, la colonia más antigua fue Cumas, cerca de Nápoles, y data de poco antes del 750 a.C. (para ser más exactos, se trata de la isla que hoy conocemos como Isquia, de la cual se fundó entonces Cumas). Sus colonizadores venían de Calcis y de Eretria, las dos ciudades más importantes de Eubea (que también actuaban en ese momento en Al Mina, en el Levante). Calcis fue también ciudad-madre de Zancla siciliana (luego Mesina), de Regio, sobre el lado italiano del estrecho, y de Naxos, Leontini y Catania (Katane en griego), en Sicilia oriental, todas fundadas, según la tradición, cerca del 730. Se les unieron otros eubeos en Zancla, exiliados mesenios en Regio, y megarenses en Leontini. Siracusa fue fundada al mismo tiempo por los corintios y "otros dorios" no identificados; Síbaris, en Italia del sur en el 720 aproximadamente, por hombres de Acaya con algunos otros de Trezen, en el Peloponeso; Gela, en el sur de Sicilia, en el 688 por los cretenses y los rodios. De ahí en adelante las fundaciones resultan más complicadas debido a las migraciones "interiores", ya que algunas de las colonias se convirtieron en su momento en ciudades-madre mientras seguían afluyendo

emigrantes del este. De este modo, Hímera se estableció alrededor del 650 con gente de Zancla y un contingente de exiliados de Siracusa; Selino entre el 650 y 630 con gente de Megara Híblea en Sicilia oriental; Cirene alrededor del 630 con gente de la isla egea de Tera; Massilia (Marsella) se pobló por el 600 con los focenses que provenían del Asia Menor, y Acragas (hoy Agrigento) en el 580 con gente de Gela y otros migrantes que venían directamente de la ciudad madre de esta última: Rodas.

Esta lista no está completa y además no tenemos seguridad sobre ninguna de las fechas tradicionales. Ya hemos dicho bastante como para señalar la cronología del movimiento, que en sus rasgos generales está respaldada por la arqueología, para destacar cómo se establecían las poblaciones junto al mar y para ilustrar sobre la cantidad, la diversidad y la extensión geográfica de las comunidades griegas en cuestión. Por lo tanto, es innecesario que lo repitamos con un catálogo de las fundaciones que se efectuaron en el norte del Egeo y en el mar Negro, para las que tanto los testimonios literarios como los arqueológicos son mucho más escasos. La población de la costa tracia del mar Egeo comenzó a fines del siglo VIII; aquí nuevamente las ciudades de Eubea están a la vanguardia, como puede apreciarse a través del nombre de la península Calcídica (de Calcis). Pronto aparecen en escena otras islas egeas: Paros, Rodas y, sobre todo, Quíox. Y luego, conforme el movimiento trasciende las costas del Egeo para llegar hasta las del mar Negro, Mileto se convierte en la ciudad-madre dominante (seguida por Megara). Si todas las referencias a la actividad milesia se tomaran al pie de la letra, podríamos creer que la ciudad fue totalmente despoblada, lo cual constituiría una prueba más del papel restringido que jugaba la "ciudad-madre".

Las tierras a las que migraron los griegos, las del este como las del oeste, estaban todas habitadas por una variedad de pueblos que tenían distintos niveles de desarrollo, es decir, por gente con intereses diferentes y con distinta capacidad de resistencia hacia los recién llegados. Los etruscos del centro de Italia fueron lo suficientemente fuertes como para detener la expansión griega en una línea trazada a partir de la bahía de Nápoles y, asimismo, bastante adelantados como para tomar de los griegos su alfabeto, mucho de su arte y de los elementos de su religión. Los sículos, no obstante, así como los tracios y los escitas de las zonas del norte del Egeo y del mar Negro, contaban con menos adelantos tecnológicos y sociales. Aun cuando las pruebas son poco consistentes y confusas, es probable que a algunos se los haya reducido a la realización de tareas semiserviles; otros fueron empujados hacia el interior del territorio, desde donde mantuvieron relaciones dificultosas y complicadas con los griegos durante los siglos siguientes.

El estudio de la lista de ciudades-madre (y de aquellas que, al parecer, no tomaron parte en la colonización) demuestra que existía poca correlación entre el tipo de comunidad fundada y la ciudad colonizadora. En particular, no hay ningún elemento en esa lista que justifique la opinión tan en boga en un tiempo de que la actividad colonizadora estaba *inspirada principalmente* por intereses comerciales. El énfasis que ponemos en las palabras "inspirada principalmente" es importante. No es nuestra intención negar del todo el aspecto comercial de la colonización, en especial la necesidad constante de metales. La isla de Isquia, que fue la primera población occidental, contaba con algo de hierro y era, además, un acceso a las regiones relativamente auríferas de Italia central. Evidentemente, las fundaciones que se efectuaron

en ambas márgenes del estrecho de Mesina tuvieron por objeto, poco tiempo después, controlar ese angosto pasaje hacia la costa occidental italiana. Da la impresión de que los primeros pobladores conocían el lugar y esa información sólo podía provenir de los mercaderes que ya habían estado en la zona. No obstante, lo dicho explica en forma insuficiente esos movimientos de dispersión que llevaron siglos. Sicilia, por ejemplo, carecía de metales y tenía muy pocas cosas que atrajeran la atención de los mercaderes griegos; en efecto, se pueden registrar sólo algunas incursiones aisladas de éstos, al igual que en la zona que rodea al mar Negro. Los testimonios arqueológicos de la actividad griega anterior a los primeros colonizadores resultan casi imposibles de hallar. En última instancia, la pregunta central es la siguiente: ¿qué motivación tuvieron los hombres que migraron, dejando sus hogares en Grecia, en las islas o en el Asia Menor, para establecerse en forma permanente en regiones desconocidas y a menudo hostiles, y que en lo esencial eran independientes desde el comienzo de sus ciudades-madre? No eran comerciantes, ya que éstos no abandonaban su lugar de asiento, por lo tanto sus intereses no eran en nada idénticos. Tampoco constituyeron los mercaderes un elemento significativo dentro de los grupos de migrantes que se sucedieron para unirse a los colonizadores originales o a las colonias secundarias como Hímera y Acragas, que en su momento se separaron de las que las habían precedido.

Podemos destacar esta diferencia sobre la base de la pequeña cantidad de auténticos puestos de intercambio que se establecieron con el tiempo como los lugares llamados Emporio (que en griego significa literalmente "estación de intercambio" o "mercado"). Uno de ellos estaba en España (hoy

Ampurias) y el otro en la desembocadura del río Don. También tenemos la interesante población de Naucratis, en el delta del Nilo, donde los faraones concentraban a los representantes de una cantidad de estados griegos, principalmente del Asia Menor, quienes se dedicaban al comercio con Egipto. Resulta revelador el hecho de que estos puestos sean tan escasos, así como la fecha de su fundación, que fue relativamente tardía: el Emporio español fue establecido por Masilia, y ella misma no se fundó antes del 600; la fecha de fundación de Naucratis fue un tanto anterior a la de Masilia, mientras que el Emporio ruso data de mucho después. Pero el punto más importante es que estos lugares no eran *poleis* griegas en sentido estricto, sino —al igual que Al Mina, que los precedió— puntos de unión entre el mundo griego y el no griego, mientras que todas las otras poblaciones nuevas —que alcanzaban cifras de docenas o de cientos— eran desde el principio comunidades griegas en todos sus aspectos. Esto significa, sobre todo, que eran básicamente poblados agrícolas establecidos por hombres que habían ido en busca de tierras. Se ubicaban en las proximidades del mar y si tenían buenos amarraderos tanto mejor, pero esto era una consideración secundaria. De ahí que, si bien fueron muchas las comunidades griegas en el sur de Italia, ninguna de ellas se estableció en el mejor puerto de la costa este que estaba en la Brundisio romana (hoy Brindisi). Por esto, la aristocracia de Siracusa, que llegó a ser la más importante de las nuevas comunidades occidentales, se llamó *gamoroi*, que en sentido literal significa "los que dividieron la tierra".

Si realizamos un análisis final, vemos que el único rasgo en común que presentaban todas las ciudades-madre era una situación de crisis lo suficientemente seria como para promover la movilización

de los recursos necesarios para una empresa tan difícil como lo es un traslado a regiones cruzando el mar —barcos, armaduras y armas, presumiblemente herramientas, semillas y provisiones— y la existencia del grado psicológico indispensable. Detrás de las historias tradicionales de contiendas personales, disputas y asesinatos que los griegos de épocas posteriores asociaron con algunas de las fundaciones individuales, se esconde un conflicto social mucho más profundo y más amplio. En este sentido no debemos exagerar el espíritu de aventura al estilo de los vikingos de la Grecia arcaica.

Hay un pasaje de Herodoto (IV 153), ante cuya brevedad no podemos conformarnos, que se refiere a la fundación de Cirene por parte de la gente de Tera y que nos da un indicio, y la ayuda de una inscripción de principios del siglo IV que apareció en Cirene y que parece ser el texto del pacto de los primeros colonizadores.[4] Lo que Herodoto dice es lo siguiente: "Los hombres de Tera decidieron enviar a otras tierras a un hermano de entre los hermanos, elegido al azar, de cada uno de los siete distritos de la isla, y dispusieron que Bato fuera su líder y su rey, para lo cual despacharon dos barcos de cincuenta remos". La inscripción agrega que la pena por negarse a ir consistía en la muerte y en la confiscación de la propiedad, además también se aceptaban voluntarios. Las cantidades eran, por lo tanto, pequeñas —doscientas personas a lo sumo— y no se incluían mujeres, lo cual nos re-

[4] El texto y la traducción de la inscripción (*Supplementum epigraphicum graecum* IX 3) pueden encontrarse en A. J. *Graham, Colony and Mother City in Ancient Greece* (Manchester University Press; Nueva York, Barnes and Noble, 1964), págs. 224-226. La colonia en cuestión no era la misma ciudad de Cirene sino una población apenas más antigua de una isla próxima a la costa.

cuerda lo sugerido anteriormente respecto del primer movimiento hacia el Asia Menor respecto de que los primitivos migrantes tomaron sus esposas de entre los nativos del lugar donde se establecieron. El hecho era compulsivo, aun cuando las familias con hijo único parecen haber estado exentas. ¿Por qué tanta presión? No lo sabemos. Para Herodoto y para la gente que más tarde escribió el "pacto" en la misma Cirene, toda la historia está vinculada con las órdenes de Apolo en Delfos y con una sanción para la dinastía de Bato que había tomado ilegalmente el poder en Cirene. Esto nos remite nuevamente a las explicaciones míticas características de la mayoría de los relatos sobre fundaciones. Pero el hecho concreto persiste y, aunque no conocemos la situación exacta, no podemos dudar que en Tera existía a mediados del siglo VII a.C. un exceso de población, lo que implicaba en potencia, si no en realidad, un conflicto social. Tampoco podemos negar que el mismo caso se diera en todos aquellos lugares donde se fomentaba la colonización activa y donde a menudo era probablemente obligatoria.

La crisis social se basaba en la naturaleza de la sociedad aristocrática y en la manera en que ésta evolucionó durante el transcurso de la Edad Oscura. La arqueología puede demostrar tanto el aumento de la riqueza y de las habilidades técnicas como el aumento de la población. Con la eliminación de los reyes en todas sus atribuciones menos en el nombre, la aristocracia parece haber cerrado sus filas, controlando gran parte del territorio (y en particular las mejores tierras) y creando los instrumentos políticos para monopolizar el poder. El énfasis que ponen las tradiciones posteriores en la genealogía, en las que cada "familia" noble se adjudica un antecesor divino o "heroico", es un signo evidente de la tendencia hacia una

aristocracia exclusiva de "sangre". La riqueza hizo posible su monopolio militar durante mucho tiempo; en efecto, los metales eran escasos y costosos, en especial el hierro con que se fabricaban las espadas y puntas de lanza. Aproximadamente a mediados del siglo VIII, se produjeron innovaciones en el diseño de los cascos, las armaduras y las armas que en parte estaban inspirados en los de Europa central y en los de Oriente. En otros cien años ya era de uso corriente la panoplia completa, desde el casco hasta las grebas, y ella estaba fuera del alcance de quien no tuviera medios económicos. La riqueza resultaba también esencial para la cría de caballos, actividad que cobró importancia con la aparición de la caballería, ya que estos animales han sido un arma militar particularmente aristocrática a todo lo largo de la historia. El lugar que ocupó la caballería en la Grecia arcaica es confuso y algunos historiadores tienden a restarle toda significación dentro del territorio griego. Sin embargo, no puede negarse que los caballos y sus jinetes tienen una aparición predominante en la cerámica pintada del período; que escritores griegos posteriores como Aristóteles pusieron gran énfasis en la caballería; que los emigrantes griegos fueron quienes la llevaron a Italia; o que la aristocracia que gobernaba Eubea recibió el nombre de Hippobotai o "criadores de caballos" hasta la época de Herodoto (V 77). Al menos debemos aceptar el valor de la caballería en las invasiones, como modo de darles movilidad a los luchadores fuertemente armados para llegar al campo de batalla.

La aristocracia utilizó, asimismo, sus riquezas para establecer lazos de patrocinio y obligación respecto de los plebeyos. Debemos admitir que desconocemos la situación de la mayoría de los campesinos y los artesanos, excepto en términos vagos.

Al margen de clases tales como los ilotas espartanos (que tratamos en el cap. IX), todavía queda sin resolver hasta qué punto las tareas manuales en los campos y praderas y en las casas de los nobles se realizaban en forma libre o semilibre, o si estos conceptos, en realidad, resultan aplicables de modo que tengan sentido para nosotros. Existían esclavos auténticos, mujeres y hombres cautivos, pero estos últimos aparecen en menor cantidad. Sin embargo, la difusión generalizada de la servidumbre, seres humanos que eran una pertenencia en sentido estricto, fue un fenómeno característico de los períodos clásico y posclásico, y por lo tanto no nos ocuparemos de él en este libro. Pero eso no implica que las clases inferiores fueran "libres" en el sentido que nosotros le damos a la palabra o en el que podía entender un ateniense del siglo v. Aunque ellos, sin duda, tenían derechos personales y de propiedad que estaban protegidos por la costumbre y aun cuando pueden haberse reunido en asamblea de tanto en tanto (como ocurre en los poemas homéricos), es más que probable que también tuvieran obligaciones en otros aspectos como la de pagar tributo con parte de su producción o de cumplir ciertas tareas en forma gratuita o de estar restringidos en el derecho de cambiar libremente de terreno o de oficio. Quizá se trate del mismo tipo de situación que implica la tradición romana, acerca de su propia época primitiva, con el empleo del término "clientes" (que no debemos confundir con el significado que fue adquiriendo la palabra en los períodos posteriores).

Asimismo debemos considerar la existencia de una clase media relativamente próspera, pero no aristocrática, compuesta por agricultores y algunos mercaderes, cargadores y artesanos. Aun cuando su origen e historia puedan resultar confusos, ellos

hacen su aparición en los fragmentos de la poesía lírica que comienza alrededor del 650 a.C. y constituyen el factor principal de las innovaciones militares más importantes de toda la historia griega aproximadamente en esa misma fecha. Una vez que la panoplia se refinó lo suficente, fue sólo cuestión de décadas para que algún comandante —posiblemente el semilegendario Fidón de Argos— viera la posibilidad de organizar una infantería fuertemente armada que se llamó de los hoplitas, formados en columnas y filas cerradas. Sus ventajas sobre la organización mucho más desordenada de los guerreros aristocráticos resultaron tan evidentes que, hacia fines del siglo VII, la falange se convirtió en la formación corriente en el mundo griego. Además, estas ventajas se acrecentaron con el simple ardid de aumentar el reclutamiento, lo que trajo aparejadas profundas consecuencias sociales. Las armas y las armaduras de los hoplitas eran costosas y cada soldado debía normalmente procurárselas con sus propios recursos. Por lo tanto, la innovación no consistió en democratizar el ejército (cosa que nunca se produjo entre los griegos y sólo se da de manera parcial en aquellos Estados que, como Atenas, contaban en el período clásico con naves tripuladas por hombres de las clases más pobres como principal arma militar). Sin embargo, la falange hizo posible por primera vez que los plebeyos de mayores recursos se desempeñaran en una función militar de importancia. Resulta tentador relacionar la desaparición de las armas en las tumbas con este proceso, ya que éstas dejaron de implicar una posición social exclusiva. Finalmente y a un nivel menos simbólico, el hecho de ocupar un puesto en la falange llevó con el tiempo a la formulación de exigencias para tomar parte en el gobierno político.

Vemos así cómo todas las clases se encontraron

incluidas en el conflicto social o *stasis* (para usar la palabra griega genérica), en las distintas combinaciones y alianzas. Dentro de la aristocracia misma eran corrientes las disputas por el honor y el poder; la creación de instituciones formales para la administración política simplemente cambió las condiciones en que aquellas se desarrollaban. Basta mencionar la muy conocida tradición ateniense acerca de que los Alcmeónidas provocaban continuamente desórdenes y actuaban por su cuenta en política, o acerca del monopolio de poder alcanzado por los Baquiadas de Corinto. También, dentro de los marginados, estaban aquellos que tenían más riquezas y que querían compartir las prerrogativas, y cuya exigencia se hizo más pertinaz y efectiva una vez que su actividad militar hubo adquirido peso dentro de la falange hoplita. Existían, por último, los pobres, la masa de trabajadores del campo, cuya situación parece haber empeorado con el aumento general de la riqueza y la prosperidad. Una población en constante crecimiento era de por sí un peligro, si es que no era ya un mal declarado: el territorio de Grecia y de gran parte de las islas egeas no daba abasto para una gran población. El poeta Hesíodo, del siglo VII, no sólo aconseja el casamiento tardío (a los treinta años), sino que agrega lo siguiente (*Los trabajos y los días* 376-8, 695-7): "Debe tener un solo hijo que alimente la casa de su padre, así la riqueza aumentará en el hogar; pero, si dejas un segundo hijo, debes morir viejo."[5] Además, la mejora del nivel de vida de las clases más pudientes debe de haber llevado a que éstas ejercieran mayor presión sobre las de menos recursos por la necesidad

[5] Traducido por H. G. Evelyn-White en la *Loeb Classical Library* (Cambridge, Mass., Harvard University Press; Londres, Heinemann).

de contar con mano de obra más abundante y diversificada, así como por la expansión de sus posesiones a regiones incluso más pobres y marginales. Por último, como escribe Aristóteles en su *Constitución de Atenas* (II 1-2), "se produjeron refriegas civiles entre los nobles y el pueblo por largo tiempo" porque "los pobres, con sus esposas e hijos, eran esclavos de los ricos" y "no tenían derechos políticos."

Esta afirmación lapidaria parece demasiado simple por el uso impreciso de la palabra "esclavos" y demasiado esquemática. Pero no estamos nosotros en condiciones de medir la universalidad que había adquirido la *stasis*. Sin embargo, la tradición acerca de las muchas peticiones de redistribución de tierras y de la cancelación de deudas no es ficticia.[6] Tampoco falseamos la verdad al destacar el monopolio aristocrático de la administración de justicia (así como el de las funciones sacerdotales). Hesíodo es lo suficientemente incisivo respecto de los "jueces ávidos de soborno" de su tiempo (*Los trabajos y los días* 263-4). Para las clases inferiores, a diferencia de las que estaban en mejor situación, los requerimientos económicos y la demanda de justicia tenían preeminencia sobre los reclamos acerca de los derechos políticos. La búsqueda de la justicia explica otra faceta de la tradición que se conserva: el papel del sabio legislador. La ley en manos de una aristocracia tradicional y cerrada, conservadora y exclusiva, en un mundo que apenas estaba aprendiendo a escribir, era un arma poderosa que cada vez se hizo más intolerable. Se hacía oír el grito de que no podía haber justicia mientras la ley no fuera de conocimiento público y su administración abierta y equitativa. Inevitablemente, los hombres que tuvieron a su cargo esta tarea cuando

[6] Véase el relato de Solón en el capítulo X.

la exigencia fue lo suficientemente insistente —como Solón de Atenas, Carondas de Catania y Zaleuco de Locros en el oeste— fueron a la vez reformadores y codificadores. A falta de precedentes, inventaron libremente, con ese tipo de originalidad compulsiva que caracterizó a todos los aspectos de la vida y la cultura de la Grecia arcaica. Una cosa debe quedar bien clara: la estructura política compuesta por magistrados, consejos y, eventualmente, asambleas populares, fue una mera invención. Algunos mitos y ritos de culto pueden haber sido tomados de oriente; la combinación resultó original, al igual que las formulaciones literarias que se remontan a la *Teogonía* de Hesíodo, y la idea misma de que un poeta, al carecer de vocación religiosa, tenía derecho a sistematizar los mitos acerca de los dioses. Incluso la falange fue una nueva creación, al margen del origen extranjero que pudieran tener los elementos de la panoplia hoplita.

Hay dos puntos referentes a estos legisladores arcaicos que merecen mención especial: uno de ellos es su autosuficiencia. Todos estaban de acuerdo en que la justicia provenía de los dioses, pero muy raras veces se referían a un enviado o a un consejo divino. El hecho de recurrir al oráculo de Delfos puede haber contribuido a sellar su obra con una especie de bendición divina, ya que ocasionalmente se habían formulado pedidos similares para aprobar una propuesta de colonización. Pero el orden era casi siempre el mismo: primero se formulaban las medidas y luego se consultaba a Delfos. Esta ambivalencia continuó siendo característica de la comunidad griega durante siglos. La actividad religiosa, siempre presente, se daba de modo constante; en épocas posteriores llegaron a inventarse oráculos de Delfos para reparar los muchos fracasos que se habían producido en el pasado al consultar a Apolo; sin embargo, la autoridad divina y su interferencia

en las vidas de los hombres y en las comunidades se aceptaba como parte de la naturaleza de las cosas. Al mismo tiempo, la comunidad encontraba la inspiración y justificación de sus actos en sí misma, es decir, en términos humanos.

El segundo punto consiste en la aceptación, por parte de los legisladores, de la desigualdad humana. La justicia no equivale a la igualdad o a la democracia en esta etapa. Solón escribe "Otorgué a la gente común privilegios suficientes", y con respecto a los que estaban en el poder agrega: "Me ocupé de que no sufrieran injusticias. Traté de cubrir a ambas partes con un fuerte escudo, sin permitir que ninguna de ellas triunfara injustamente" (citado por Aristóteles en la *Constitución de Atenas* (XII, 1). Resulta anacrónico ver en Solón una personalidad democrática. Es probable que la gente común, el *demos*[7], como auténtica fuerza política, haya estado relegada a principios del siglo VI; la soberanía popular no era todavía un problema.

Las palabras de Solón sirven para que tengamos presente que los desarrollos económicos, jurídicos y políticos de la Grecia arcaica se produjeron durante un prolongado período de luchas confusas, disparejas y no siempre continuas, pero que en los momentos críticos llegaron a ser muy violentas. En un principio, la oportunidad de enviar a un sector de la población al exterior para formar nuevas comunidades sirvió como válvula de escape; sin embargo, llegó al fin el momento —y parece ser que a mediados del siglo VII se alcanzó el punto crucial en muchas regiones— en que las soluciones externas ya no eran posibles o tampoco suficientes. La *stasis* se encendió de golpe, los individuos sediciosos y ambiciosos aprovecharon la oportunidad en bene-

[7] Existe una ambigüedad en el *demos* griego: puede significar "el pueblo en general" o "la gente común", según el contexto.

ficio propio y apareció el tirano, institución típicamente griega. Si bien en sus orígenes fue una palabra neutral, el término "tirano" definía al hombre que se adueñaba del poder y lo mantenía sin autoridad "legítima"; en este sentido, no implicaba juicio alguno sobre sus cualidades como persona o como gobernante. Ese juicio invariablemente peyorativo se emitió más tarde, por lo que los griegos al considerar retrospectivamente la época de la tiranía matizaron su historia de modo que ésta se ajustara a su nueva convicción moral, pero nunca ocultaron del todo el hecho de que había grandes diferencias entre uno y otro tirano e incluso de que algunos gobernaron bien y con benevolencia.

Resulta imposible entender la tiranía griega sin hacer primero un esfuerzo por liberar nuestra mente de la connotación de despotismo que ha implicado la palabra desde que los griegos clásicos elaboraron la asociación de esos términos. Veremos esto claramente al ocuparnos, en el capítulo X, de los Pisistrátidas de Atenas. No es que los descendientes de los primeros usurpadores no hayan llegado como regla general, en su esfuerzo por mantener el gobierno en manos de su dinastía, a ser déspotas brutales, siendo expulsados por esta causa; en efecto, todas las tiranías arcaicas tuvieron una existencia corta, en términos de generaciones. iSn embargo lo importante es que la aparición de las tiranías individuales y el papel que éstas desempeñaron tuvieron su origen en el contexto de la situación social y no simplemente en la calidad moral de ciertas personas.

La tiranía, que comenzó probablemente después de promediar el siglo VII, se extendió a muchas comunidades de Grecia continental y luego a las islas egeas, al Asia Menor y a las poblaciones occidentales. Herodoto es nuestra principal fuente de información, pero él no pretende conocer la cronología exacta; además, los esfuerzos realizados en este as-

pecto por los anticuarios y los historiadores griegos posteriores no merecen toda nuestra confianza; por lo tanto, en la mayoría de los casos es más conveniente no dar fechas precisas. El más antiguo y, de alguna manera, el más ambiguo de los tiranos fue Fidón de Argos, a quien Aristóteles presenta (*La Política* 1310b26-8) como a un rey que gobernaba dentro de esa tesitura, sugiriendo con agudeza que era un verdadero autócrata, a diferencia de los reyes hereditarios que lo habían precedido; quizá lo que le sirvió para afirmar su poder sobre los demás nobles fue la introducción de la falange. En el lapso de una generación aproximadamente aparecen otras tiranías típicas en Corinto, Sición y Megara, por mencionar sólo las más conocidas. Esta nómina indica, así como los ejemplos del siglo VI en Atenas, Naxos, Samos o Mileto, una gran (aunque no perfecta) correlación entre la tiranía por un lado y un desarrollo económico y político más avanzado, y en especial el urbanismo, por el otro. De ahí que las regiones más atrasadas, como Acarnania, Etolia o Tesalia, merezcan para el caso poca consideración.

El factor común consistía en la incapacidad de las aristocracias hereditarias para contener o resolver los crecientes conflictos, tanto aquellos que se producían dentro de sus mismas filas como los que concernían a los plebeyos más adinerados, a la población urbana en aumento y a la endeudada y empobrecida clase campesina. Otro factor era a veces el de los conflictos con otros Estados, como el de Argos contra Esparta o el de Atenas contra Megara. No es accidental que en las regiones "coloniales" la tiranía aparezca un siglo o más después, vinculándose luego frecuentemente con los problemas que ocasionaban sus Estados vecinos poderosos: Lidia o Persia al este, o Cartago al oeste. Polícrates de Samos se benefició mucho cuando ne-

cesitó organizarse de una manera sin precedentes para resistir a Persia y tuvo habilidad para lograrlo; otros, por el contrario, basaron sus tiranías menos espectaculares en el apoyo persa.

Así, vemos cómo la tiranía contaba con un aspecto militar. Sin embargo, no por esto debemos dejar de señalar la considerable popularidad de que gozaban los guardaespaldas y las tropas, ya fueran nativas o mercenarias. En todas las ciudades había elementos que *querían* un tirano, quienes esperaban que éste lograra, por medio de amenazas y de la fuerza, los objetivos sociales y políticos que ellos no se sentían capaces de llevar a cabo. En Atenas se produjo un levantamiento infructuoso encabezado por un hombre llamado Cilón alrededor del 630 a. C. Una generación después, el pueblo quiso que Solón se convirtiera en tirano, según el modelo de las tiranías vecinas de Megara y Corinto. Solón se negó —en un raro y notable acto de abnegación— y trató de producir la reforma por otros medios, pero el hecho fundamental es que hubo una presión importante. Además, en muchos lugares la tiranía llegó a realizar, a expensas de la aristocracia tradicional, precisamente lo que se requería de ella. Esto no debe hacernos pensar que los tiranos se consideraran los portadores de algún misterioso destino histórico, los precursores de la democracia o algo semejante; lo que ellos querían era el poder y el éxito y, si eran inteligentes y disciplinados, podían lograrlo desarrollando su comunidad. En efecto, le pusieron fin por una o dos generaciones a la paralizante *stasis;* formaron alianzas con otros Estados griegos mediante casamientos con miembros de otras dinastías y otros medios, convirtiéndose así en una fuerza pacificadora cada vez que ello era posible (puesto que a veces no lo era); alentaron la independencia de los campesinos y quizá promovieron el comercio y la actividad manufacturera (aun cuan-

do esto no se distingue con claridad en los testimonios de que disponemos); fortalecieron el sentido de comunidad mediante obras públicas y espléndidos festivales que, en su mayoría, se relacionaban con los cultos más importantes. Pero, sobre todo, terminaron por un tiempo con el hábito del anticuado gobierno aristocrático. La paradoja radica en que, a pesar de estar por encima de la ley y de la constitución, los tiranos en última instancia vigorizaron la *polis* y sus instituciones, contribuyendo a elevar al *demos*, o sea al pueblo en general, a un nivel de conciencia política: esto condujo en algunos Estados al gobierno del *demos*, es decir, a la democracia.

Por supuesto, la gran debilidad de la tiranía consistía en que su funcionamiento y características dependían demasiado de las cualidades personales del tirano; otra debilidad era su tendencia a la corrupción. El tirano no era el único hombre hábil y ambicioso del Estado, pero no había lugar para los reclamos de los otros; por lo tanto, la rivalidad política sólo podía expresarse como conspiración o asesinato. De ahí que la tiranía condujo estructuralmente, en general, en la segunda y como máximo en la tercera generación, al despotismo o a la guerra civil, concluyendo en abdicación o expulsión. Lo que siguió luego fue diferente en cada comunidad. Esos siglos de desarrollo desparejo del mundo griego habían dejado un legado permanente de considerable variedad. Dos Estados surgieron como los más importantes, siendo cada uno de ellos, a su modo, excepcional: Esparta, que evitó totalmente la tiranía, y Atenas, que iba a convertirse en el modelo de la democracia griega por excelencia así como en el poder imperial más importante de Grecia.

CAPITULO IX

ESPARTA

Uno de los rasgos más notables de Esparta era la peculiar relación que existía entre la *polis* y el territorio. La *polis* espartana estaba compuesta, al menos en teoría, por una única clase de "Iguales" (*homoioi*) que residían en el centro y que gobernaba a una población relativamente grande de súbditos. Esparta estaba situada sobre la margen derecha del río Eurotas en una planicie con algunas elevaciones de casi 1126 km², en el corazón del distrito de Laconia. Luego de haber conquistado Mesenia, su territorio total abarcó unos 5149 km², o sea que llegó a ser tres veces más extenso que el del Ática. Dada la naturaleza del territorio griego, esta cifra no es muy significativa. Sin embargo, lo importante es que Mesenia y, en menor medida, Laconia eran más fértiles que la mayoría de los distritos griegos, de modo que sus habitantes podían alimentarse sin recurrir a las importaciones, excepto en caso de luchas arduas y prolongadas. Laconia también tenía minas de hierro, cosa rara en Grecia, pero debemos admitir que no sabemos en qué momento comenzaron a explotarse. Su principal debilidad consistía en lo precario de su acceso al mar. En

rigor de verdad, Esparta misma estaba rodeada de tierra: el puerto más cercano que tenía era el de Gitión, a unos 43 km hacia el sur, y lo usaba para los barcos mercantes y como pequeña base naval.

Los espartanos en sí no eran un grupo muy grande. El contingente militar mayor que lograron reunir de sus propias filas luchó en la batalla de Platea contra los persas en el 479 a. C., con 5.000 hoplitas. En esa oportunidad, también prestaron servicio en su ejército 5.000 *periecos*, o sea hombres del resto de Laconia (y quizá algunos de Mesenia). Éstos eran libres y vivían en sus propias comunidades pequeñas (como Gitión), pero se diferenciaban del modelo griego corriente en que les faltaba autonomía en la esfera militar y, en general, en las relaciones externas. En esos aspectos eran súbditos de Esparta, debían aceptar la política espartana y luchar en su ejército al llamado de aquélla y bajo su autoridad. Aun cuando los súbditos no deben confundirse con los aliados auténticos, como es el caso de los corintios, los *periecos* eran al mismo tiempo ciudadanos de sus propias comunidades, hablaban el dialecto dórico y tenían el mismo derecho que los espartanos de llamarse lacedemonios, por su heroico antecesor Lacedemón, hijo de Zeus y de Taigeta (la ninfa del cercano monte Taigeto). Por esto se diferenciaban profundamente del resto mayoritario y sometido de la población: los ilotas.

El origen del sistema ilota ha sido tema de interminables y poco convincentes discusiones desde la Antigüedad. Existían sistemas paralelos en otras partes del mundo griego, en Creta, en Tesalia y en las regiones colonizadas del este y del oeste, pero de ellos se sabe todavía menos; por lo tanto, no contribuyen a resolver el misterio ilota (que está conectado a la vez con otro enigma, al que ya hemos hecho referencia, que es la entrada de los dorios al Peloponeso). La práctica corriente en toda la

Antigüedad en el caso de adueñarse de una ciudad o un distrito consistía en vender y dispersar a sus habitantes. En Laconia, no obstante, los espartanos eligieron la peligrosa alternativa de mantener a toda la población sometida en el mismo sitio, en lo que pertenecía a su tierra natal; más tarde (probablemente en el siglo VIII) repitieron el mismo procedimiento cuando conquistaron Mesenia. Por el hecho de carecer de libertad personal, los ilotas eran esclavos, pero debemos diferenciarlos en varios aspectos de los esclavos auténticos que eran bienes muebles y propiedad personal de sus amos. Los ilotas eran súbditos del Estado espartano y estaban asignados a determinados particulares, no eran libres de trasladarse o de controlar sus propias vidas pero poseían ciertos derechos que, en general, se respetaban. Su obligación básica consistía en trabajar la tierra y atender los campos de pastoreo de los espartanos a quienes respondían, además de entregarles la mitad de la producción. Mantenían sus propias relaciones de familia y, en su mayor parte, vivían en grupos cerrados (a los que no podríamos dar el nombre de "comunidades"). De ahí que se perpetuaran en el tiempo: nunca se vio que Esparta importara nuevos ilotas del exterior; este solo hecho establece una neta diferencia con los esclavos propiamente dichos de otros lugares.

Sean cuales fueren los orígenes del sistema —de qué manera, por ejemplo, se efectuó en Laconia la distinción original entre los dos diferentes tipos de súbditos, *periecos* e ilotas, o de qué modo los ilotas llegaron a ser monopolizados por los espartanos, sin ser asignados a los *periecos* —quienes podían sin embargo obtener sus propios esclavos verdaderos, si así lo deseaban—, sus consecuencias en los tiempos hitóricos resultan suficientemente inteligibles. Como veremos más adelante, los ilotas, que eran en proporción mucho más numerosos que los esclavos

de cualquier otro Estado griego, incluso de Atenas, eran fundamentales para la organización del sistema espartano, único en su tipo, y para las políticas que aplicaba Esparta en el exterior.

Nuestra ignorancia acerca de la Edad Oscura espartana va mucho más allá, abarcando la totalidad de su desarrollo institucional primitivo. La arqueología ha sido, en este aspecto, de menos utilidad que en otras oportunidades. Por lo tanto, si queremos dar un paso prudente sólo nos queda dirigir nuestra atención al período arcaico, a partir de principios del siglo VII, y dejar de lado todos los esfuerzos para reconstruir algo coherente de los visibles errores que se desprenden de las tradiciones posteriores, incluso de aquellas que, con el tiempo, se adjudicaron al legendario legislador Licurgo. No queremos decir con esto que las pruebas referentes al siglo VII espartano sean abundantes, pero al menos nos ofrecen un ancla segura; ellas en parte son contemporáneas y están sujetas a los controles normales del análisis histórico. Por ejemplo, podemos leer los fragmentos del poeta lírico Alcmán, los que indican inmediatamente que Esparta en su época estaba todavía dentro de la corriente cultural griega, y sabemos que luego se apartó de ella. Hay otros signos, como los hallazgos arqueológicos o la factible tradición de que Esparta tuvo un papel preponderante en el desarrollo de la música griega, que nos orientan en la misma dirección. (Podemos creer o no que el inventor de la lira fue un lidio llamado Terpandro que emigró a Esparta, dando origen así a esa tradición musical). Contamos asimismo con los fragmentos del poeta Tirteo. Éstos también revelan que en el siglo VII Esparta estaba dentro del ordenamiento general por su condición de *stasis* crónica(y vemos, al igual que en el caso anterior, que luego esta condición desapareció), la que implicaba luchas por la distribución de las tierras, de-

mandas políticas formuladas por los plebeyos (con el nuevo ejército hoplita como factor importante) y conflictos con otros Estados del Peloponeso, en especial con Argos y con Tegea, ciudad principal de Arcadia.

Existe incluso una historia curiosa referente a una colonia que Esparta envió a Taras (hoy Tarento) en el sur de Italia, alrededor del 700 a. C. En realidad se trata de dos versiones, cada una con sus variantes, que fueron muy discutidas en la Antigüedad. Según una de ellas (Estrabón VI 3, 2), los espartanos que no habían participado en la conquista de Mesenia, que duró muchos años, fueron luego tomados como esclavos por los guerreros que regresaron, y a "los niños nacidos durante la guerra se los denominó partenios (de la palabra *parthenos* que significa virgen y mujer soltera) y se los privó de los derechos civiles. Los partenios, que eran muchos, se negaron a aceptar su suerte y conspiraron contra el *demos*". Fueron descubiertos y el oráculo de Delfos aconsejó embarcarlos para Taras, donde se unieron a los bárbaros y a los cretenses que ya estaban asentados en el lugar. Según el segundo relato, también referido por Estrabón (VI 3, 3), las espartanas enviaron una delegación al ejército luego de diez años de guerra, para protestar por la disminución de la población que se estaba produciendo como consecuencia inevitable de aquélla. Se envió de vuelta a los mejores jóvenes para procrear, pero cuando por último regresó todo el ejército, sus miembros se negaron a "respetar a los partenios como a los demás, tratándolos como ilegítimos. Entonces éstos conspiraron con algunos ilotas y se rebelaron"; la conjura fue descubierta por los ilotas y el resultado final fue también la fundación de Taras.

Al margen de esta ciudad —y la participación espartana en su fundación es cierta por más que saquemos nuestras propias conclusiones de las dos

versiones en pugna—, Esparta nunca participó en el movimiento colonizador de la Era Arcaica. El motivo radica en que su territorio era muy extenso, especialmente después de la conquista de Mesenia, y este factor, junto con el sistema de *periecos* y de ilotas, determinó una diferencia fundamental en el esquema "típico" de desarrollo griego. Por último, Esparta no tuvo otra alternativa que tomar un camino esencialmente distinto del que eligió cualquier otro Estado. El punto decisivo se produjo en la llamada Segunda Guerra Mesénica que, según la tradición, duró diecisiete años y puede ubicarse probablemente luego de promediar el siglo VII. Mesenia se sublevó y los espartanos tuvieron serias dificultades para sofocar el levantamiento, como consecuencia de que, de acuerdo con Tirteo, en principio habría habido falta de cohesión, desorden y casi rebelión dentro de sus propias filas.

En el transcurso de esta lucha Tirteo instó a la *eunomia* u "obediencia a las leyes", que se iba a convertir, a los ojos de los griegos, en la mayor virtud espartana de la época clásica. (Merece la atención el hecho de que Tirteo jamás mencionó al legislador Licurgo en ninguna de sus exhortaciones al patriotismo y a la *eunomia*.) Una vez que hubieron sometido de nuevo a los mesenios, los espartanos se dedicaron a elaborar una solución común para sus problemas más urgentes: la eliminación de la *stasis* interna y el mantenimiento del control sobre los ilotas que eran muchos más que los hombres libres. No podemos dar un detalle de los pasos que se siguieron para poner en práctica esa solución, que fue un compromiso respecto de las diferentes demandas de los grupos en conflicto (además, en los siglos siguientes se produjeron cambios dentro del marco de dicho compromiso). Los estudiosos no se ponen de acuerdo, por ejemplo, acerca de la fecha o del significado preciso de un

documento clave, el llamado *Gran Retra*, que conserva Plutarco (Vida de Licurgo, *VI*) con una fraseología viciada dentro de un confuso contexto. Según cualquiera de sus interpretaciones, ese breve texto —que distribuye el poder de decisión entre los reyes, el consejo de los ancianos y la asamblea de los Iguales— señala el momento en que, por primera vez en la historia griega, la asamblea popular tiene poderes formales aunque restringidos, y su fecha es probablemente anterior a la Segunda Guerra Mesénica. (El *Retra* no hace ninguna referencia a los éforos que ya existían para esa época y que más tarde, hacia mediados del siglo VI, se convirtieron en la autoridad ejecutiva más importante del gobierno espartano.) Este único texto constituye ejemplo suficiente de dos cosas que debemos tener en cuenta: por un lado, la magnitud de nuestra ignorancia y, por el otro, el grado de desarrollo alcanzado por las instituciones espartanas.

Según Herodoto (I 65), la *eunomía* se logró durante los reinados de los reyes León y Agasicles, es decir, a principios del siglo VI. "Antes de esa época —escribe— era el pueblo peor gobernado de casi todos los griegos, tanto en sus relaciones internas como en sus relaciones con los extranjeros, de los que estaban aislados." De tener este relato algún fundamento, implicaría que las dos generaciones posteriores a la Segunda Guerra Mesénica fueron testigos de la evolución de la estructura, bastante compleja por cierto, de la histórica sociedad espartana. Los hombres de Esparta, los Iguales, se convirtieron en una organización militar permanente. En principio, sus vidas estaban completamente moldeadas por el Estado y totalmente dedicadas a éste. Incluso el hecho de decidir si un niño del sexo masculino debía o no sobrevivir no correspondía a los padres, sino que era responsabilidad de los funcionarios públicos. Ésta era una de las muchas

técnicas que servían, tanto simbólica como prácticamente, para disminuir los lazos de parentesco y así reducir una fuente importante de lealtades en conflicto. A la edad de siete años los niños eran entregados al Estado para su educación, que se centraba en el desarrollo de la fortaleza física, de las tácticas militares y de las virtudes de la obediencia. Durante la infancia y la adolescencia, el niño progresaba a través de una serie de agrupamientos por edad y por clases; siendo ya adulto, su relación principal se daba con el regimiento militar a que pertenecía y con los soldados que compartían su mesa. Había además varios rituales que reforzaban el sistema en épocas determinadas de la evolución del hombre.

Esta concentración en el único fin de la vida del espartano se fortaleció al apartárselo de todas las actividades e intereses económicos. Éstas eran responsabilidad de los ilotas y de los *periecos* que, cada uno a su modo, producían los alimentos y las armaduras, a la vez que se ocupaban del comercio necesario. Los ilotas trabajaban, por supuesto, absolutamente obligados, pero los *periecos* eran los beneficiarios de una situación monopolista, ya que se veían libres de la competencia de los mismos espartanos y de la de los extranjeros. A los espartanos se les prohibía incluso el empleo de moneda acuñada, y a los extranjeros se les negaba todo acceso a la economía excepto a través de la mediación de los *periecos* o del Estado. Lo dicho explica probablemente por qué hay tan poco disconformismo por parte de los *periecos*, a pesar de su falta de autonomía y de su contribución militar obligatoria. Explica asimismo el fracaso de Esparta al intentar convertirse en una comunidad urbana. "Si Esparta fuera abandonada —escribe Tucídides (I 10, 2)— y sólo quedaran los santuarios y los edificios, las generaciones futuras nunca creerían que su

poder estaba de acuerdo con su reputación... ya que los espartanos viven en pueblos según la antigua usanza griega."

Además se los alentaba desde niños a competir entre ellos, pero no por los logros intelectuales ni por las ventajas económicas, sino por las proezas y el vigor físico. De cierto modo, los premios eran honoríficos en lugar de materiales, pero entre ellos se encontraban los puestos de autoridad y liderazgo. Ya a la edad de dieciocho años podía recompensárselos con la admisión en el cuerpo juvenil de la *élite*, llamado *hippeis*, cuyas funciones consistían en servir como guardaespaldas reales o en llevar a cabo misiones secretas para el gobierno. Luego tenían oportunidad de aspirar a la comandancia del ejército y, con el tiempo, a cargos gubernamentales.

A la cabeza de la estructura del gobierno había dos reyes hereditarios. No es fácil definir esta institución anómala (además, la coexistencia de dos casas reales desafía cualquier explicación). Ellos comandaban el ejército en el campo de batalla. No obstante en su ciudad no sólo carecían de poderes reales de gobierno, sino que estaban sujetos a la supervisión de los éforos. Por otra parte, conservaban ciertas funciones sacerdotales tradicionales, recibían por derecho distintos emolumentos y a su muerte se los honraba en forma desmesurada. Herodoto (VI 58) halló estos ritos funerarios reales tan extraños que dijo que eran "similares a los de los bárbaros de Asia". Eran miembros *ex officio* de la *gerusía*, un consejo de treinta ancianos que debían ser mayores de sesenta años y que se elegían en forma vitalicia. Da la impresión de que los reyes no presidían la *gerusía* ni tenían ninguna prerrogativa en las deliberaciones que no fuera la que correspondiera a cualquier otro miembro. Tampoco presidían las reuniones de la asamblea, que apa-

rentemente no podía iniciar ninguna acción ni propuesta de reforma que se le planteara pero que, sin embargo, tenía el voto final en las cuestiones básicas sobre política que se sometieran a ella. Luego estaban los cinco éforos que se elegían anualmente de entre todos los ciudadanos y que duraban un año en su cargo, durante el cual tenían amplios poderes en la jurisdicción criminal y en la administración general.

La misma existencia de dos casas reales es una prueba de que el ideal de una comunidad de Iguales no estaba completo en la práctica. La constitución puede haber limitado a los reyes, pero el aura que los rodeaba alentó y ayudó a los más capaces y ambiciosos a extender su autoridad en una manera que a veces ponía en peligro al equilibrio del poder en la sociedad. Herodoto tiene casi una obsesión con las historias de la susceptibilidad de los reyes espartanos al soborno. Cuando Aristágoras, tirano de Mileto, al tratar de obtener apoyo espartano para la revolución jónica contra Persia subió su oferta a Cleómenes I de diez a cincuenta talentos, este rey se salvó de la tentación sólo porque su hija Gorgo, de ocho o nueve años de edad, gritó: "Padre, el extranjero te arruinará si no te retiras" (V 51). También a algunos éforos la gran autoridad que tenían se les subió a la cabeza y trataron de aprovecharla al máximo durante el año que duraba su cargo. Sucedía con frecuencia, según Aristóteles (*La Política* 1270b9 sigs.), "que hombres muy pobres llegaran a este puesto y su falta de medios posibilitaba que fueran comprados"; no obstante, su poder era tal que incluso los reyes "estaban obligados a cortejarlos".

Todo esto puede estar groseramente exagerado (o, en el caso de Aristóteles, puede referirse a la declinación de Esparta producida en el siglo IV), pero no obstante revela que la austeridad espartana

nunca fue tan completa en la realidad como en los papeles. Además había desigualdad de riquezas entre los Iguales. Algunos eran lo suficientemente ricos como para integrar los equipos de carreras olímpicas de carros, signo máximo de gran opulencia entre los griegos aristocráticos; aún se conservan listas de los nombres de nueve ganadores espartanos (con doce victorias entre ellos) de la época del 550 al 400 a. C.: uno de ellos era un rey, Damarato, otro de ellos, Arcesilao, dos veces vencedor, fue sucedido por su hijo veinte años después. ¿Esos hombres de tanta riqueza, nunca la empleaban en beneficio de sus propios intereses o de los de sus hijos en las elecciones a todo lo largo de la dinastía? Sería difícil imaginarlo, del mismo modo que sería difícil apreciar los matices de una reunión de la asamblea espartana, que no era heterogénea como la ateniense, sino una reunión de otro carácter integrada por cuerpos de soldados altamente disciplinados para quienes la obediencia había sido la virtud primordial de su vida. ¿Podrían ellos escuchar los debates con amplitud de criterio, haciendo caso omiso de la categoría de los disertantes en la jerarquía militar o de sus hazañas individuales en el campo de batalla?

Las respuestas a tales preguntas deben ser especulativas, ya que nuestras antiguas autoridades en la materia no se ocupan de ellas. Los conflictos internos aparecen en la cronología histórica que poseemos, al menos para el siglo VI, solamente en relatos sobre la carrera más espectacular de algunos individuos, y casi en la totalidad de esos casos aparecen dentro del contexto de los asuntos externos. Herodoto nos cuenta (V 39-40) cómo los éforos y luego los ancianos ejercieron presión sobre el rey Anaxándrides para que tomara otra esposa a fin de preservar su dinastía, amenazándolo con alguna acción no especificada por parte de todos los es-

partanos en caso de que persistiera en su obstinada negativa. Sin embargo, los conflictos sobre cuestiones mayores o sobre el control de los asuntos y de algo de la verdadera mecánica de la toma de decisiones políticas sólo salen a la luz en realidad cuando un hombre como Cleómenes I, rey desde el 520 aproximadamente hasta el 490, emplea sus éxitos militares y sus maniobras diplomáticas para impulsar a la política espartana hacia peligrosas aventuras de agresión en el exterior.

Los escritores antiguos aceptan que la clave de la política exterior espartana era la presencia de los ilotas. Para mantenerlos bajo control, Esparta no sólo tenía que preservar la paz en el Peloponeso, ya que un Estado enemigo podría revolucionarlos —si no de manera premeditada, al menos por el mero hecho de comprometer demasiados hombres y energías militares espartanas—, sino que debía además tener mucho cuidado antes de enviar un ejército fuera de este territorio. La política espartana no siempre fue defensiva y no expansionista. Pero la derrota de Tegea y la imposibilidad de conquistar Argos parecen haber determinado finalmente la iniciación de esta nueva política hacia mediados del siglo VI. Las guerras y conquistas se reemplazaron por alianzas defensivas y pactos de no agresión, aunque naturalmente cuando era necesario se usaba la fuerza para imponer esas alianzas o también para mantenerlas en el caso de que alguna de las partes no cumpliera su palabra. Hacia fines de siglo, virtualmente la totalidad del Peloponeso estaba comprometida en esos acuerdos salvo Argos, que era demasiado fuerte, y Acaya, que era demasiado remota e insignificante. Asimismo, para fortalecer las alianzas, Esparta apoyaba a las facciones amigas dentro de los Estados aliados que eran normalmente oligarquías y, al hacerlo, se ganó la reputación inmerecida de enemiga decla-

rada, por principio, de la tiranía. En realidad el comportamiento espartano hacia los tiranos era oportunista y estaba inspirado por el propio interés más que por ética o por principios. Esparta nunca hizo ningún movimiento contra las tiranías de Sición, Corinto o Megara, por ejemplo, mientras que interfirió de manera decisiva para provocar la expulsión de Hipias de Atenas en el 510.[1]

La aventura ateniense está registrada en nuestras fuentes como parte de la historia de Cleómenes I, cuya actuación ocupa el primer plano. Quizá él fue el defensor principal o incluso el iniciador de esa política, pero no hay duda de que marchó sobre Atenas en carácter y con justificación oficiales. Luego vinieron las complicaciones, ya que dos facciones atenienses iniciaron la guerra civil por la sucesión a la tiranía. Cleómenes regresó para ayudar a una de estas facciones, la dirigida por Iságoras, contra la de Clístenes; sufrió una derrota, abandonó Atenas y regresó una vez más con un ejército mayor debido a la unión de las tropas aliadas. Cuando estas últimas se enteraron de la razón por la que habían sido reclutadas, se rebelaron bajo la conducción de Corinto, alegando que la intervención de Esparta en los asuntos internos de Atenas era injusta y estaba fuera de su incumbencia. El otro rey espartano las apoyó y toda la empresa terminó en un fiasco para Cleómenes, con importantes consecuencias.

De ahí en adelante se consultó a los aliados, en reuniones más o menos formales convocadas al efecto, cada vez que fue necesario su apoyo militar o al menos cuando se planeaba una operación conjunta en gran escala. La red indefinida de alianzas entre Esparta por un lado y cada uno de sus aliados

[1] Para el aspecto ateniense de este episodio, véanse las páginas finales del capítulo siguiente.

en forma individual por el otro, se convirtió en algo aproximado a una auténtica liga. En realidad, los historiadores modernos la llaman la Liga del Peloponeso, aunque los griegos mantienen la fórmula de "los espartanos y sus aliados", aunque entre éstos se encontraron en épocas diferentes Estados externos al Peloponeso como Megara, Egina y Atenas. De algún modo el nombre actual va demasiado lejos: la "liga" nunca contó con un mecanismo administrativo ni con hacienda propia y su cohesión y efectividad variaron con cada década y con cada cuestión particular. No obstante era una realidad lo suficientemente grande como para proporcionarle a Esparta los hombres adicionales que necesitaba para lograr la paz interna y para convertirla en la mayor fuerza militar de Grecia, así como en el líder reconocido de los griegos contra los persas invasores.

CAPÍTULO X

ATENAS

Desde el punto de vista geográfico, el distrito del Ática que abarca en total unos 1600 km^2 es típicamente griego. No es uno de los más fértiles, a diferencia de Mesenia, aunque cuenta con una buena cantidad de praderas fecundas y extensas. Hay dos rasgos que requieren mención especial. El Ática tenía, al sur y al este, una línea costera de considerable longitud que resultaba adecuada como fondeadero, y al sudeste, en Laurio, contaba con un rico yacimiento de plata que puede haber sido trabajado en la Edad de Bronce y que, con toda seguridad, se explotó de manera más sistemática a partir de fines del siglo VI. Sin embargo, no había ningún elemento en el terreno que propiciara la temprana y excepcional unificación política del distrito. Tampoco el argumento étnico constituye explicación suficiente: después de todo la cercana Beocia permaneció políticamente fragmentada.

Atenas no sólo era la ciudad-Estado griega más grande desde el punto de vista territorial, aparte de Esparta, sino que, a diferencia de ésta, se convirtió

en un Estado unificado sin súbditos internos, ni siquiera *periecos* y menos aún ilotas. Todos los hombres libres del Ática eran igualmente atenienses, sea que vivieran en la ciudad principal, en Maratón, en Eleusis o en cualquier otro sitio de la campaña. Las marcadas diferencias de clase que existían no se basaban en la región ni en la distribución étnica pero se repetían en todos los demos o distritos del Estado; los esclavos provenían del exterior. Con toda seguridad, la extensión del Estado permitía que los "pueblos" grandes como Maratón tuvieran vida propia semiindependiente, con sus ágoras, sus funcionarios, sus templos y sus cultos. Pero este regionalismo, como lo llaman algunos estudiosos actuales, no debe exagerarse; en especial debe diferenciárselo completamente de la situación típica reinante en Beocia, a la que ya hemos hecho referencia, con sus doce ciudades-Estado independientes y a menudo enemigas. Los mismos atenienses eran conscientes de que constituían una excepción en este aspecto y con su modo característico, le atribuían la unificación del Ática, o *synoikismos* como ellos la llamaban, a una única figura heroica: el rey Teseo, del que ya hemos hablado. Del relato vago y anacrónico que hace Tucídides (II 15-16) del *synoikismos* se desprende que ésta es una explicación mítica (probablemente del siglo VI). Una vez que sacamos a Teseo, que fue una especie de Hércules para esa época, ya no quedan pruebas de que el Ática no haya sido siempre una unidad (aunque puedan haber existido disputas sobre el distrito limítrofe de Eleusis) que se desarrolló políticamente en la Edad de Bronce y en la Edad Oscura —monarquía micénica, declinación, gobierno de los caudillos en la Edad Oscura y, por último, gobierno aristocrático—, siguiendo la línea ya mencionada de los demás Estados Griegos, aparte de una única diferencia de

tamaño, para la cual sólo contamos con la explicación mítica.[1]

Atenas tampoco tomó parte en el movimiento colonizador. Aun cuando algunos individuos pueden haber emigrado, la ciudad como tal, a diferencia de Esparta, no tuvo en su haber ni siquiera una colonia como Taras. Quizá su extenso territorio le permitía una distribución que los otros Estados tenían que buscar en el exterior. Además el hecho de estar constantemente a la vanguardia en la producción de cerámica, desde la protogeométrica más antigua, implica un desarrollo industrial mayor de lo normal que puede haber actuado como segunda válvula de escape contra la depresión rural y la superpoblación. No obstante, en última instancia Atenas no pudo escapar a la *stasis* universal de la Grecia arcaica, presentando los mismos problemas, los mismos grupos sociales en conflicto, la misma necesidad de un tirano. El monopolio económico y político de las familias eupátridas (palabra que designaba a la aristocracia ateniense y que significa "bien nacidos") se vio amenazado desde dentro de su círculo cerrado y desde las clases inferiores en la segunda mitad del siglo VII, cuando la crisis parece haberse manifestado en forma bastante repentina.

El primer episodio del que tenemos noticias fue un intento frustrado de implantar la tiranía, alrededor del 630, por parte de un noble llamado Cilón. Los relatos atenienses posteriores alegan que Cilón consiguió apoyo principalmente del exterior, en especial de su suegro Teágenes, tirano de Megara, que los atenienses resistieron *en masa* y que la

[1] Esta reducción del *synoikismos* de Teseo a un mito total no es la opinión aceptada en general por los historiadores. Ésta se basa en las investigaciones de J. Sarkady, publicadas en alemán en *Acta Classica* de la Universidad de Debrecen, t. 2 (1966), págs. 9-27; t. 3 (1967), págs. 23-34.

familia eupátrida de los Alcmeónidas se granjeó una maldición por violar un salvoconducto y masacrar a los seguidores de Cilón. La distorsión resulta bastante obvia. Los tiranos de los demás sitios tenían considerable respaldo interno; incluso los atenienses no tuvieron otra alternativa que admitir, una generación después, una demanda popular para que Solón asumiera el papel de tirano. Por otra parte no es necesariamente improbable la conexión familiar entre Cilón y Teágenes: esos matrimonios eran parte esencial de las relaciones entre las ciudades y eran muy pocas las familias aristocráticas que tuvieron algún inconveniente en aceptar a un tirano como yerno o como suegro. En cuanto a la masacre que siguió a la rendición de Cilón, puede haber existido una venganza homicida que se prolongó unos años y que explicaría la figura sombría de Dracón. Se supone que él codificó las leyes en el 621, "un código escrito con sangre en lugar de tinta", como dice una tradición hostil posterior (Plutarco, *Solón* XVII 2), que carece prácticamente de datos concretos. Lo que Dracón hizo probablemente fue consignar en detalle la ley de homicidio, parte de la cual estaba aún en vigencia a fines del siglo v a. C.; lo poco que conocemos de ella trata principalmente de cómo poner fin a la venganza de sangre tradicional. De esto puede haber sido responsable el derramamiento de sangre posterior a Cilón. Sin embargo, la total codificación por parte de Dracón es por cierto ficticia; ella fue obra de Solón en la generación siguiente.

Solón, que fue un escritor bastante prolífico sobre temas éticos y políticos, nos proporciona el primer cuerpo de documentación auténtica, a pesar de su reducido volumen. Como todos los escritores de esa época de mínima alfabetización, no se expresaba en prosa sino en verso, y sus escritos se

conservaron por siglos. Todavía contamos con algunas citas extensas; además, el texto original de su código legal, escrito en tablillas de madera, se conservó por muchos años, pero la confusión que reina en las fuentes ha provocado desacuerdo entre los estudiosos actuales respecto de los detalles e incluso de la duración del período en que se tuvo aceso a éstas.

Solón fue un eupátrida designado arconte, cargo máximo del Estado, en el 594, con poderes plenipotenciarios para poner fin a la *stasis* a través de una reforma total de las leyes y del sistema político. Resulta significativa la elección de Solón, así como la manera en que ésta se llevó a cabo. Él no se adueñó del poder sino que fue designado para asumirlo, lo cual prueba que dentro de la aristocracia misma había una cantidad suficiente de personas dispuestas a atorgar concesiones importantes a la clamorosa oposición constituida en gran parte por campesinos en situación de servidumbre o en clientela (como ya explicáramos en el capítulo VIII). La única esperanza de éxito para ese compromiso residía en la elección de un aristócrata que estuviera de parte del pueblo. Como aparece en sus primeros poemas, Solón había atribuido a la rapacidad y falta de humanidad de los ricos la responsabilidad de llevar al Estado a la guerra civil, y parece haberlo manifestado en un recitado público en el ágora.

> Injustos son los corazones de los gobernantes del pueblo, quienes sufrirán un día muchos dolores por su gran orgullo (*hybris*), porque no saben dominar sus excesos... Se hacen ricos por actos injustos y roban para sí a diestra y siniestra sin respetar la propiedad sagrada ni la pública...
>
> (citado por Demóstenes, XIX, 255.)

Los pobres le pagaron pidiéndole que se convirtiera en tirano. Él se negó, pero aceptó el arcontado extraordinario y comenzó a trazar un rumbo complica-

do entre las demandas extremas de los campesinos y el sector de la nobleza que había quedado en desventaja.

Su primera medida, llamada *seisachtheia* o "liberación de cargas", se centró en una cuestión fundamental: la servidumbre de los campesinos. Se cancelaron sus deudas, los muchos atenienses que estaban sometidos en calidad de medieros involuntarios (*hektemoroi*) o que habían sido reducidos a la servidumbre como resultado de sus deudas, recobraron la libertad, y otros, que habían sido realmente vendidos en el exterior como esclavos, fueron repatriados. Se promulgó entonces una nueva ley prohibiendo para el futuro la costumbre de prendar las personas de hombres o mujeres libres como garantía de una deuda. Solón se negó, sin embargo, a dar el paso más revolucionario de todos: la confiscación de los latifundios y su distribución entre los campesinos más pobres y los que no tenían tierras. No obstante, Aristóteles (*La Constitución de Atenas*, IX, 1) estuvo en lo cierto al señalar a la *seisachtheia* como la primera entre las medidas solónicas en interés de la gente común. La libertad del campesino iba a constituir la base de la sociedad ateniense a todo lo largo de su historia como *polis* independiente. Subsistió una seria debilidad en su situación, pero desde ese momento estuvieron protegidos de las formas tradicionales de explotación personal, una protección que Solón reforzó luego con reformas en la administración de justicia y con su codificación del derecho. Este hecho introdujo en la comunidad la claridad, la seguridad y el conocimiento público de la ley.

Desde el punto de vista constitucional, el equilibrio necesario se presentaba más complejo, ya que en esa esfera existían conflictos dentro de las mismas clases altas. La innovación más decisiva de Solón fue la creación de una jerarquía social formal basada únicamente en la riqueza. Los ciudadanos se

dividieron en cuatro clases según sus bienes. Sin embargo, es necesario señalar que éstos no se medían por el dinero, sino en función de la producción agrícola. Los puestos más elevados, que tenían la duración de un año, estaban reservados para la primera categría, o sea los hombres cuya tierra producía 500 medidas secas o líquidas.[2] Uno de estos cargos, el arcontado, era la manera de ingreso al Consejo del Areópago, organismo tradicional de pares vitalicios con una autoridad general e indefinida sobre el Estado (que tiene reminiscencias del senado romano) y que Solón decidió mantener. Las dos clases siguientes tenían acceso a los cargos menores y presumiblemente al nuevo consejo de los 400 creado por Solón. El resto, los *thetes*, los que no llegaban a producir 200 medidas por año, sólo componían la asamblea.

El modo en que funcionaban la asamblea o el consejo de los 400 en las esferas de la legislación y la política ha sido tema de muchas especulaciones. Es poco lo que relatan las fuentes, aparte de un nuevo rasgo muy importante que consistió en el otorgamiento a la asamblea de jurisdicción de apelación sobre los magistrados en algunos juicios, pero el pensamiento subyacente en las reformas y su influencia general están claros. Los plebeyos más pudientes tuvieron la posibilidad de ser electos para ocupar los cargos más altos e integrar el Areópago, quebrando así el monopolio eupátrida, pero de ningún modo alejando a estos últimos del poder y la influencia, ya que sin duda todavía

[2] La medida seca era el *medimnos* (casi 84,48 m³), la líquida era el *metretes* (59,84 m³ aproximadamente). La igualdad de valor que se atribuía en forma arbitraria a las dos medidas, así como la falta de diferenciación entre una y otra cosecha, o entre el vino y el aceite, revela lo distante que estaba la economía del sistema de evaluación del mercado y el dinero.

constituían la mayoría de los grandes propietarios de tierras. Las clases intermedias, incluso los soldados hoplitas que tenían tierras suficientes, tuvieron por primera vez una función en el gobierno, e inclusive los pobres, tanto los de la ciudad cuanto los del campo, fueron reconocidos como parte trabajadora del *demos* en general, aun cuando su situación era muy restringida. Se redujeron así las fallas de la estructura de la *polis* rudimentaria que habían impedido que ésta funcionara como comunidad viable, pero sin quedar aún solucionadas del todo.

Solón abandonó Atenas por un largo período temiendo que si se quedaba los extremistas insatisfechos ejercieran presión sobre él para originar más cambios o para que llegara a convertirse en tirano. Los disturbios entre las distintas facciones continuaron tanto que, en dos oportunidades, resultó imposible elegir un arconte. No tenemos más noticias de este tipo de problema después del 580 a. C.; suponemos que esto se debe a que la maquinaria constitucional quedó formalmente aceptada por parte de la mayor parte de los integrantes de las clases más pudientes, tanto los eupátridas como los plebeyos. No obstante, dicha maquinaria no estaba capacitada para dar por sí sola la paz interna. La *stasis* no podía desaparecer de un plumazo. Solón había asegurado la condición personal de los campesinos pero no su posición económica. Aparentemente, tampoco podía la ciudad proveer de subsistencia a la mayoría de los que carecían de tierras o a los demás que no podían ganarse la vida en el campo. Las demandas y contrademandas le venían de perillas a los aristócratas más ambiciosos capaces de presionar a sus partidarios y seguidores en la continua carrera por el honor, el poder y la riqueza. Con el tiempo, surgió de entre ellos un hombre que logró lo que

Solón había tratado de impedir: Pisístrato, un aristócrata influyente que ostentaba un árbol genealógico que se remontaba hasta el Néstor de Homero y que había ganado público renombre en una guerra contra Megara, hizo su primer intento, según la tradición, en el 561. Fue expulsado, luego de un tiempo volvió a intentar; volvió a ser expulsado, y se afirmó por último en el 545. Gobernó entonces hasta su muerte, que se produjo en el 527, y le sucedió su hijo Hipias cuya tiranía finalizó sólo en el 510 a raíz de la invasión de un ejército espartano (cap. IX).

No tenemos testimonios literarios contemporáneos acerca de los Pisistrátidas. El primer relato que los menciona corresponde a Herodoto, que escribió a mediados del siglo siguiente, cuando todos los griegos de recto pensar condenaron automáticamente a la tiranía y a todos los tiranos como a un mal sin paliativo alguno. Por lo tanto, es por demás revelador el hecho de que Herodoto y los escritores posteriores serios estuvieran de acuerdo en que Pisístrato fue una excepción, un "buen tirano" en la medida que la frase no sea contradictoria. "Gobernó la ciudad con moderación, como un ciudadano más que como un tirano". (Aristóteles, *La Constitución de Atenas*, XVI 2). También estaban de acuerdo en que el secreto de su éxito y del de su hijo residió en que mantuvieron en vigencia la constitución de Solón sin modificaciones, sin perjuicio de ocuparse de que el arconte que se elegía anualmente fuera siempre un miembro de su familia o uno de sus partidarios. No debemos interpretar esto en forma ingenua, aun cuando la afirmación es absolutamente correcta como hecho en sí. El primer intento, o los primeros realizados por Pisístrato para tomar el poder (no tenemos seguridad de que la tradición esté en lo cierto al hablar de dos fracasos) parece ha-

berse efectuado con el apoyo que él pudo reunir dentro del Ática. Sin embargo, la tercera vez, provisto de fondos que había adquirido en las minas de plata del monte Pangeo en Tracia, vino con fuerzas mercenarias y conservó parte de ellas para que le sirvieran de custodia en su ciudadela de la Acrópolis. Sus opositores irreconciliables fueron asesinados o exiliados. Protegido de este modo, Pisístrato pudo permitir que la maquinaria de la asamblea, el consejo, los magistrados, los tribunales e incluso el Consejo del Areópago siguieran funcionando. Por otra parte, nadie podía obligarlo a gobernar "constitucionalmente". El hecho de que así lo hiciera por propia iniciativa da una idea de su inteligencia política y, en el fondo, da la clave del lugar que ocupó en la evolución del Estado ateniense.

No resulta fácil determinar la exacta relación existente entre los Pisistrátidas y las demás familias aristocráticas de Atenas durante el período de treinta y cinco años en que estuvieron en el poder. Las tradiciones posteriores acerca de la eterna enemistad de familias tales como los Alcmeónidas, pueden considerarse como intentos *post factum* de purgar los registros familiares de sus asociaciones amistosas con la antigua tiranía. Los Alcmeónidas intentaron infructuosamente derrocar a Hipias en el 513, pero antes de esa fecha uno de ellos, Clístenes, había estado a cargo del arcontado bajo el gobierno de aquél, y aun antes su hermana había estado casada con Pisístrato. Las relaciones eran igualmente ambiguas y cambiantes entre los Pisistrátidas y la familia de los Milcíades. Éstos estaban ligados por matrimonio con los Cipsélidas, tiranos de Corinto, mientras que la madre de Clístenes era hija del tirano de Sición, de acuerdo con la costumbre que ya hemos mencionado en relación con Cilón en el siglo VII. Otra de las esposas

de Pisístrato fue una aristócrata argiva que había estado casada anteriormente con un tirano de Ambracia, miembro del clan de los Cipsélidas. Existieron otras conexiones de los pisistrátidas en Eubea, Tracia, Macedonia, Tesalia y también con Ligdamis, tirano de Naxos. La generalización que hace Aristóteles en *La Constitución de Atenas* (XVI, 9) al decir que Pisístrato se ganó el apoyo de la mayor parte de la nobleza y del pueblo, puede extenderse, por lo menos en lo que respecta a la nobleza, a los vínculos en el exterior.

Por mucho que la aristocracia griega de la época pueda haber preferido la oligarquía al gobierno de un solo hombre elegido entre sus filas, muy rara vez convirtieron esto en una cuestión de principios. Las disputas entre un tirano y un individuo o familia de la aristocracia se originaban principalmente en cuestiones de honor personal o de posición social. Incluso el asesinato del hermano menor de Hipias, Hiparco, ocurrido en el 514, que llevó a la tiranía a un gobierno más rígido y despótico, estuvo motivado por celos en un amorío pederasta. Los atenienses hicieron a contiuación héroes nacionales de los dos asesinos, Harmodio y Aristogitón, pero esto refleja la posición de la opinión pública en la época en que la tiranía fue juzgada infame por la posteridad.

Sin embargo la aristocracia ateniense sufrió una derrota permanente bajo los Pisistrátidas. Treinta y cinco años de vigencia de la constitución solónica, con el tirano ejerciendo control constante, no podían aniquilarse, especialmente si fueron un período de paz y prosperidad creciente para Atenas. Las familias principales retuvieron los cargos más importantes y continuaron estableciendo relaciones con el exterior, pero al mismo tiempo fueron sometiéndose al proceso que las obligó y acostumbró cada vez más a funcionar dentro de un mar-

co constitucional en el que se frenaron las antiguas actividades separatistas. Cuando Hipias fue conducido al exilio por los espartanos en el 510, una fracción de la aristocracia que respondía a Iságoras, trató de volver a las costumbres de los viejos tiempos; los vencieron en una guerra civil que duró dos años, luego de los cuales Clístenes reformó la constitución y sentó las bases estructurales de la democracia ateniense. Para lograrlo se vio sin duda apoyado por el espíritu "nacional" que los tiranos habían alentado en forma activa y concreta. Erigieron un gran templo en honor de Atenea sobre la Acrópolis (que fue destruido por los persas en el 480 y luego reemplazado por el partenón) e iniciaron la construcción de otro en honor del Zeuz olímpico. Fomentaron y hermosearon los cultos principales, introduciendo recitados de Homero en el festival panateneo que conmemoraba el nacimiento de Atenea y en la competencia anual de corales trágicos en la gran fiesta dionisíaca. Protegieron las artes en general e invitaron músicos y poetas del exterior a la corte de Atenas.

La incidencia de estos factores culturales no puede pasarse por alto aun cuando ésta no pueda medirse (tampoco se ve disminuida al reconocerse que los tiranos tenían igual o mayor interés en su propia gloria que en fomentar la conciencia nacional). Parte de esa influencia se manifiesta en la economía. Atenas era todavía en su mayor parte una comunidad agraria y la prueba primordial de la estabilidad económica se centraba en el campo. Poco sabemos acerca de la actividad pisistrátida en esa esfera, con excepción de la ayuda que proporcionó a los agricultores necesitados otorgándoles préstamos en condiciones accesibles, pero todos los testimonios del siglo siguiente demuestran que en la época de la tiranía la clase de los pequeños y medianos propietarios rurales quedó firme

y permanentemente afianzada. Esto habría sido más difícil —si no imposible— de lograr, si no se hubiera producido un crecimiento considerable en el sector urbano de la economía, que permitiese, entre otras cosas, ubicar a los campesinos marginados o carentes de tierras.

La gran atención que se prestaba a los edificios públicos y a los festivales fue un factor determinante del crecimiento de la economía de la ciudad, como así también el notable surgimiento de la fina cerámica ateniense pintada que adquirió rápidamente, alrededor de mediados del siglo VI, el virtual monopolio de las exportaciones de cerámica a otras ciudades de Grecia, a las colonias occidentales y a los etruscos. Otro signo es la moneda ateniense, aun cuando no tenemos seguridad acerca del momento preciso en que Atenas comenzó a acuñar la plata, el cambio decisivo hacia los famosos "óbolos" se produjo durante el reinado de Pisístrato o el de su hijo. Finalmente, cada vez fue mayor la cantidad de griegos que empezaron a migrar hacia Atenas provenientes de otras ciudades, ya que allí se presentaban más oportunidades para el comercio y la industria y la ciudad florecía como centro cultural panhelénico.

Los atenienses de épocas posteriores consideraron a Solón como al hombre que los ubicó en el camino de la democracia, mientras que Pisístrato e Hipias llenaron un desagradable y poco honroso intermedio. No obstante, si dejamos de lado los juicios morales y las consideraciones sobre intenciones o cálculos premeditados, el papel histórico que representaron los tiranos parece haber sido igualmente importante para impulsar a los atenienses a lo largo de esa senda.

CAPÍTULO XI

LA CULTURA DE LA GRECIA ARCAICA

A pesar de su dispersión geográfica y de su fragmentación política, los griegos conservaron la acendrada convicción de pertenecer a una cultura única y singular, "siendo —como dice Herodoto (VIII 144)— de la misma raza y teniendo el mismo idioma, con los mismos santuarios y rituales para los dioses, y con costumbres similares." No se equivocaron, y este fenómeno resulta notable dada la ausencia de una autoridad política o eclesiástica central, el carácter predominantemente oral de su cultura aún más allá del final del período arcaico, y la originalidad con que una u otra comunidad resolvía problema tras problema en lo referente a la política y a la cultura. Quizá el elemento más revelador sea la rapidez con que se difundían las nuevas ideas. Uno de los ejemplos más antiguos es el alfabeto fenicio; otros son la maquinaria gubernamental constituida por el consejo, los magistrados y la asamblea, los templos "dóricos" y la moneda acuñada. Parece no haber tenido importancia el hecho de que una "invención" fuera originalmente griega o tomada del exterior. Si ésta resultaba funcional dentro de la

sociedad griega en general y compatible con las condiciones locales, su valor quedaba rápidamente reconocido al ponérsela en práctica en todo el mundo griego.

Uno de los puntos de cohesión era el mito. Los griegos tenían gran cantidad de historias míticas. Había una detrás de cada rito y de cada centro de culto, detrás de las nuevas fundaciones de ciudades y de casi todos los fenómenos de la naturaleza: del movimiento del sol, de las estrellas, de los ríos y los manantiales, de los terremotos y las plagas. El mito cumplía una variedad de funciones: era explicativo, didáctico y normativo. Proporcionaba a los griegos el sentido y conocimiento de su pasado, en otras palabras, de su historia; determinaba cultos, festivales, creencias, la autoridad de ciertas familias nobles (con sus genealogías divinas) y demás hechos que abarcaban una gran gama de costumbres e ideas. Sin embargo, el mito no lo controlaba todo. Como ya hemos visto al hablar de los legisladores en el capítulo VIII, había también mucha confianza en el hombre mismo detrás de la evolución de las instituciones y las ideas, una disposición favorable a cambiar e innovar con prescindencia de la orden directa o la revelación divina. Con el tiempo, los griegos se encontraron con una cantidad cada vez mayor de explicaciones y justificaciones míticas y no míticas distintas y a veces inconciliables que coexistían sin inconvenientes. Los mitos se consideraban ciertos, aunque no hubiera clero santificado ni ninguna otra autoridad preestablecida con prerrogativas para desarrollar otros nuevos o confirmar los ya existentes. A partir del siglo VI a. C. surgieron algunos atisbos ocasionales de duda o excepticismo; sin embargo no fueron muchos, ya que la mayor parte de la gente no *estudiaba* los mitos, simplemente los trasmitía o los llevaba a la

práctica con ritos apropiados y eso era suficiente.

El proceso de creación de mitos continuó. De esta manera, al dispersarse los griegos hacia el este y el oeste, Apolo, Deméter, Heracles y los demás dioses y semidioses tuvieron que viajar con ellos; en consecuencia los mitos se adaptaron y ampliaron. Los griegos de Sicilia disputaron a Eleusis el privilegio de ser el lugar donde Deméter, diosa de la fertilidad de la tierra, otorgó por primera vez al hombre el don de los cereales. Heracles navegó por el estrecho de Mesina y bordeó las costas de Sicilia, llegando hasta Erix, en el noroeste, estableciendo así los derechos griegos sobre esa parte de la isla. Siguió a continuación Afrodita, y su culto se difundió desde Erix hasta Cartago y Roma. También en la antigua Grecia los mitos tuvieron que soportar las cambiantes relaciones políticas y las alianzas, las ideas de cohesión "étnica" (como con los jónicos) o los conflictos entre los distintos santuarios que pretendían tener mayor importancia que los demás. El más extenso de los llamados "himnos homéricos" se refiere a Apolo, y éste tiene dos partes destacadas que son incongruentes, por no decir incoherentes por completo: una de ellas liga al dios con Delfos y la otra con Delos, que eran sus dos centros más importantes. Este ejemplo puede multiplicarse muchas veces, como puede apreciarse a través de la lectura de cualquier manual moderno de mitología griega. Todo esto trajo como resultado un desorden considerable, al que contribuyó otro aspecto de la religión griega. Aun cuando los griegos reconocían y honraban a todo el panteón, ninguna comunidad o persona aislada podía materialmente cumplir con los ritos que correspondían a todos ellos. Cada ciudad tenía una deidad como patrona, y además afinidades especiales con otros dioses y diosas determinados que eran honrados

más que el mismo Zeus, el dios principal del panteón, si bien nadie negaba la supremacía de aquél. También apareció algún escéptico ocasional, pero nuevamente la generalidad del pueblo no vio dificultad alguna en ello.

La religión griega del período arcaico fue en esencia una evolución de las bases que ya se manifestaban en los poemas homéricos. A través de una variedad de acciones formales, los hombres trataban de establecer la relación más favorable posible con los poderes sobrenaturales, es decir, trataban de descubrir la voluntad de los dioses y así aplacarlos y agradarles. Para lo primero se necesitaban especialistas como adivinos, hechiceros y videntes, pero el resto de las actividades las efectuaba la gente común tanto en privado —en sus casas o a través de asociaciones particulares— como en público. En estos casos las realizaban funcionarios del Estado. Había muchos funcionarios llamados *hiereis*, palabra que traducimos como "sacerdotes" a pesar de que eran en general legos que desempeñaban una función pública particular exactamente igual que todas las otras autoridades civiles y militares. Mientras existieron los reyes, ellos fueron los encargados de realizar los ritos del Estado; luego fueron reemplazados por miembros de la aristocracia (y más tarde por magistrados elegidos democráticamente). Las normas se establecían sin intervención de una casta santificada, y se basaban sólo en la tradición y en los mitos. Según Herodoto (II 3), Homero y Hesíodo fueron los que "primero fijaron para los griegos la genealogía de los dioses, les dieron a éstos sus títulos, dividiendo entre ellos sus honores y funciones y definiendo sus imágenes". Puede que esto no sea literalmente cierto pero al menos señala una verdad esencial: que en la medida en que los griegos tenían autoridades en la materia,

esta autoridad correspondía en su mayor parte a los poetas, quienes pueden haber pretendido (e incluso creído) estar "inspirados por las musas", pero que no pueden compararse, sobre la base de ninguna categoría reconocida, con los profetas o con los sacerdotes. La inspiración poética no es revelación profética.

Las actividades con que se honraba y suplicaba a los dioses incluían ágapes (en que compartían los alimentos y bebían con ellos), cantos, danzas y procesiones, y se permitía entrar en trance (el menadismo y otras formas de comportamiento "orgiástico") y realizar juegos representando proezas (ya que la excelencia física era un don de los dioses como cualquier otro). En síntesis, la religión no era un capítulo aparte, sino que estaba mezclada con todos los aspectos del comportamiento personal y social. Lo que no incluía era una teología o ejercicio espiritual, ni aun en las "religiones de misterio" como el culto de Deméter en Eleusis. Éstas implicaban el sacerdocio hereditario y una especie de comunión personal, pero las actividades se limitaban, no obstante, a palabras preestablecidas, ritos y espectáculos.

De todos estos ritos, el más universal era el del sacrificio, tanto vegetal como animal. Es difícil encontrar una acción significativa que no haya estado precedida de un sacrificio; por lo tanto, el altar era una pieza de equipamiento básica y los fogones de las casas también servían en calidad de tal. Los altares se encontraban en todas partes, junto a edificios públicos seculares, recintos para asambleas y templos; estaban asimismo a las puertas de las ciudades y en el campo en los lugares sagrados. A menudo los santuarios consistían sólo en un altar rodeado de una parte demarcada de "terreno sagrado". Luego, a medida que fueron aumentando las posibilidades materiales hacia fi-

nes de la Edad Oscura, hicieron su aparición los templos en el siglo VIII. Aun cuando éstos ya eran comunes en el Cercano Oriente desde hacía dos mil años, su existencia había sido tan excepcional e insignificante en la Grecia de la Edad de Bronce que bien podemos decir que ahora constituyen una innovación. Su función no era la de servir como recinto de veneración. Los templos eran la morada del dios, donde se conservaba su estatua junto con el tesoro que había acumulado con las ofrendas de los mortales agradecidos. Los más primitivos eran de madera y piedra sin pulir o de adobe y los conocemos apenas por algunos modelos de terracota; eran edificios compuestos por un recinto estrecho con un sencillo atrio en uno de sus extremos flanqueado por dos columnas que sustentaban el gablete. Alrededor del 600 a. C. se construyeron los primeros templos de piedra y con ellos se dio el gran salto hacia las estructuras monumentales que de ahí en adelante fueron el rasgo distintivo de la arquitectura griega antigua: la habitación (o habitaciones) oblonga cubierta por un techo elevado y rodeada de hileras de columnas, en las que el espacio entre el capitel y el techo estaba decorado con bajorrelieves. Los restos de los templos dóricos más primitivos que se conservan están distribuidos por Argos, Olimpia, Delfos, Corcira (Corfú) y Sicilia, y ninguno de ellos es posterior al 550 a. C.

En el transcurso del período arcaico hubo ciertos centros religiosos que adquirieron categoría panhelénica en razón de que tenían algo extraordinario que ofrecer. Un grupo de ellos estaba compuesto por santuarios donde se podía consultar a oráculos particularmente eficientes. La habilidad de predecir el futuro era una técnica muy especializada y valiosa. Los adivinos que "leían" el vuelo de los pájaros, los intérpretes de sueños,

los videntes, eran generalmente civiles capaces de persuadir a sus clientes de que sus poderes eran reales y legítimos. Sin embargo, nada podía rivalizar en este campo con la voz directa de un dios, en particular de Apolo, que tenía santuarios especiales para este fin en varios lugares de la Hélade, siendo Delfos de preeminencia indiscutida entre ellos. Salvo en uno de sus aspectos, Delfos era sólo una más entre las pequeñas comunidades de Grecia, cuya vida religiosa se administraba en la forma corriente. No sabemos cuándo se convirtió en oráculo el altar de Apolo y tampoco resulta claro el proceso por el que llegó a serlo. En días preestablecidos se permitía a los consultantes que hubieran cumplido con los sacrificios necesarios y con los ritos de purificación (además del pago de una tarifa considerable) dirigirse directamente al dios, por cuenta propia o como representantes de sus comunidades. Apolo respondía a través de una médium llamada Pitia o pitonisa; sus palabras eran transcritas en versos a menudo ambiguos por el sacerdote principal, un funcionario lego, y el consultante debía darle entonces la mejor interpretación posible. Había así un elemento místico en Delfos que se diferenciaba de los rituales corrientes pero no de los que se practicaban en otros santuarios, cada uno de los cuales tenía su método de funcionamiento particular. Lo más asombroso es el papel de la mujer como vocera del dios, práctica que no era corriente en los oráculos. Esta singularidad resulta más notable por el hecho de que a todas las demás damas se les negaba el acceso al templo.

El triunfo de Delfos se pone en evidencia no sólo por los muchos oráculos mencionados o consultados por los escritores griegos y por el vasto complejo de "casas del tesoro", templos y estatuas que se erigieron en el lugar sagrado sino también

por el modo en que la actividad de esta comunidad se remonta a una época en que, por cierto, el santuario era aún de importancia local. Hemos visto en el capítulo VIII que no pocas de las tradiciones sobre las consultas que se hacían en Delfos para la fundación de las primeras colonias fueron probablemente inventadas con posterioridad. Fue en el siglo VII, más que en el VIII, cuando Delfos fue elevada a la categoría de oráculo panhelénico principal. Aun cuando los griegos recorrían eventualmente grandes distancias para consultar a Apolo en Dídima cerca de Mileto y en Claros en el Asia Menor, o a Zeus en Dodona en Epiro y en Siwa en Libia —por nombrar sólo algunos de los oráculos importantes— ningún centro podía rivalizar con Delfos.

En Delfos se organizaron también juegos que adquirieron categoría panhelénica, así como lo hicieron, por ejemplo, los templos de Nemea y de Istmia cerca de Corinto. Pero en este campo ninguno podía igualar a los juegos cuadrieniales que se efectuaban en Olimpia en honor de Zeus. La fecha tradicional de su iniciación es el 776 a.C., que bien puede ser exacta, constituyendo la primera fecha precisa de la historia griega. Las pruebas sugieren nuevamente que, en un principio, los juegos olímpicos atrajeron especialmente a los griegos del Peloponeso y que sólo más tarde adquirieron importancia, congregando participantes y espectadores provenientes de toda la Hélade. Con el tiempo, el programa llegó a ser muy elaborado e incluía competencias de poesía, música y danza así como recitados y oraciones en público; sin embargo, la atracción primordial era siempre el atletismo, las carreras de carros, el boxeo y la lucha libre.

Fue entonces a través de sus actividades de culto, de la poesía, de la arquitectura y del atletismo có-

mo pudieron los griegos, a pesar de su fragmentación política y de sus frecuentes enfrentamientos, lograr algún tipo de unidad en la acción. No obstante su religión no constituyó una gran fuerza para promover la unidad *política* ni tampoco la paz dentro de la Hélade. A menudo se consultaba a Apolo en Delfos antes de iniciar una guerra, y no tenemos pruebas de que alguna vez él haya recomendado la paz como algo bueno en sí misma, aun cuando en alguna oportunidades se manifestó en contra de una campaña por sus características especiales. Los mismos festivales eran tiempos de tregua, pero su contribución a largo plazo para la paz o incluso para la buena voluntad entre las comunidades no parece haber sido demasiado tangible.

Los orígenes de la costumbre de organizar competencias deportivas en las ocasiones religiosas importantes se pierden en la Edad Oscura. El complejo relato que presenta el libro vigesimotercero de *La Ilíada* acerca de los juegos organizados por Aquiles para el funeral de Patroclo constituye nuestra prueba literaria más antigua y ya nos revela algo de esta complicada psicología. La palabra griega que nosotros traducimos como "competencia" es *agón*; con el tiempo, su gama de significados no sólo llegó a comprender una competencia atlética o poética sino también un juicio, una batalla, una crisis o una profunda ansiedad (de ahí nuestra palabra "agonía"). Por esta causa creemos que es mejor dejar sin traducir el término *agón* en este contexto. El *agón* era la expresión sobresaliente, ritualizada y civil de un sistema de valores en que el honor era la máxima virtud por la cual la persona luchaba aun a costa de su propia vida y sin la cual la vergüenza era el desastre más intolerable que podía sufrir el hombre. Las culturas basadas en el honor y la humillación han existido (y aún

existen) en otras sociedades como las beduinas o en distritos de los Balcanes o del Mediterráneo; por otro lado, sus valores y actitudes pueden encontrarse probablemente en alguna medida en todas las sociedades. Lo que se destaca entre los antiguos griegos es la intensidad con que se luchaba por estas virtudes en los festivales religiosos. La más importante formulación literaria, y también la última en conservar tantos elementos del tradicionalismo arcaico, se encuentra en los poemas de Píndaro, que murió alrededor del 438 a. C. En una época en que Atenas estaba en pleno apogeo de su cultura democrática, Píndaro todavía celebraba a los vencedores de los juegos no sólo cantando sus alabanzas, sino también complaciéndose brutalmente a causa de los derrotados y de su aplastante deshonra.

Ya van cuatro veces que caes sobre otros cuerpos,
—Querías hacerles daño—
A quién le ha dado la fiesta pitia
Una vuelta a casa tan alegre como la tuya.
Ellos, cuando se reúnen con sus madres,
No tienen la dulce risa a su alrededor, el emotivo deleite.
Por las calles apartadas, fuera de la vista de sus enemigos,
Van agazapados porque los ha alcanzado el desastre.

(*Pitia*, VIII, 81-7) [1]

Los valores de Píndaro eran en gran medida los de la aristocracia arcaica con quien el *agón* estaba íntimamente vinculado. De todas las victorias, el mayor honor correspondía a la de la carrera de carros, el más caro de los deportes y, por lo tanto, aquel al que se dedicaban en particular los tiranos. Píndaro, así como los demás especialistas en odas epinicias, nombre que recibían los poemas

[1] Traducido por C. M. Bowra, *Pindar*, Oxford, Clarendon Press; Nueva York, Oxford University Press, 1964, pág. 183.

en alabanza de los vencedores, ponía su arte a disposición de los tiranos y también de los otros aristócratas. Ésta es una de las maneras con que manifestaban su rechazo hacia los nuevos valores sociopolíticos que empezaban a aparecer a fines de la Era Arcaica; la otra consiste en su inmersión total en el mito. No obstante, si comparamos estas odas con el relato de *La Ilíada* de los juegos funerarios en honor de Patroclo, podemos advertir un nuevo matiz importante. Homero celebra a los héroes individuales mientras que, en las odas, los vencedores se relacionan con sus antepasados y parientes así como también con sus comunidades, en lo referente al honor que han recibido. En síntesis, en el *agón* arcaico aparece ese diálogo —y en última instancia esa tensión— entre el individuo y la comunidad que ha sido elemento de la sociedad occidental desde entonces.

Dada la naturaleza de los testimonios, no sabemos nada acerca de las actitudes de la gente común hacia los valores que seguía expresando Píndaro, pero no podemos dudar de que los juegos atraían a todos los sectores de la población en calidad de espectadores. No obstante, la oposición a las costumbres aristocráticas era inevitable, por una parte, entre los moralistas que empezaron a moverse más allá del síndrome del honor y la humillación y, por la otra, entre los que estaban embarcados en la larga lucha contra el monopolio de la riqueza y del poder. El hecho de debilitar al tipo de héroe homérico no era suficiente; también era necesario diluir el espíritu del *agón*, o destruirlo del todo, por ser un factor negativo e incluso de discordia dentro de la comunidad. Podemos apreciarlo claramente en los poemas de Solón, por más respetuoso que fuera él de los derechos de las clases altas. Debemos agregar que incluso la guerra se había convertido en un asunto de la comunidad y

que, con la aparción de la falange hoplita, aquélla ya no podía llevarse a cabo dentro del espíritu del *agón*.

La tensión entre el individuo y la autoridad pública ya está expresada con agudeza en *Los trabajos y los días* de Hesíodo. A pesar de que el lenguaje y la métrica del poema se mantienen dentro de la tradición épica, éste conserva fuertes elementos míticos; *Los trabajos y los días* es un poema "personal", escrito en primera persona. Constituye asimismo uno de los lamentos más sombríos que se hayan escrito nunca, lleno de horror ante la pobreza y la injusticia de la "época de hierro" en que vivían los hombres, amargo contra los "jueces ávidos de soborno", contra los peligros de la inactividad y del lujo, y la siempre presente amenaza de la pobreza. Esta actitud resulta mucho más notable al advertirse que el "yo" del poema corresponde a un bardo, al menos semiprofesional y, a la vez, un agricultor lo suficientemente rico como para tener esclavos y contemplar la posibilidad de adquirir más tierras con el fruto de su trabajo.

Así se introducen en la poesía griega dos elementos fundamentalmente nuevos que continúan siendo dominantes hasta fines del período arcaico, aunque no siempre están en combinación como sucede en *Los trabajos y los días*. Uno de ellos es el elemento personal, el poeta que habla en su propio nombre. A pesar de que puede ser erróneo deducir automáticamente por tal motivo que siempre era autobiográfico, sin pensar que sólo estaba empleando una norma aceptada en el sentido de que la poesía debe escribirse en primera persona, los poemas revelan sin embargo "qué puntos de vista el poeta deseaba adoptar, qué emociones prefería expresar y qué tópicos prefería desarrollar."[2]

[2] K. J. Dover, *Entretiens sur l'antiquité classique*, t. 10, *Arquiloque*, Vandoceuvres, Ginebra, Fondation Hardt, 1963, pág. 212.

Los temas incluían con frecuencia la crítica social y política, como ocurre con Tirteo de Esparta, Solón, Alceo de Lesbos o Teognis de Megara; y éste es el segundo elemento. Esta crítica no se dirige en modo alguno en todas las direcciones. En la colección de versos elegíacos atribuidos a Teognis se encuentra, por ejemplo, un punto de vista muy diferente así como matices muy diversos respecto de la aristocracia, si se los compara con los que hemos visto en Solón:

Cuando se trata de carneros, de asnos y de caballos, Cirno, buscamos los de raza pura . . . pero a un noble no le importa casarse con la mala hija de un señor malo si éste le da mucha riqueza así como tampoco una mujer desprecia ser la amante de un hombre malo pero rico porque ella prefiere ser rica antes que buena . . . Los ricos hacen híbrida a la raza.

(versos, 183-191)

La diversidad de ideas y puntos de vista refleja tanto el nuevo "individualismo" como la creciente complejidad y los conflictos reinantes en la situación social; señala asimismo la aparición de conceptos morales y políticos rudimentarios. De esta forma asistemática, los poetas y los filósofos comenzaron a examinar y analizar la naturaleza de la justicia, de la riqueza, de la desigualdad humana, de los derechos y de los deberes morales. Contemplaban a su modo, en forma abstracta, los problemas que sus compatriotas griegos debían enfrentar en el mundo áspero de las luchas por el poder, de la reforma legal, de la *stasis*, de la tiranía y, con el tiempo, de la democracia.

La nueva poesía no sólo tenía que apartarse de la concepción heroica, sino también del estilo épico que los poetas conocían muy bien y que seguían repitiendo sin reparos. Se crearon nuevas métri-

cas y los poemas se hicieron mucho más cortos.[8] A menudo eran también personales en el sentido restringido de que abandonaron el panorama social más amplio para dedicarse al amor, las delicias del vino, la amistad y la diversión. Esta evolución ya puede apreciarse en el primero de los poetas del nuevo estilo de cuya obra se conserva gran cantidad de piezas (a pesar de que la mayor parte de ellas son fragmentos). Se trata de Arquíloco de Paros, cuyo maduro trabajo puede ubicarse con bastante precisión en el 650 o el 640 a.C. La variedad de formas métricas indica que contaba con una larga experiencia en la canción popular que coexistía con la tradición épica. Este tipo de poesía se relaciona habitualmente en todo el mundo con una ocasión especial, ya sea una fiesta para beber, una danza por la cosecha de una aldea o un gran festival público y, con mucha mayor frecuencia, con una canción. (La misma palabra "lírico" implicaba que los poemas se cantaban acompañado con la lira.) La ocasión no sólo contribuía a determinar el estilo o el tema, sino también las normas apropiadas para los tipos especiales de poesía. Nada de esto aparece con claridad en los fragmentos de Arquíloco, pero no podemos dudarlo en los de la mayoría de los líricos que lo sucedieron, que abarcaban desde las canciones de bebedores de Anacreonte a las grandes odas corales de Píndaro y sus predecesores en toda la escala formal.

Los escritores de odas corales, en especial, viajaban grandes distancias dentro del mundo griego en busca de patrocinadores, pero muchos de los otros poetas también se trasladaban de un sitio

[8] *Los trabajos y los días* tenía más de ochocientos versos, por lo menos en el texto que ha llegado hasta nosotros, mientras que la *Teogonía* tenía la mitad de esa cifra.

a otro. La poesía arcaica fue así realmente panhelénica y en este sentido es digno de notar que los mismos poetas no sólo aparecían en Grecia continental y en las islas egeas sino también en el Asia Menor y en los centros más nuevos de Occidente. Si pasamos a considerar un aspecto del desarrollo intelectual completamente diferente, como la aparición de la filosofía alrededor del 600 a.C., la antigua Grecia parece no haber desempeñado ningún papel en su primera fase. Se originó en Jonia y especialmente en Mileto, luego —en la segunda mital del siglo VI— apareció un nuevo centro en Sicilia y el sur de Italia inspirado aparentemente por los refugiados políticos. Jenófanes huyó de Colofón a Sicilia hacia mediados de siglo, Pitágoras fue un poco después de Samos a Crotona, donde parece haber fundado una auténtica escuela que era al mismo tiempo una secta mística secreta.

No podemos evitar la palabra "parece" al estudiar estos "físicos" primitivos, como los llamaban los griegos por *physis* (naturaleza), ya que las tradiciones sobre ellos que han llegado hasta nosotros son fragmentarias, confusas y en gran parte dignas de poco crédito. No obstante, sea cual fuere la verdad acerca de los detalles, no puede discutirse la revolución del pensamiento que ellos iniciaron y que está resumida en esta conocida frase: del mito al *logos* o la razón. Durante un período considerable, la revolución se circunscribió al modo de pensar más que a las respuestas que se daban; éstas eran especulativas y, a la luz de los conocimientos posteriores, resultaban a menudo ingenuas en extremo. En verdad, las preguntas tales como: ¿qué había en el principio? no eran realmente nuevas; sin embargo, las respuestas hasta ese momento habían sido míticas, específicas y concretas, y explicaban tanto los fenómenos naturales como

los humanos con recitados de sucesos o acciones sobrenaturales específicas que eran inexplicables en sí mismas. "El mito era una narración pero no daba la solución de un problema... El problema se encontraba resuelto sin haber sido planteado."[4] La revolución jónica consistió, en consecuencia, en que sus voceros plantearon problemas y propusieron respuestas generales, racionales e *impersonales.*

¿Cómo pudo haber sobrevivido la especie humana en el principio, si se considera el largo período en que el niño es un ser indefenso? Éste es un auténtico problema formulado por Anaximandro de Mileto al comienzo del siglo VI. "Dice —según nos relata un escritor posterior— que al principio el hombre nació de criaturas de una especie diferente; esto fue así porque las otras criaturas pueden en seguida bastarse a sí mismas, mientras que sólo el hombre necesita cuidados prolongados. Por este motivo éste no podía haber sobrevivido si la presente hubiera sido su forma original." Otro escritor que lo sucedió agrega más detalles: "Anaximandro de Mileto concibió la idea de que del agua y la tierra calientes surgieron peces o criaturas parecidas a los peces; en ellos crecieron los hombres en forma de embriones y se mantuvieron allí hasta la pubertad; por último, reventaron las criaturas similares a los peces y los hombres y mujeres que ya eran capaces de bastarse a sí mismos salieron de ellas."[5] Por más ingenua que sea esta explicación, presenta una diferencia abismal con el relato mítico de He-

[4] J. P. Vernant, *Mythe et pensée chez les grecs*, París, Maspero, 1965, pág. 291.

[5] Traducido en la obra de G. S. Kirk y J. E. Raven, *The Presocratic Philosophers. A Critical History with a Selection of Texts*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1962, pág. 141.

síodo (*Los trabajos y los días* 60-82) acerca de la creación de la mujer:

> "Y él (Zeus) le odenó al famoso Hefaísto que mezclara pronto tierra con agua y que le diera la voz y la fuerza de la especie humana, y que le modelara una dulce y adorable forma femenina, con un rostro como el de las diosas inmortales; y a Atenea que le enseñara a bordar y a tejer las distintas fibras; y a la dorada Afrodita que derramara gracia sobre su cabeza y crueles ansias y afectos que agotaran los miembros. Y obligó a Hermes el guía, el ejecutor de Argos, a que le diera una mente desvergonzada y una naturaleza engañosa... Y llamó a esta mujer Pandora, porque todos ellos, los que habitaban el Olimpo, le dieron un regalo, una plaga para los hombres que comen pan." [6]

Ésta es una explicación mítica de la existencia del mal, un problema que Hesíodo nunca se planteó como tal. La revolución de los físicos jónicos, con su idea de la existencia de constantes en la naturaleza y, en consecuencia, de la posibilidad de dar explicaciones generalizadas sujetas al descubrimiento, a la discusión y al debate racionales, actividades a las que ellos se dedicaban sin reparos, era por tanto un requisito necesario para la existencia de la filosofía y de la ciencia (como disciplina distinta del mero conocimiento empírico, por ejemplo, de la metalurgia y la navegación que los griegos ya poseían entonces en abundancia). En esto radica su importancia más que en las teorías particulares que se les atribuyen. Tras ellos apareció, como estímulo inmediato para su nueva concepción, la costumbre del debate racional que, libre de interferencias sobrenaturales y contrario a los hasta entonces indiscutibles derechos de la

[6] Traducido por H. G. Evelyn-White en la *Loeb Classical Library*, Cambridge, Mass., Harvard University Press; Londres, Heinemann.

tradición aristocrática, empezó a desarrollarse en la esfera sociopolítica de la *polis* emergente.

Los primeros jónicos parecen haber centrado la mayor parte de sus esfuerzos en el cosmos y en la naturaleza del ser en general. Sin embargo, Jenófanes, al menos, fue más que un moralista e incluso un teólogo; algunos de sus famosos aforismos eran radicales y mordaces: "Homero y Hesíodo les han atribuido a los dioses todo lo que es vergonzoso y reprochable en el hombre, robar, cometer adulterio y engañarse los unos a los otros" (Kirk y Raven, pág. 168). Los pitagóricos dirigieron su atención hacia el alma y elaboraron una doctrina sobre la trasmigración y la reencarnación. De algún modo, su doctrina política los introdujo —si bien todo esto es en la actualidad lamentablemente oscuro— en la complicada política de las ciudades griegas del sur de Italia, donde ellos se convirtieron en focos de disidencia y de revolución. De ahí en más, la filosofía griega iba a interesarse profundamente en la verdadera vida de la comunidad, ocupándose de su política y de su comportamiento ético y social. Pensamos en especial en Sócrates y Platón, en Aristóteles o en los estoicos que aparecieron con posterioridad.

Por último, también la historia de las artes visuales está en armonía con los temas que hemos tratado en este capítulo. A pesar de las muchas variantes regionales y locales, las artes eran panhelénicas, como resulta no sólo de la facilidad con que viajaban los escultores y los arquitectos —así como sus ideas—, sino también de la influencia total. Dondequiera que fuera un griego del siglo VII o VI, éste se encontraba en un ambiente relativamente familiar en este aspecto. El arte, como la poesía, era directa o indirectamente funcional: sus cánones estaban estrechamente vinculados con sus fines; estaba entremezclado en la vida diaria, sin quedar

restringido a los ratos libres ocasionales o al goce de los coleccionistas ricos y los estetas; se lo hallaba en los templos y demás edificios públicos, pero no en los museos. Más que *objets d'art*, en las casas se encontraban hermosos jarrones, espejos y joyas y hasta en las artes más propias de la esfera privada es raro hallar un objeto poco funcional o excéntrico entre los innumerables jarrones, jarras y tazas.

Hacia el siglo VI, los ceramistas, los pintores y los escultores iniciaron la costumbre de firmar algunas de sus obras —paso revolucionario en la historia del arte—, proclamando así el reconocimiento del artista como individuo (exactamente igual que el poeta lírico). No obstante, éste no se convirtió en un individualista exagerado que se desvivía en pos de la novedad; trabajaba en cualquier momento y lugar determinado según los cánones establecidos (y sus clientes no pretendían otra cosa), poniendo a su producción su sello personal dentro de este marco. Por supuesto que en la historia continua de la cerámica pintada fina, cuya existencia se remonta en forma ininterumpida a los comienzos de la Edad Oscura, se produjeron grandes cambios no sólo en las técnicas, sino también en las modas y los gustos. oL más notable es, quizá, el copamiento del mercado de gran parte del mundo griego, en especial el del oeste, logrado por la cerámica ateniense a mediados del siglo VI aproximadamente. La existencia de cánones y reglas no conducía a la repetición mecánica y a la esterilidad; en consecuencia, al observar la historia de la totalidad del arte cerámico se aprecia una interacción eficaz entre el artista como individuo y el artista como funcionario o vocero de su sociedad.

Las demás artes visuales tienen una historia mucho más corta, según nuestro conocimiento de ella. Casi todas las pinturas de este período, con excepción de las que se hacían sobre cerámica, se han

perdido, y la arquitectura y la escultura apenas empiezan a conocerse en detalle a partir del momento en que la piedra, el bronce y la terracota comenzaron a utilizarse en lugar de los elementos perecederos como la madera y el adobe, o sea a partir del siglo VII a.C. Lo que nos llama entonces poderosamente la atención es la fuerza con que estas artes estaban dominadas por los temas y los fines religiosos. La arquitectura y la escultura griegas eran artes públicas en sentido estricto. La Grecia arcaica (como la clásica) era un mundo sin palacios ni mansiones privadas. Asimismo, entre los edificios públicos, los mayores esfuerzos y gastos se dedicaban a los templos, los cuales estaban a menudo decorados con metopas, frontones y frisos esculpidos y albergaban en su interior a los dioses a quienes estaban dedicados. También fuera del templo la conexión de la escultura con la religión era más común de lo que puede parecer a simple vista. Las estatuas de los vencedores en los grandes juegos se presentan dentro de esta categoría: al igual que las odas corales, aquéllas constituían una manera de acción de gracias por parte de la comunidad (o del tirano) que el atleta representaba. Del mismo modo que en el caso de las odas, las estatuas no estaban dedicadas a los atletas como individuos: no eran retratos, sino tipos ideales que se empleaban de modo indiscriminado para hombres y dioses. Las estatuas arcaicas corrientes de jóvenes desnudos (*kuroi*) en piedra o bronce, de las que conocemos en la actualidad más de doscientas a partir del 650 a. C. aproximadamente, reciben a veces la denominación de "Apolo" y otras la de "Joven", según los estudiosos actuales. En efecto, la distinción entre dios y hombre sólo resulta legítima cuando existen pruebas externas, por ejemplo, cuando la estatua es funeraria o cuando se conserva la base con una inscripción; no hay nada

en la imagen misma que determine la diferencia.

Tales esculturas, así como los templos, simbolizaban el triunfo de la comunidad, eran una demostración de su creciente pujanza y de la conciencia de su valor. Los gobernantes micénicos erigían grandes palacios y tumbas para sí mismos. Pero sólo en la época de la tiranía hubo en Grecia individuos con suficiente poder y recursos como para emularlos. Sin embargo ni aun los tiranos solían construir palacios o tumbas espléndidas para su propia glorificación. Pisístrato puede haber vivido en la Acrópolis por un tiempo pero el "monumento" que allí lo recordó no fue un palacio, sino el templo de Atenea Partenos. Éste revela, así como el Pórtico de las Fuentes —compleja estructura ubicada probablemente en el ángulo sudoeste del ágora, que era la construcción más importante del sistema de suministro de agua— hasta qué punto la comunidad griega había avanzado como fuerza viva, provocando incluso que el tirano se inclinara ante ella. Los héroes de Homero perduraron en los relatos de sus hazañas. Los nuevos "héroes" quedaron inmortalizados en los edificios públicos.

Toda esta historia cultural, los mitos, las matemáticas, la construción de templos, la escultura y la decoración de la cerámica, fue originada e influida en gran medida por el Cercano Oriente. Si nada hemos dicho aquí sobre este punto, no ha sido con el deseo de negar la existencia de esa influencia, sino con la intención de lograr un justo equilibrio. Cualquier cosa que los griegos hayan tomado del exterior, se absorbió inmediatamente, convirtiéndose en algo original en tanto no se tratara de elementos técnicos (la metalurgia, por ejemplo): hicieron propio el alfabeto fenicio, pero no hay Homeros fenicios. La idea de la estatua humana independiente puede haber provenido de Egipto (aun

cuando esta opinión ha sido discutida),[7] pero fueron los griegos y no los egipcios los que la desarrollaron a partir de los *kuroi* y las *korai* arcaicas hasta llegar a la gran estatuaria clásica. Durante el proceso no sólo inventaron el desnudo como forma artística, sino que, en un sentido muy importante, "inventaron el arte" mismo. "Fueron los griegos quienes nos enseñaron a preguntarnos ¿*cómo* está parado? O, incluso, ¿por qué está parado de ese modo?"[8] No es descabellado asociar esas preguntas, que por supuesto no sabemos que ningún escultor griego primitivo se haya formulado en la práctica, con los tipos de preguntas que se hacían los físicos en ese momento. La confianza y la fe en la condición humana que permitieron y fomentaron esas preguntas, tanto en la política como en el arte y la filosofía, fueron la base misma del *milagro griego*.

▲

[7] R. M. Cook, "Origins of Greek Sculpture", *Journal of Hellenic Studies*, 87 (1967), págs. 24-32.

[8] E. H. Gombrich, *Art and Illusion*, ed. rev., Londres, Phaidon; Princeton University Press, 1962, págs. 114, 120.

BIBLIOGRAFÍA

Aclaración introductoria. Los libros y los artículos mencionados en las notas al pie no se han repetido aquí. Tampoco se han incluido informes completos de excavaciones; se ha dado preferencia a los resúmenes más generales y, cuando fue posible, a los más recientes, que contienen generalmente buenas bibliografías de publicaciones más antiguas.

Un libro que se ha convertido en un clásico como introducción general al estudio de las sociedades primitivas es el de V. Gordon Childe, *Man Makes Himself*, 4ª ed., Londres, Watts, 1965; Nueva York, New American Library, 1952.

Los tomos I y II de la *Cambridge Ancient History* están en reelaboración. Los nuevos capítulos se van editando en fascículos a medida que están terminados, antes de que aparezcan los tomos mismos. Citamos aquí algunos de ellos con una referencia abreviada, *CAH*, seguida del número de fascículo.

LA EDAD DE BRONCE

La mejor investigación (excluyendo Creta) es la de Emily Vermeule, *Greece in the Bronze Age* (Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1964). El mejor trabajo ilustrado es el de F. Matz, *Crete and Early Greece* (Londres, Methuen, 1962), pero deben tenerse muy en cuenta las fotografías de Max Hirmer que aparecen en el libro de S. Marinatos y M. Hirmer, *Crete and Mycenae*

(Londres, Thames and Hudson; Nueva York, Abrams, 1960).

A. Snodgrass, *Early Greek Armour and Weapons*, (Edinburgh University Press; Chicago, Aldine Publishing Co., 1964), llega con su minuciosa investigación hasta la Edad Oscura, al igual que W. K. C. Guthrie, "The Religion and Mythology of the Greeks", *CAH* 2. Para un sutil y complejo estudio del arte que, a pesar de su título, se extiende hasta la Grecia y la Creta de la Edad de Bronce, véase H. A. Groenewegen-Frankfort, *Arrest and Movement. An Essay on Space and Time in the Representational Art of the Ancient Near East* (Londres, Faber; Nueva York, Humanities Press, 1951), que está resumido y simplificado en *The Ancient World*, escrito en colaboración con Bernard Ashmole, tomo I de la serie en rústica, *The Library of Art History* (Nueva York y Londres, Mentor Books, 1967).

Sobre los análisis arqueológicos y lingüísticos con que se ha intentado esbozar y explicar la "llegada de los griegos", véase J. L. Caskey, "Greece, Crete and the Aegean Islands in the Early Bronze Age", *CAH* 24; R. A. Crossland, "Immigrants from the North", *CAH* 60; John Chadwick, "The Prehistory of the Greek Language", *CAH* 15, y *The Decipherment of Linear B* (2ª ed., Cambridge University Press; Nueva York, Cambridge University Press y Vintage, 1968). El libro de O. Gurney, *The Hittites* (2ª ed., Londres y Baltimore, Penguin, 1954) es de gran importancia sobre este y otros tópicos de la historia primitiva de Grecia.

Sobre los "ídolos" cicládicos, véase C. Renfrew, "The Development and Shronology of the Early Cycladic Figures", *AmericanJournal of Archaeology*, 73 (1969), págs. 1-32. Sobre Chipre, véase H. W. Catling, "Cyprus in the Neolithic and Bronze Age Periods", *CAH* 43, o *Cypriot Bronzework in the Mycenaean World* (Oxford, Clarendon Press; Nueva York, Oxford University Press, 1964), que es más completo y abarca más de lo que indica el título.

R. W. Hutchinson, *Prehistoric Crete* (Londres y Baltimore, Penguin; Gloucester, Mass., Peter Smith, 1962), nos proporciona una buena investigación general. J. D. S. Pendlebury, *The Archaeology of Crete* (Londres, Methuen, 1939 Nueva York, Biblo and Tannen y Norton (rústica, 1965), continúa siendo esencial, pero a la vez anticuado. J. W. Graham, *The Palaces of Crete* (Princeton University Press, 1962), es la obra corriente. En M. I. Finley, *Aspects of Antiguity* (Londres, Chatto and Windus; Nueva York, Viking Press, 1968) cap. I, puede encontrarse una breve reseña del "redescubrimiento de Creta".

Sobre tópicos especiales: K. Branigan, *Copper and Bronze Working in Early Bronze Age Crete* (Lund, 1968), y "Silver and Lead in Prepalatial Crete", *American Journal of Archaeology*, 72 (1968), págs. 219-229; J. T. Killen, "The Wool Industry of Crete in the Late Bronze Age", *Annual of the British School at Athen*, nº 59 (1964), págs. 1-15.

Lord William Taylour, *The Mycenaeans* (Londres, Thames and Hudson; Nueva York, Praeger, 1964), nos proporciona la mejor investigación corta. Para el final del período véase V. R. d'A. Desborough, *The Last Mycenaeans and Their Successors* (Oxford, Clarendon Press; Nueva York, Oxford University Press, 1964). Los otros títulos que tratan de la controversia sobre la relación de los poemas homéricos con el mundo micénico, aparecen a continuación.

LA ERA ARCAICA

La mejor narración corresponde a C. G. Starr, *The Origins of Greek Civilization*, 1100-65 a. C. (Nueva York, Knopf, 1961; Londres, Jonathan Cape, 1962). Para una historia detallada posterior a la Edad Oscura, véase A. R. Burn, *The Lyric Age of Greece* (Londres, Arnold; Nueva York, St. Martin's y Funk and Wagnalls, rústica, 1960).

La reseña más equilibrada de Homero y del "problema homérico" corresponde a G. S. Kirk, *The Songs of Homer* (Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1962), también editado en una versión abreviada en rústica con el título de *Homer and the Epic* (1965).

Sobre Troya, la reseña básica general de su arqueología corresponde a C. W. Blegen, *Troy and the Trojans* (Londres, Thames and Hudson; Nueva York, Praeger, 1963). El estado actual del debate sobre la historicidad del relato tradicional está enfocado con agudeza por M. I. Finley, "The Trojan War", con respuestas de J. L. Caskey, G. S. Kirk y D. L. Page, *Journal of Hellenic Studies*, 84 (1964), págs. 1-20; véase también Finley, *Aspects of Antiquity*, ya mencionado. Las opiniones de Page están desarrolladas íntegramente en su *History and the Homeric Iliad* (University of California Press, 1959). A. J. B. Wace y F. H. Stubbings, *A Companion to Homer* (Londres y Nueva York, Macmillan, 1962), parten de la base, rechazada en este volumen, de que los poemas homéricos son en esencia un reflejo del mundo micénico. Para un intento de reconstruir la sociedad en la Edad Oscura

en base a los poemas, véase M. I. Finley, *The World of Odysseus* (Nueva York, Viking Press, 1954, y edición revisada, rústica, 1965; Londres, Chatto and Windus, 1956, reimpreso con revisiones de Penguin, 1967).

Sobre "colonización", véase John Boardman, *The Greeks Overseas* (Londres y Baltimore, Penguin Gloucester, Mass., Peter Smith, 1964); T. J. Dunbabin, *The Western Greeks* (Oxford, Clarendon Press, 1948); M. I. Finley, *Ancient Sicily to the Arab Conquest* (Londres, Chatto and Windus; Nueva York, Viking, 1968), caps. 1-3; J. M. Cook, "Greek settlement in the Eastern Aegean and Asia Minor", *CAH* 7; R. D. Barnett, "Phrygia and the Peoples of Anatolia in the Iron Age", *CAH* 56.

A. Andrewes, *The Greek Tyrants* (Londres, Hutchinson; Nueva York, Hillary, Harper and Row, rústica, 1956), la introducción corriente, debe complementarse con A. Snodgrass, "The Hoplite Reform and History", *Journal of Hellenic Studies*, 85 (1965), págs. 110-122. Sobre Esparta y Atenas en la Era Arcaica, dos obras recientes proporcionan sugerencias para intensificar la lectura: W. G. Forrest, *A History of Sparta 950-152 a.C.* (Londres, Hutchinson, 1968), y Victor Ehrenberg, *From Solon to Socrates* (Londres, Methuen; Nueva York, Barnes and Noble, 1967), partes I-IV.

Sobre varios aspectos de la cultura arcaica, los títulos siguientes no necesitan explicación: H. J. Rose, *A Handbook of Greek Mythology* (6ª ed., Londres, Methuen, 1958; Nueva York, Dutton, 1959); H. W. Parke y D. E. W. Wormell, *The Delphic Oracle* (2 ts., Oxford, Blackwell; Nueva York, Humanities Press, 1956); W. K. C. Guthrie, *A History of Greek Philosophy*, t. I, *The Earlier Presocratics and the Phytagoreans* (Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1962); G. E. R. Lloyd, *Early Greek Science: Thales to Aristotle* (Londres, Chatto and Windus; Nueva York, Norton: por aparecer en esta serie), caps. 1-3; A. W. H. Adkins, *Merit and Responsibility. A Study in Greek Values* (Oxford, Clarendon Press; Nueva York, Oxford University Press, 1962), caps. 1-8; L. H. Jeffery, *The Local Scripts of Archaic Greece* (Oxford, Clarendon Press; Nueva York, Oxford University Press, 1961); C. M. Bowra, *Greek Lyric Poetry from Alcman to Simonides* (2ª ed., Oxford, Clarendon Press; Nueva York, Oxford University Press, 1961); R. M. Cook, *Greek Painted Pottery* (ed. rev., Londres, Methuen; Nueva York, Barnes and Noble, 1966); J. N. Coldstream, *Greek Geometric Pottery* (Londres, Methuen; Nueva York, Barnes and Noble, 1968). Aproximadamente la mitad de los ensayos de Bruno Snell, *The Discovery of the Mind,*

traducido por T. G. Rosenmeyer (Oxford, Blackwell; Nueva York, Harper and Row, 1953), tratan de la literatura e ideas arcaicas.

Advertencia sobre las fuentes. Con excepción de los dos poemas homéricos, de los que tenemos una variedad de ediciones y traducciones, y de la poesía de Hesíodo, llevada a la prosa con calidad excelente por H. G. Evelyn-White en la edición de la Loeb Classical Library (Cambridge, Mass., Harvard University Press; Londres, Heinemann), las fuentes escritas contemporáneas se limitan sólo a fragmentos de los poetas y filósofos. Los primeros están coleccionados en cinco tomos de Loeb, titulados *Lyra Graeca* y *Elegy and Iambus,* editados por J. M. Edmons, pero el lector debe estar advertido de que el editor reconstruyó y tradujo los fragmentos en forma libre. En cuanto a los segundos, existe una selección excelente, en sus versiones original y traducida, íntegramente comentada, en la obra de G. S. Kirk y J. E. Raven, *The Presocratic Philosophers* (Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1962.

INDICE ALFABETICO

ÍNDICE